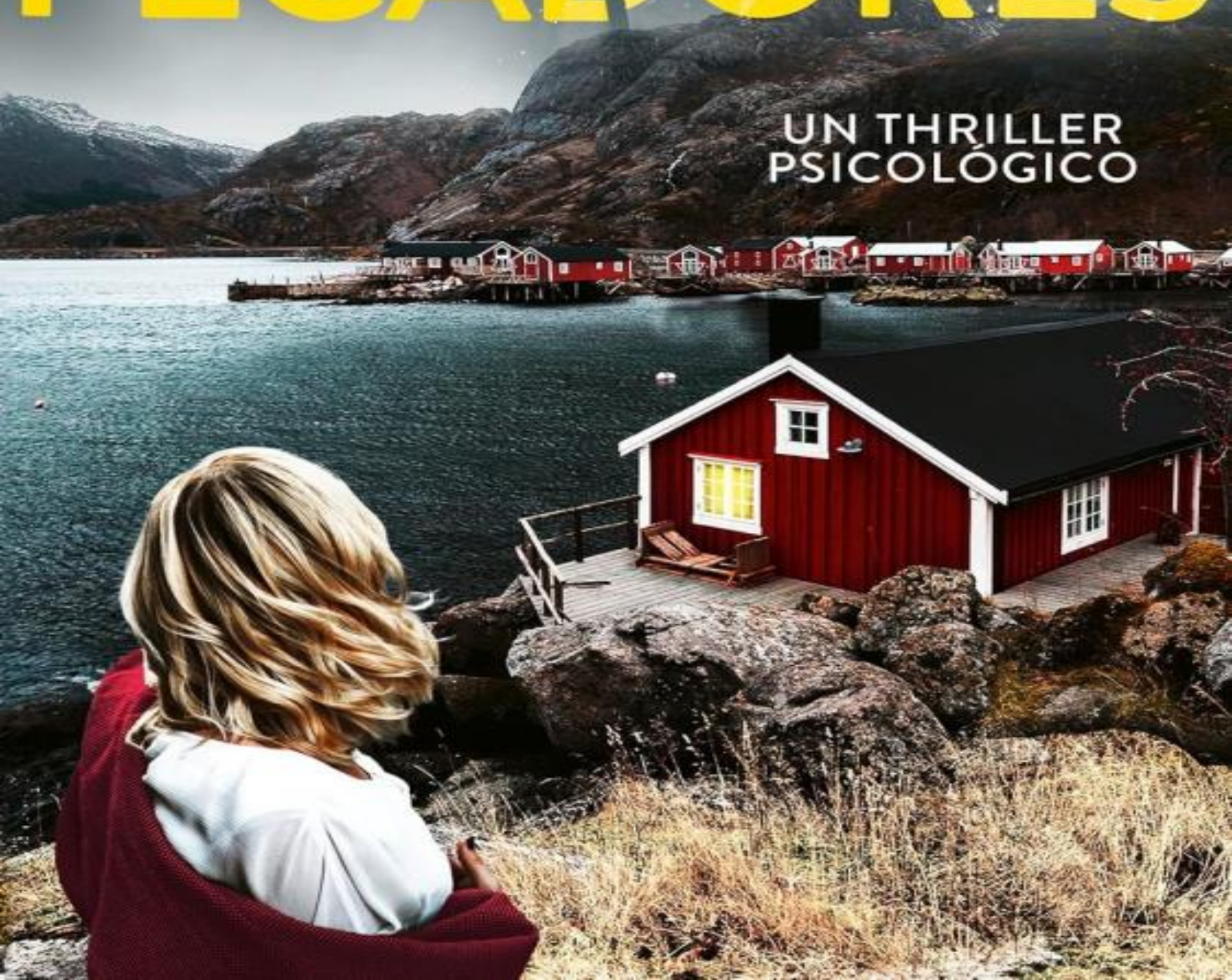


DANIELA ARNOLD

EL SILENCIO DE LOS PECADORES

UN THRILLER
PSICOLÓGICO



DANIELA ARNOLD

**EL SILENCIO
DE LOS
PECADORES**

UN THRILLER NORUEGO

© 2020 Daniela Arnold, 86179 Augsburg

www.daniela-arnold.com

Diseño de portada: Kristin Pang

Tema de portada: Collage con temas de Shutterstock.com

Imágenes utilizadas: 1629655618 (Mujer) © Olena Andreychuk, 2088493327 (Paisaje) © Ondrej Novotny 92, 2476437891 (Cristales) © Ilina93

Revisión y corrección de texto: Inca Vogt, Eva Trillo

Traductora: Eva Trillo Caramés © 2024

Editorial: Publicación independiente

La obra y todos sus contenidos están protegidos por derechos de autor. Se reservan todos los derechos. Queda prohibida cualquier forma de reproducción total y parcial (impresión, fotocopia o cualquier otro procedimiento), así como el almacenaje, el procesamiento, la reproducción y la distribución mediante sistemas electrónicos de cualquier tipo sin el consentimiento expreso y por escrito de la autora. Se reservan todos los derechos de traducción.

A pesar de una revisión y corrección exhaustivas, pudo haberse pasado por alto algún error. Es por ello por lo que la autora agradece cualquier sugerencia al respecto. Queda excluida toda responsabilidad y se reservan todos los derechos.

Esta es una obra de ficción. Cualquier semejanza con personas vivas o muertas es mera coincidencia y no ha sido intencionada.

INTINIDO

Sobre El Libro

Prólogo

1. Ålesund
2. Oslo
3. Ålesund
4. Oslo
5. Ålesund
6. Oslo
7. Ålesund
8. Oslo
9. Ålesund
10. Oslo
11. Ålesund
12. Oslo
13. Ålesund
14. Oslo
15. Ålesund
16. Oslo
17. Ålesund
18. Oslo
19. Ålesund
20. Ålesund
21. Ålesund

Epílogo

Epílogo

Agradecimientos

Sobre La Autora

SOBRE EL LIBRO

De la noche a la mañana la vida de Runa se convierte en una pesadilla.

Su marido está bajo sospecha, acusado no solo de haber masacrado a sus padres y a su hermana, sino también a otras personas. Sin embargo, será su confesión como autor de los crímenes lo que desencadene el descenso de Runa a los infiernos.

Expolicía y famosa por su infalible sexto sentido, Runa está convencida de que detrás de los crímenes se oculta algo más. Su búsqueda de la verdad la llevará a descubrir un delito ocurrido hace muchos años y que, funestamente, está entrelazado con el destino de su esposo. Decidida a dar con las respuestas que exoneren a su marido, Runa descubrirá que cuanto más se acerque a la resolución del enigma, más pondrá en riesgo su vida y la de su hija.

PARA MI MARIDO

PRÓLOGO

ANTES

Se dio la vuelta con cuidado para no despertar a Vilhelm. Fenna soltó un gemido cuando un latigazo de dolor le atravesó la espalda, desde la parte posterior de la cabeza y hasta la planta de los pies. Vio la imagen de su marido de pie ante ella, amenazándola con el puño en alto y mirándola cargado de odio. Fenna tragó. Hoy había sido la cena la que, según él, había echado a perder por experimentar con las especias. Anteayer, tontamente, una camiseta de los niños había ido a parar a sus camisas y las había desteñido. Vilhelm se había enfadado tanto que de un solo golpe le había roto el tabique nasal.

Hacía mucho que ya no se atrevía a acudir al médico. No soportaba las miradas, en parte compasivas, en parte asqueadas. Sabía perfectamente lo que opinaba la gente de ella: que era débil, sumisa e inútil porque no era capaz de luchar por sus propios derechos ni los de sus hijos. Era verdad que hasta el momento Vilhelm se había controlado bastante con respecto a los niños, lo cual no quitaba que en alguna que otra ocasión se le hubiera ido la mano con Ante o Anouk y que les hubiera propinado una bofetada. Volvió a soltar otro pequeño gemido y cuando el dolor se mitigó un poco, trató de permanecer tendida sobre la parte menos dolorida de su cuerpo, hasta poder estar segura de que el monstruo a su lado seguía profundamente dormido.

Cuando se conocieron ella y Vilhelm, Fenna jamás se hubiera imaginado que tras la fachada de hombre generoso se escondiera un animal así. La había llevado en palmitas, abrumado con regalos, tratado como a una princesa. No, no como una princesa, sino como una reina. Su reina. Le había comprado una casa de ensueño en las afueras de Oslo, una pequeña villa revestida de madera con unas preciosas contraventanas azules. Al recordarlo los ojos se le llenaron de lágrimas. ¿Cómo habían llegado a esto? Antes era una mujer que defendía sus principios, una mujer para la que su trabajo de profesora lo era todo, una mujer que jamás se hubiera dejado pisotear por amor. Así que, ¿qué había pasado?

Echando la vista atrás se dio cuenta de que el cambio había tenido lugar de manera insidiosa. La primera vez fue tras la boda. Al principio era alguna que otra palabra fea, un comentario irrespetuoso y despectivo. Pero un día a Vilhelm se le fue la mano porque no le había parecido bien que Fenna hubiera vuelto de la compra más tarde de lo acordado. Después de golpearla, se había disculpado, justificándose diciendo que había estado muy preocupado por su ausencia. Y al final fue ella la que se disculpó. Pensándolo bien, ahí fue cuando dio comienzo el principio del fin. La había vuelto a pegar una y otra vez, le había prohibido quedar con las amigas, había insistido en que dejara su querido trabajo. Luego, se había quedado embarazada. Durante el embarazo Vilhelm no la había tocado ni una sola vez, la había llevado en palmitas como al principio, pero tras dar a luz fue a peor. Y hoy, casi cinco años tras su primer encuentro, lo único que deseaba Fenna era que ojalá no se hubiera metido en la boca de aquel lobo. De puertas afuera daba la imagen de una mujer sumisa, obediente, como le gustaba llamarlo Vilhelm, pero en su interior soñaba con, algún día, armarse de valor suficiente para matarlo. Mentalmente había hecho realidad esa visión maravillosa tantas veces que estaba segura de que en caso de necesidad y urgencia sería capaz de llevarla a cabo. Fenna estaba convencida de que no dudaría a la hora de rajarle el cuello con el cuchillo del pan si volvía a tratar de estrangularla o que le golpearía la cabeza con la figura de hierro fundido que representaba un ángel si volvía a perseguirla por el salón como si fuera ganado.

Fenna tragó al percatarse de su propia contradicción. Si tan segura estaba de poder defenderse, ¿por qué no lo había hecho ayer u hoy o anteayer?

Porque tenía miedo. Miedo de ir a parar a la cárcel y de que los niños se quedaran solos o, peor aún, bajo la custodia de Vilhelm en caso de que este sobreviviera a un ataque de Fenna.

Y como una parte de su ser ya se había hecho hacía mucho a la idea de que jamás conseguiría defenderse de su marido, durante los últimos meses había ideado un plan B.

Con el corazón embargado por la tristeza, pensó en el bolso preparado y escondido en el fondo del armario, detrás de los abrigos y las chaquetas. Un bolso con algo de ropa para los niños y para ella y con artículos de aseo. Fenna incluso había conseguido apartar algo de dinero de la escasa asignación mensual que le daba Vilhelm para llevar la casa, el cual, sumado a las coronas obtenidas con la venta de las joyas heredadas de su difunta madre, les garantizaría a ella y a los niños un período de adaptación de dos meses.

De forma instintiva Fenna contuvo la respiración, pendiente de la de Vilhelm. Llevaba semanas atenta por las noches, sin apenas dormir, para no perderse por nada del mundo la ocasión de coger por fin a los niños y largarse. Durante alguno de esos intentos se había quedado dormida, en otros había perdido de un momento a otro el valor para hacerlo. Pero hoy, así lo sentía Fenna, iba a conseguirlo. Hoy había llegado el día, mejor dicho la noche, que representaba el pistoletazo de salida para su nueva vida. Cuando notó que la respiración de Vilhelm era más profunda y regular, se arriesgó por fin. Salió con cuidado de debajo de las mantas y se deslizó hasta el suelo donde quedó tendida, atenta a cualquier movimiento o ruido por parte de su marido.

Nada.

Fenna respiró aliviada. Se arrastró hasta la puerta, se levantó y salió a hurtadillas. No encendió la luz porque conocía la casa de memoria, sabía con qué tener cuidado en la oscuridad para no hacer ningún ruido. Con los niños no sería igual. El peligro que empezaran a llorar y despertaran a Vilhelm era enorme, por lo que había tenido que recurrir a un truco. Hacía poco había cogido un somnífero en la

farmacia y empezó a añadir un poco al zumo de la cena para que los niños durmieran más profundamente de lo habitual y no despertaran con tanta facilidad.

Se metió en el vestidor, sacó el bolso, se puso un chándal, la chaqueta y los zapatos y se dirigió a la cocina, donde sacó todo el dinero en efectivo que Vilhelm llevaba en la cartera y lo guardó en el bolsillo del pantalón del chándal. Se colgó el bolso en cruz sobre el pecho para poder cargar con sus hijos. Cogió a Anouk, le dio un beso en la frente, inspiró su aroma delicado. A continuación sacó a Ante de la cama. El plan parecía estar funcionando porque ninguno de sus bebés había emitido ni el más mínimo sonido. Con mucho cuidado de no hacer ruido bajó al piso de abajo, manipuló nerviosa la cerradura de la puerta para hacerla girar, cosa que no resultó nada fácil con los dos pequeños en brazos.

No le quedó más remedio que dejar a Anouk en el suelo para tener al menos una mano libre. Consternada observó que el bebé hacía una mueca y empezaba a gimotear.

—Mami... —lloriqueó. Fenna no lo dudó un instante. Dejó la cerradura y se arrodilló junto a su bebé

—Ya casi está, cariño, luego ya vuelvo a cogerte.

Se levantó, apretó a Ante contra ella y, cuando estaba a punto de volver a manipular el pestillo, se encendieron las luces.

Fenna se giró de golpe y vio a Vilhelm, que la miraba furioso. Se acercó a ella con gesto amenazante. Le quitó a Ante y esbozó una sonrisa sarcástica. Fenna conocía muy bien el significado de aquella sonrisa. Volvería a meter a sus hijos en sus cunas y luego se “ocuparía” de su esposa apóstata. Tragó para combatir el pánico que se fue apoderando de ella. La realidad: el final de la historia dependía ahora de ella. Aterrada miró a su alrededor, cogió lo primero que pilló, fue corriendo hacia su marido, que la observó perplejo, y le aplastó el cuenco de cristal contra la sien. Como a través de una cortina de miedo registró la expresión de incredulidad de Vilhelm, la cual, en cuestión de segundos, se convirtió en furia. Vilhelm se tambaleó, pero seguía en pie y dando traspiés se acercó a ella. Fenna aseguró el bolso sobre su costado izquierdo para que no se le bajara y agarró a su hijo. A punto de doblarse para coger al

otro, Vilhelm se abalanzó sobre ella y agarró con su enorme zarpa el brazo de la criatura. En cuestión de milésimas de segundos Fenna tuvo que tomar una decisión: o salvar a uno de sus hijos y a ella misma, o a nadie... Echó un último vistazo al rostro decidido de su marido y notó cómo algo en su interior se partía en dos. No le quedó más remedio que dejar a Anouk con Vilhelm porque, si no, no tendría posibilidad alguna de sobrevivir aquella noche. Ya la había malherido en varias ocasiones y siempre lo había hecho parecer un accidente lamentable, culpa de su esposa patosa y desbordada por los hijos. No le cupo la menor duda de que no le costaría nada convencer a la policía de que en esta ocasión la caída accidental de su esposa escaleras abajo había sido lamentablemente mortal. Fenna dejó caer los restos del cuenco al suelo, apretó a Ante contra ella y abrió la cerradura. Notó la corriente de aire al acercarse como una flecha el puño de Vilhelm a su pómulo derecho y se preparó para hacer frente al dolor. *Por nada del mundo sueltes a tu hijo*, se dijo a sí misma y chilló cuando los nudillos de Vilhelm le dieron en la sien. Se le nubló la vista y las piernas le fallaron. Se golpeó la cabeza contra la madera del suelo, cogió aire y con las últimas fuerzas que le quedaban consiguió abrir la puerta, sobreponiéndose al mareo. Una vez fuera empezó a correr de manera automática. Los pulmones le ardían como fuego, pero siguieron cumpliendo su función, como si su cuerpo se hubiera confabulado con ella para huir de aquel animal. Corrió lo más rápido que pudo y sin detenerse, hasta que distinguió las luces de la carretera principal. Al ver los faros de un coche que se acercaba, se tiró sobre el asfalto, alzó el brazo libre y, desesperada, hizo señas. El coche, un Mercedes con matrícula extranjera, se acercó y se detuvo a su lado.

—¿Necesita ayuda? —preguntó la conductora usando un noruego defectuoso. Al ver la sien de Fenna frunció el ceño. No fue hasta ese momento que Fenna se percató de la gravedad del golpe ni de que estuviera sangrando.

—Tengo que... salir... de aquí —logró articular Fenna y miró con ojos suplicantes a la desconocida—. Si no, me mata.

La mujer asintió y le indicó el asiento vacío del copiloto. Fenna se metió en el coche sin pensárselo dos veces.

Tras arrancar, la mujer miró de reojo a Fenna.

—Hay que llevarla a un hospital.

Fenna se asustó y negó con un movimiento violento de la cabeza. Acto seguido soltó un alarido de dolor causado por un pinchazo agudo en la sien.

Suspiró y luchó contra el pánico.

—Tengo que salir de la ciudad, ¿entiende? Él no puede... atraparnos.

La mujer asintió comprensiva.

—Aun así, necesita atención médica y hay que ir a la policía. Solo la policía, y no una huida precipitada, podrá ayudarla.

A pesar de que todo en el interior de Fenna rechazaba las palabras de aquella mujer, sabía que tenía razón. En la condición en la que estaba no llegaría muy lejos y para hacerle frente a Vilhelm y empezar de nuevo, iba a necesitar todas sus fuerzas.

—Vale —accedió finalmente con un hilo de voz y miró resignada a la mujer—. Lléveme al hospital.

Tras despedirse de la mujer y agradecerle efusivamente su ayuda, entró en urgencias. A pesar de la hora tardía, había mucho trasiego. Fenna agradeció que casi nadie se fijara en ella ni en sus heridas, y mucho menos en su hijo. Sabía cómo solía reaccionar la gente cuando aparecía una mujer ensangrentada con un bebé en brazos. Odiaba sus miradas curiosas y compasivas, así como las de desprecio y los cuchicheos. Se acercó al panel de cristal para darle sus datos al portero y se sobresaltó al ver la cara conocida del hombre. No era la primera vez que la veía en aquel estado. Fenna suspiró y trató de obviar el cabeceo de este al explicarle que había vuelto a caerse y que necesitaba que la atendiera un médico. Al verlo coger el auricular del teléfono y darle la espalda para que ella no viera lo que decía, su primer impulso fue salir corriendo, pero no serviría de nada. No le quedaba más remedio que seguir hasta el final. El hombre volvió a girarse hacia ella y la miró con una expresión un poco más amable.

—El médico viene enseguida. Lo mejor será que tome asiento allí mismo. —Le indicó unas sillas vacías destinadas normalmente a pacientes con heridas más graves y le sonrió. Con la cabeza ladeada

pareció reflexionar sobre algo importante—. ¿Por qué no se plantea hoy, para variar, contar la verdad? —dijo finalmente—. Me refiero a que estamos en plena noche y a estas horas los niños deberían estar en la cama. Y viendo esa herida que tiene usted en la cabeza, quiero decir, ya que no es la primera vez que pasa, debería permitir por fin que la ayuden.

Fenna se quedó mirando al hombre al tiempo que una ola de furia amenazó con apoderarse de ella. *Pero ¿qué se cree este?*, pensó, pero al ver la preocupación reflejada en el rostro del hombre, el ataque de rabia se esfumó con la misma rapidez con la que había surgido. Asintió con la cabeza.

—Será mejor que deje al peque con una de las enfermeras mientras la atiende el médico —le explicó—. Voy a ver si encuentro a alguna disponible.

Un cuarto de hora más tarde estaba sentada en la camilla del box número 4, sin saber qué resultaba más doloroso, si el *Sterillium* en la piel reventada o el reproche mudo en la voz el médico recordándole que aquello no tendría que haber pasado si ella hubiera aceptado la ayuda que le habían ofrecido anteriormente. Esta vez ella no insistió en que no pasaba nada, en que había sido torpe. Concedió en voz baja:

—Tiene usted razón. Voy a ir a la policía a denunciar a mi marido. El médico asintió despacio con la cabeza.

—También le pega a su hijo, ¿verdad?

Fenna tragó saliva y asintió con un leve movimiento de la cabeza.

—Pero no a menudo, solo cuando está bajo presión y no hay manera de calmar a Ante.

El médico le dedicó una sonrisa sincera y le cogió la mano.

—Usted no tiene la culpa —le aseguró—. El violento es él. Lo que tiene que hacer usted es romper de una vez por todas este bucle interminable de violencia. ¿Me lo promete?

Fenna asintió con lágrimas en los ojos.

—Gracias —logró articular con dificultad—. Gracias por no juzgarme.

Una vez fuera de la cabina, sintió por primera vez que todavía quedaba algo de su fuerza de antaño. *No, pensó, no voy a salir huyendo. Voy a luchar y hacer todo lo posible para que ese cerdo miserable no vuelva a ponerme las manos encima ni a mí ni a mis hijos.* Resuelta y decidida entró en la sala al final del pasillo donde había dejado a Ante al cuidado de una enfermera para que este no la viera derrumbarse emocionalmente delante del médico. Se le encogió el corazón al ver que la sala estaba vacía y que no había rastro de Ante. Dio media vuelta y se dirigió corriendo a la recepción, buscó en cada rincón de urgencias, incluso abrió sin permiso un consultorio, pero era como si a su hijo se lo hubiera tragado la tierra.

—¡Ante! —gritó desesperada e indefensa, se giró en círculos llevada por la desesperación—. ¿Dónde estás?

La gente la miraba con gesto de desaprobación unos y de preocupación y perturbación otros, hasta que se abrió el ascensor y salió un guardia de seguridad joven y se acercó a ella.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó y miró a Fenna con el ceño fruncido.

Esta rompió a llorar.

—Mi hijo... ¡ha desaparecido!

UNO

ÅLESUND

—Hasta la noche, cariño. —Runa se sobresaltó cuando Morten, antes de desaparecer, le dio un beso en la frente. Parpadeó medio dormida y le echó un vistazo al despertador de la mesita de noche. No eran ni las siete. Anabel dormiría otra horita más, así que aprovecharía para recuperar algo de sueño atrasado. Había permanecido despierta casi toda la noche pensando y no había sido hasta el amanecer que se había quedado dormida. Notó los latidos en la sien y suspiró. Seguir durmiendo quedaba descartado. Por un momento se vio tentada de, por la noche, pedirle encarecidamente a su marido que se olvidara de la ceremonia matutina de despedida y que la dejara dormir, pero descartó la idea. Desde el nacimiento de Anabel, ella y Morten ya tenían problemas más que suficientes con los que lidiar, no había por qué añadir más leña al fuego. Además, no era culpa de Morten que ella se sintiera como una mierda. Anabel tenía dos años y era un encanto de bebé. No lloraba casi nunca, era capaz de entretenerse sola durante un buen rato, le encantaba aprender cosas nuevas y no era para nada irascible como los hijos de las amigas de Runa. Apartó las mantas y se sentó en el borde de la cama para acto seguido levantarse. De camino al baño cogió el albornoz que colgaba del sillón situado frente a la cama y se la puso. El tacto de la tela cálida sobre su piel sensible era maravilloso. A Runa le costó oprimir un gemido de placer. Desde que era madre a tiempo completo y ya no trabajaba, tenía la tensión arterial constantemente baja lo que se materializaba en una sensación de

frío permanente. Aunque era una fanática del deporte, desde la llegada de Anabel a sus vidas, había descuidado mucho su condición física. Y lo mirara como lo mirara, la culpa no era de su hija, sino solo suya. La cuestión era que ya no le apetecía hacer deporte porque salir a correr al bosque o pasar varias horas en el gimnasio solo le recordaría lo que había perdido. O mejor dicho, lo que casi había perdido.

Se cepilló los dientes mientras se observaba en el espejo. ¿Eran imaginaciones suyas o de verdad había cambiado tanto en dos años? Parecía cansada, su piel tenía un color ceniciento y sus ojos parecían amargados, pero lo peor de todo era que aquella mujer que le devolvía la mirada no era ella. Era como si lo que quedaba de ella no fuese más que una copia barata de Runa Soderberg. Se enjuagó la boca, dejó el cepillo de dientes en el vaso y se fue a la cocina. Mientras salía el café cargado de la lujosa cafetera, miró por la ventana, pero hoy, a diferencia de otras veces, las vistas espectaculares a las montañas y al fiordo no la impresionaron lo más mínimo. Se sentó a la barra de la cocina con vistas al mar - un regalo de su marido por el último aniversario de bodas - y dejó vagar sus pensamientos. Incluso Morten se había dado cuenta de que hacía tiempo que no estaba bien, que no estaba a gusto consigo misma. En el fondo, Runa sabía que esa sensación no le era desconocida incluso antes de nacer su hija. En su mente apareció el rostro del niño que por culpa de Runa...

¡Para!, intervino la voz en su cabeza, un mecanismo de autoprotección. *No permitas que empiece de nuevo. Tienes que luchar contra ello. ¡Enfréntate al enemigo que llevas dentro!*

Lene, su amiga y antigua compañera de trabajo, le había repetido lo mismo una y otra vez, hasta que se había dado cuenta de que era como hablar con una pared y había dejado de insistir.

Tragó. Ni siquiera era capaz de expresar en palabras lo mucho que echaba de menos a Lene y a los demás, pero no eran los compañeros lo que más echaba de menos, sino la amistad que los había unido a lo largo de tantos años. Durante meses la habían mortificado los reproches que se hacía a sí misma, hasta que no pudo más y pidió el traslado. A ninguno de los implicados le

entusiasmo esa solución, a ella la que menos, pero no había otra alternativa, no para ella. Había solicitado un puesto administrativo y se había lanzado con entusiasmo al nuevo reto. Solo para descubrir que el trabajo nuevo la asqueaba, bueno, la aburría. Luego había sido madre, había rechazado la propuesta de Morten de seguir trabajando, que él podía llevar el negocio desde casa. Lo engañaba a él y a sí misma cuando decía — seguía haciéndolo, por cierto — que criar a su hija la hacía sentirse realizada. Y era verdad, por supuesto, que la existencia de Anabel la llenaba de amor, pero echaba de menos el tener una estructura sólida, acudir todos los días al trabajo, contribuir a la economía familiar, aun cuando su sueldo fuera irrisorio comparado con el de Morten.

Lo cierto era que detestaba la idea de depender económicamente de su marido. Sin embargo, mucho peor sería trabajar en algo que ni le gustaba ni que la hacía sentirse realizada. Había desempeñado el cargo de comisaria jefa en la Brigada criminal de Ålesund, hasta que una sola decisión mal tomada lo había arruinado todo. Había sido solo un instante, un solo momento de flaqueza, el que había echado a perder toda su carrera.

No había sido capaz de recoger los pedazos, de luchar; se había rendido sin más, autoconvenciéndose de que el tiempo lo curaría todo. Habían pasado cuatro años y el tiempo no había curado nada. Seguía teniendo pesadillas y enfrentándose a sus propios demonios. Y esa desolación mental estaba empezando a afectar a su matrimonio. Cada vez con más frecuencia, se descubría a sí misma considerando la presencia de Morten como una molestia, deseando que la dejara en paz. Incluso que la tocara la ponía de los nervios, cuando en realidad amaba de todo corazón a aquel hombre y debería disfrutar y agradecer sus muestras de cariño. La amaba, la cuidaba, la llevaba en palmitas, pero a ella todo eso ahora la abrumaba demasiado. Él lo sabía y hacía lo que podía por distraerla, incluso le había sugerido que para superarlo acudiera a terapia para empezar de cero. Pero la mera idea la aterraba. ¿Y si no estaba a la altura de lo que le exigía su trabajo? ¿Moriría más gente por su culpa? Mohammed Berk no había llegado a cumplir los trece años cuando, por fracasar ella, su propio padre lo había matado de un

tiro. Askin Berk, un hombre extremadamente celoso, estaba casado con una oriunda. Por desgracia, su esposa Nelia había dudado demasiado tiempo y no había sido hasta después de varios años de malos tratos por parte de su marido, que decidió pedir ayuda. Lo había abandonado y había cogido un piso para ella y su hijo, al que se había llevado con ella. Pero el niño quería a su padre y no había interrumpido el contacto con él. La madre conoció a otro hombre y la situación escaló. Askin secuestró tanto al hijo como a la exmujer y amenazó con matarlos a los dos, momento en el que había intervenido el equipo de Runa. Durante las negociaciones Runa había subestimó al hombre y malinterpretó su carácter abierto porque, justo cuando pensaba que las cosas se arreglarían, el hombre le disparó a la exmujer y al hijo, para luego pegarse un tiro a sí mismo. La mujer sobrevivió al disparo, aunque con secuelas. Sin embargo, la peor consecuencia del fracaso de Runa seguía siendo la muerte del niño.

Runa no podía imaginarse por lo que había pasado, y seguía pasando, la pobre mujer y todo porque Runa se había sobrestimado. En vez de liquidar al hombre cuando tuvo ocasión de hacerlo, confió en él o, más bien, en que en su interior todavía albergaba una pizca de amor por su familia.

Runa seguía recordando que, cuando oyó los disparos, fue casi como sentirlos en sus propias carnes. Encontrar en el interior de la casa el cuerpo sin vida del niño la había destrozado. A día de hoy, cada vez que cerraba los ojos, seguía oyendo los gritos desgarradores de aquella madre desesperada.

Y era a eso a lo que se refería Morten, su marido, cuando le decía que debía buscar ayuda profesional.

“La manera en la que lidias con tu trauma no es sana” era su frase favorita. A Runa no le quedaba más remedio que admitir que razón no le faltaba, pero aun así, la ponía de los nervios que insistiera tanto.

Y aquel pobre niño, ¿iba a sentirse mejor si ella pidiera ayuda profesional?

No. Llevaba cuatro años enterrado en una tumba congelada y eso que él era un ser inocente que no le había hecho nada a nadie.

Igual que su madre. Por mucho que lo deseara, jamás volvería a abrazarlo una última vez más.

Así que ¿qué derecho tenía ella, Runa, a superarlo? ¿Acaso no se merecía lo que sentía? ¿Que cada remordimiento, cada sentimiento de odio hacia sí misma, que ese desgarró interior y esa pena tan profunda formaran parte de ella?

Incluso tras quedar embarazada de Anabel, aquellos pensamientos la habían acompañado cada día del embarazo. Durante todo ese tiempo notaba una sensación difusa de inseguridad, un susurro en su interior que le recordaba que no se merecía la suerte de poder tener en brazos un bebé sano. Y por esa misma razón, a lo largo de los nueve meses había contado con la posibilidad de perder el bebé. Al no ocurrir, pensó que la desgracia sobrevendría durante el parto, pero tampoco pasó nada. Desde entonces permanecía en estado de alerta, esperando a que llegara el día de saldar cuentas, porque estaba convencida de que ese día llegaría. Dio un sorbo al café, miró el reloj colocado encima de la puerta de la cocina y vio que ya eran casi las nueve, hora de hacerle una visita a Anabel. Dejó la taza en la barra, echó un último vistazo por la ventana y vio que se estaba levantando una tormenta. El tiempo era un fiel reflejo de su estado anímico. Un vago presentimiento en forma de nubes oscuras que colgaban entre las cimas de las montañas como espesas bolas de algodón que tapaban en parte las vistas al mar. Fue a la habitación de Anabel, abrió la puerta con cuidado, se acercó de puntillas a la cuna y notó cómo se le encogía el pecho al ver a su ángel durmiendo plácidamente.

Anabel tenía la costumbre de sonreír mientras dormía, como si no hubiera nada en el mundo que pudiera hacerle daño. Pero ahora que Runa se había acercado a la cuna, la expresión apacible de la niña cambió bruscamente.

Runa se preguntó por qué el día de hoy parecía diferente. ¿Acaso Anabel también lo notaba? ¿Percibiría la niña que de su madre emanaba una especie de mal presagio? ¿Que la desgracia estaba amenazando con apoderarse de todos ellos?

¿Acaso soñaría que en un futuro no muy lejano ocurriría algo que pondría toda su joven vida patas arriba?

Al salir de la habitación a hurtadillas, el timbre del teléfono rasgó el silencio reinante. Anabel despertó de golpe y empezó a llorar. A Runa le costó lidiar con la combinación del sonido del teléfono y los gritos de su hija. ¿Quién llamaba? ¿Sería la llamada que había estado esperando durante tanto tiempo, la que lo cambiaría todo? Cogió a Anabel en brazos, fue a la cocina y cogió el móvil. Al comprobar la pantalla respiró aliviada. Era Morten, que quería saber si le apetecía quedar luego en el lugar favorito de Anabel e ir a comer juntos.

Runa sonrió.

—Claro. Anabel y yo llegaremos sobre las tres. —Tragó—. ¿Luego comida italiana?

—¿Y aún lo preguntas? ¿Acaso no sabes que hace días que no como lasaña? —Morten se rio—. ¿Va todo bien?

—Anabel acaba de despertar —esquivó Runa.

—Eso no responde mi pregunta.

—Estoy bien.

Morten no replicó nada, pero lo oyó resoplar. Aquel gesto acústico no era particularmente raro, pero Runa entendió que lo había irritado.

—Hablamos por la noche, ¿vale? —le pidió con la esperanza de que él no se diera cuenta de que había lanzado la propuesta solo para que, por el momento, la dejara tranquila.

—Vale —accedió él finalmente—. Voy a tomarte la palabra y esta vez no voy a tolerar ninguna excusa.

Runa dio la llamada por terminada, aunque se quedó mirando el aparato unos segundos más hasta que la mano de Anabel sobre su mejilla la hizo regresar al aquí y ahora.

—¿Tienes hambre, cariño?

La niña sonrió al instante.

—¡Papillas! —pidió y emitió una risa angelical.

Runa asintió y la dejó en la trona para prepararle las gachas. Mientras se afanaba con el desayuno, miraba una y otra vez de reojo el móvil. Hoy había habido suerte, pero algún día... muy pronto... aquel alegre tono de llamada, su canción favorita de Pink, sería la puerta a la perdición.

DOS

OSLO

—¡Tenemos que irnos!

La comisaria jefa Smilla Lund apartó los ojos del expediente que tenía delante para mirar malhumorada a su compañero Noam Knutsen.

—¿Qué es eso de «tenemos»? Yo tengo algo importante que...

—Eso tendrá que esperar —la interrumpió su compañero—. Tenemos que ir a Bjørvika. Alguien ha llamado a la policía porque hace mucho que no ve a sus vecinos y no hay nada que indique que se hayan ido de vacaciones. Los de la patrulla acudieron y han llamado al timbre y al oír los aullidos lastimeros de un perro, echaron la puerta abajo.

Smilla frunció el ceño y le dirigió una mirada impaciente al compañero.

—Sabes que odio esas estúpidas pausas teatrales tuyas, así que ¡al grano! ¿Qué es lo que pasa exactamente?

Noam hizo una mueca.

—Los compañeros han encontrado un matrimonio muerto en el interior de la casa y todo indica que se trata de un acto criminal.

—¿Has informado a los de la Científica?

Noam asintió con la cabeza.

—¿Están avisados de que les va a entrar algo antes del fin de semana?

—Hecho.

—¿Y el forense?

—Ya ha inspeccionado los cadáveres. De eso se encargaron los colegas in situ.

Smilla asintió satisfecha, se levantó y con un movimiento fluido cogió la cazadora que colgaba de la silla y se la puso. La temperatura era casi primaveral, pero corría una brisa y, por la falta constante de sueño que conllevaba su trabajo su cuerpo estaba más sensible al frío.

Ya en el coche hacia la vía rápida, miró a su compañero y se fijó en que llevaba la mandíbula apretada.

—¿Qué pasa?

Noam le echó un vistazo rápido.

—El compañero con el que he hablado me ha dicho que la escena que nos espera es espeluznante. Su colega llevaba casi media hora vomitando a destajo.

Smilla se mordió la mejilla y guardó silencio. Finalmente preguntó:

—¿Han concretado algo más?

—Podría tratarse de un matrimonio. A la mujer la decapitó, por lo visto con un hacha. Y el marido, bueno, él después se voló la tapa de los sesos.

Smilla notó cómo se le encogía el cuerpo. Dramas de ese tipo había de sobra. En la mayoría de los casos la víctima y el asesino se conocían y solía haber una relación estrecha entre ellos. Casi siempre los crímenes de ese tipo eran consecuencia de emociones exageradas: un amor que se transformaba en odio, la humillación del engaño, sentimientos heridos y, a veces, aunque en raras ocasiones, el dinero y la consecuente avaricia.

Smilla soltó un sonido sibilante.

—¿Qué edades tienen las víctimas?

—Por lo que he oído, son mayores. Ella cincuenta y largos y él sesenta y tantos.

Smilla negó con la cabeza. Que a esas edades un matrimonio acabara así no ocurría a menudo, pero ocurría. La razón solía ser la jubilación y el hecho de que, de repente, la pareja pasaba muchas horas juntos.

Recientemente había leído un artículo en el periódico que hablaba de una pelea entre marido y mujer. La pelea había escalado hasta tal punto que ella le había lanzado un objeto pesado al marido y lo había herido de gravedad en la cabeza. El hombre había tenido suerte y se había recuperado del ataque, pero la mujer había tenido que dar la cara ante la ley. La sancionaron con una multa, un montón de horas de servicio social y unos cuantos meses de libertad vigilada, aparte de perder al marido, que como era natural pidió el divorcio.

Smilla recordó que había sonreído al leer la noticia, pero el caso de hoy... un hombre que le cortaba la cabeza a la mujer, eso era otro cantar.

Tras detenerse ante la casa de la pareja, una villa con mucho gusto perteneciente a la corriente modernista, vieron que había mucho trasiego. Los compañeros de la Científica entraban en la casa cargados con cajas llenas del material necesario para realizar su trabajo. Su jefe estaba hablando con los patrulleros.

Algo apartado de todo aquello había un hombre de unos cuarenta años con el susto reflejado en el rostro mirando incrédulo la casa. Smilla supuso que debía de tratarse del vecino que había informado a la policía.

Sería uno de los primeros a los que interrogaría, pero antes... Nada más hubo estacionado Noam el coche, ella abrió la puerta, salió y se dirigió decidida en dirección al jefe de la Científica.

—Quiero que se mantengan alejados hasta que no me haya hecho con mis propios ojos una idea de lo sucedido y tenga mi primera impresión, ¿entendido?

Reik Sanderssen la miró indignado.

—Pero ¿cuántas veces tengo que decirle que no me diga cómo he de hacer mi trabajo? Mi equipo se mantendrá en la sombra hasta que yo mismo les autorice pisar el lugar del crimen.

—Entonces ¿qué hacen tan panchos entrando y saliendo en la casa llenándola de cajas?

Sanderssen hizo una mueca.

—El hecho tuvo lugar en el dormitorio y el suicidio, en el despacho. Le he indicado a mi gente que esas dos habitaciones son

tabú y que de momento lo dejen todo en el pasillo.

Smilla asintió con la cabeza sin decir nada y buscó a Noam, que estaba hablando con gesto tranquilizador con el hombre que ella supuso era el vecino. Noam debió de sentir su mirada porque la miró, pero ignoró el gesto que le hizo para que acudiera junto a ella. Smilla suspiró y fue ella la que se acercó a ellos. Se presentó y le tendió la mano al hombre. Este se la estrechó haciendo una mueca.

—Soy Flinn Hansen y vivo con mi esposa y mis dos hijos en la casa de al lado. Hace años que somos muy amigos de los Mortensen. Vivimos puerta con puerta. Eyla y Kjell son gente maravillosa. Les tengo mucho cariño a los dos.

A Smilla le llamó la atención que el hombre hablaba de las víctimas como si aún estuvieran vivas, lo que significaba que, o bien le costaba aceptar los hechos, o bien no disponía de datos concretos, es decir, que daba por hecho que seguían con vida. Volvió a dedicarle otra mirada exhortativa a Noam, que esta vez sí reaccionó.

—Le rogamos se mantenga a nuestra disposición —le pidió a Flinn Hansen dedicándole una sonrisa amable. Noam pareció por fin dispuesto a seguirla hasta el lugar de los hechos. Ella era muy consciente de que Noam había estado retrasando ese momento intencionadamente, porque le costaba lidiar con las aberraciones que conllevaba este trabajo, mantener las distancias para que no le afectaran, como hacía ella. Pero no había más remedio, tenían que enfrentarse a ello. Ambos. Al entrar en la casa, lo primero que notaron fue el hedor metálico de la sangre mezclada con excrementos. Una combinación sin duda asquerosa a la que no se acostumbrarían por muchos años que pasaran. Smilla sacó unos guantes de látex del bolsillo del pantalón, se puso los patucos que le habían dado los de la Científica y entró en el dormitorio.

Smilla llevaba muchos años en la policía, pero lo que vio allí la hizo retroceder un paso. Miró a Noam, que parecía experimentar lo mismo, solo que él, además, se había puesto pálido. Smilla tragó y entró en la habitación dejándose empapar por la atmósfera reinante. Quien hubiera hecho aquello, se había dejado llevar por el odio. Un frenesí, un delirio homicida. La fallecida había sido una verdadera

belleza, aun a su edad. Eyla Mortensen era delgada, lucía un moreno agradable que atestiguaba que solía ir de vacaciones con cierta regularidad y su rostro, o lo poco que quedaba de él, también era muy atractivo.

Smilla soltó un gemido. Una mujer hermosa, asesinada a manos del marido. La escena clamaba casi a gritos que se trataba de una tragedia causada por los celos. En eso llevaba razón Noam. Pero algo, y de eso estaba muy segura Smilla, no encajaba. Echó un vistazo alrededor y entonces entendió qué era lo que la inquietaba. En la pared frente a la cama, por encima del televisor alguien había pintado – seguramente con la sangre de la mujer – una especie de adorno. Era como un círculo alargado, cosa que para Smilla no tenía ningún sentido. ¿Por qué iba el marido decapitar a la mujer y luego hacer una pintada en la pared?

—¿Se supone que es una serpiente? —soltó Noam en medio del silencio reinante.

Entonces también lo vio Smilla. ¡Su compañero tenía razón! ¿Cómo no se había dado cuenta? La forma del garabato recordaba efectivamente a una serpiente.

—Tuvo que cabrearlo muchísimo.

—¿Cómo dices? —Smilla se quedó mirando a Noam sin entender a qué se refería.

Este indicó con un gesto de la cabeza al cadáver.

—La mujer. Que tuvo que sacar al marido de sus casillas para que le propinara tremendos hachazos. Quiero decir... —Se interrumpió, tragó y, con cuidado, dio un paso hacia la cama, como si temiera que el cadáver pudiera levantarse, agarrarlo y ponerlo perdido de sangre.

A pesar de la situación y la escena, Smilla no pudo contener una sonrisa, pero siguió al compañero.

—¿Qué ibas a decir?

Noam se giró y la miró por encima del hombro.

—La caja torácica y el cuello. Es como si le propinara varios golpes furiosos, uno tras otro. Además, tiene heridas en los brazos y las manos. Como si se hubiera defendido.

Smilla se inclinó un poco y giró el brazo derecho del cadáver, lo suficiente para poder observar mejor las heridas.

—Las incisiones llegan hasta el hueso —explicó—. O sea, no titubeó a la hora de atacarla. No sé, pero algo no encaja.

Noam se giró hacia ella y la miró confundido.

—¿A qué te refieres?

—Bueno —Smilla buscó las palabras adecuadas—. Según el vecino, la pareja lleva aquí desde siempre y, si en el pasado se hubiera manifestado alguna salida de tono o algún tipo de desmadre que pudiera explicar esto, nos lo hubiera dicho. En caso de estar al tanto, claro. Pero por lo que nos ha contado de esta gente, era un matrimonio normal que se quería.

Noam se encogió de hombros.

—¿Y cómo saber a ciencia cierta lo que pasa de puertas adentro en la casa de los demás? ¿Y si Kjell no era tan buena persona como creía Flinn Hansen?

Smilla lo miró pensativa, pero sin decir nada. Luego se dirigió a la pared y señaló las manchas de sangre.

—¿Y eso? ¿Por qué iba el esposo a llevar a cabo esta carnicería y luego afear las paredes con la sangre de su esposa?

—Es posible que los garabatos esos escondan un mensaje. O algo mucho más siniestro. —Guardó silencio para pensar—. Eso de ahí parece una serpiente. Estamos de acuerdo, ¿no?

Smilla asintió con la cabeza y con tono paciente dijo:

—¿Y?

—Y, según la sabiduría popular, ¿qué representa la serpiente?

Smilla hizo una mueca.

—Odio esos bichos. Qué sé yo lo que representan.

Noam esbozó una ligera sonrisa.

—Representan la falsedad y la traición. ¿No conoces el dicho: «No confíes en la sonrisa de una serpiente»?

Smilla reflexionó y luego carraspeó. Aunque no le gustaba reconocerlo, lo que decía tenía sentido.

Un hombre mata a su esposa y plasma en la pared la reputación de esta con el símbolo de la serpiente – ¡con su propia sangre!

—Puede que le haya puesto los cuernos. O que lo haya traicionado de alguna manera. De ahí tanta crueldad, porque esto parece una ejecución. Y luego la pintada en la pared. Echémosle un vistazo al caballero.

La joya del despacho era un escritorio de madera oscura y aspecto caro. La silla parecía igual de noble, detalle que a Smilla le indicó que el matrimonio gozaba de una posición económica acomodada. Miró por la ventana y suspiró. Desde la silla se veía prácticamente toda la bahía y las vistas eran impresionantes. Finalmente centró su atención en Kjell Mortensen. A pesar de la cabeza destrozada y la edad, seguía siendo un hombre bastante atractivo. Tenía un aspecto cuidado y pulcro y llevaba ropa cara. Kjell Mortensen no era un hombre que se hubiera descuidado una vez jubilado. Era como si todo en su persona y en aquella estancia reflejara que era un hombre muy consciente de sus privilegios y su riqueza.

Smilla se inclinó hacia delante, metió el dedo índice y el del medio entre los labios hinchados y ensangrentados del muerto y le abrió la boca lo máximo posible.

—Se metió el arma en la boca y disparó.

Noam hizo una mueca.

—La cuestión es, ¿de dónde sacó el arma?

—El tipo se dedicaba al tiro deportivo —les llegó desde la puerta. Se les acercó un policía joven—. He investigado un poco y he descubierto algunas cosas sobre el marido. Es copropietario de una asesoría fiscal que funciona muy bien y que dejó hace poco en manos de su socio. Su sueño era navegar con su mujer alrededor del mundo. Se ve que no echaba de menos el trabajo. Además, el socio le pasaba informes regularmente.

—¿Y el arma?

—Lo dicho, era tirador deportivo. Todo completamente legal: estaba afiliado.

—¿Algo en nuestra base de datos?

—Nada.

—¿Y la esposa?

—Eyla era ama de casa. Durante muchos años se ocupó de la hija que tenían en común y que ahora tiene su propia familia y vive en el centro.

—¿La han informado?

El compañero asintió con la cabeza.

—Está de camino. —Hizo un gesto con la cabeza y añadió—: Menuda movida.

—Y que lo diga —masculó Smilla—. ¿Y qué opina el médico?

El compañero se encogió de hombros.

—Dice que eso no entra dentro de sus cometidos.

Smilla le restó importancia con un gesto y salió en busca de los dos patrulleros. Dio con uno de ellos en la entrada de la casa.

—¿Tiene el acta de defunción? —le preguntó sin perder el tiempo con saludos superfluos.

El hombre asintió.

—Se la he entregado al forense. —Se quedó mirando dubitativo a Smilla y esta se fijó en lo pálido que estaba. *Es el que vomitó*, fue el pensamiento que se le pasó por la cabeza.

—¿Qué? —preguntó.

—No entiendo que alguien sea capaz de hacer algo así... —Smilla le dedicó una mirada interrogativa—. Bueno, según el médico, es posible que la mujer siguiera viva cuando la decapitó. Es que no entiendo... —No terminó la frase, pero no hizo falta. Smilla sabía a qué se refería. En los primeros años de su carrera a ella le había pasado lo mismo, no comprendía la brutalidad que las personas eran capaces de emplear las unas contra las otras. Se encogió de hombros.

—De ahí que sea tan importante descubrir cuanto antes qué ha ocurrido aquí y por qué, para que podamos proporcionarle respuestas a la hija del matrimonio. En algún momento dado, por lo menos.

El hombre la miró consternado.

—¿Tenían una hija? Entonces resulta más inconcebible todavía que la... Quiero decir... tenía que saber que la hija iba a enterarse de cómo había muerto su madre y que todo indicaría que había sido el padre.

Smilla resopló.

—Puede que no fuera él —objetó.

—¿Qué no fue quién? —les llegó una voz desde atrás.

Smilla se giró y se encontró frente al jefe de la Científica.

—Estaba hablando del marido. Puede que no haya sido él. ¿Por qué iba a soñar con dar la vuelta al mundo en barco con su mujer y, sin embargo, matarla a sangre fría? —Se interrumpió para dar con las palabras adecuadas—. Y la manera en que se hizo. ¿A qué viene tanta ira? Con esto quiero decir que no hay prueba de nada y que todas las posibilidades siguen abiertas.

Sunderssen negó despacio con la cabeza.

—Hemos analizado el arma del crimen, el hacha, y hemos encontrado huellas dactilares.

Smilla apretó los labios y se quedó mirando fijamente a Sunderssen.

—¿Coinciden con los de Mortensen?

—No quisiera echar por tierra sus esperanzas y tus teorías acerca del hombre, pero... me temo que sí.

TRES

ÅLESUND

Ya pasaba bastante de las tres de la tarde y Morten seguía sin aparecer. Normalmente su marido solía ser muy fiable y puntual, así que tendría que haberle surgido algo importante. Runa tragó. Aunque por otro lado, la habría llamado para avisarla de que llegaría tarde. Así que, ¿qué le había pasado? Runa le echó un vistazo a Anabel, que estaba jugando ensimismada en la arena parloteando alegremente consigo misma. Runa le había dicho que papá también vendría y hasta hacía poco la niña había dado la lata preguntando constantemente dónde estaba papá, pero la llegada de más niños había eclipsado el drama.

Runa respiró hondo, sacó el móvil del bolso, buscó el número de Morten y lo marcó. Pero tras varios tonos de llamada, la rechazó sin más.

Irritada Runa se quedó mirando la pantalla y volvió a marcar. Su marido nunca había hecho algo así, por mucho trabajo que tuviera.

Pero rechazó también la segunda llamada.

Se fue al WhatsApp y buscó su contacto. Estaba en línea.

¿Qué pasa? escribió. Y aunque leyó el mensaje no contestó.

Frustrada guardó el aparato. Los pensamientos giraban caóticamente en su cabeza.

Vale, podría ser que en esos momentos estuviera con un cliente importante con una preocupación urgente que solucionar. O que hubiera un problema con uno de los autónomos con los que trabajaba. Runa creyó recordar que había un colaborador joven del

que se quejaban los colaboradores más antiguos porque no les gustaban los métodos que empleaba en la atención al cliente.

¿Estaría Morten ocupado con eso? Era una explicación plausible. Estaba a punto de reprender a un empleado y no era momento para distracciones. Sin embargo, esa explicación tampoco la tranquilizó demasiado. Volvió a sacar el móvil para mirar la pantalla. Sí, lo tenía en sonido, de modo que aún no le había devuelto la llamada. Y aunque detestaba insistir tanto, volvió a intentarlo. Marcó el número de Morten y lo dejó sonar hasta que la rechazó una vez más.

Entonces intervino su sexto sentido.

Era más bien una voz en su cabeza y un hormigueo que se manifestaba en el interior de su cuerpo.

¡Pasa algo!

Runa resopló y miró el reloj.

Pasaba de las cuatro. Morten ya llevaba más de una hora de retraso.

Para distraerse se levantó y fue junto a Anabel.

—¿Va todo bien, cariño? —Le acarició el pelo a su hija y la sondeó—. ¿Tienes frío? ¿Quieres que volvamos a casa?

La niña negó enérgicamente con la cabeza, cosa que le arrancó una sonrisa a Runa.

Regresó al banco en el que había estado sentada, sacó un libro del bolso y trató de concentrarse en la narración. Pero a pesar de que era una novela emocionante, hoy no conseguía engancharla. Sus pensamientos volvían una y otra vez a Morten y a la cuestión de qué narices estaba pasando. Hasta que ya no aguantó más.

—¡Nos vamos! —le gritó a Anabel e ignorando los gritos ensordecedores cogió a la pequeña de la mano. Regresarían andando a casa, un paseo de unos veinte minutos escasos, cogería el coche e irían a la empresa de Morten—. Vamos a visitar a papá —le explicó a Anabel con la esperanza de que un ratito con papá calmaría la pataleta de Anabel. Esta, descontenta con que la hubieran arrancado de entre sus amiguitos, se pasó todo el camino a casa llorando.

También durante el viaje hasta la empresa la niña no dejó de manifestar su descontento, logrando casi sacar de quicio a la madre.

Pero al llegar a la puerta de atrás de la empresa de Morten, calló.

—¡Papá!

Runa suspiró aliviada. La niña había reconocido el lugar, sabía dónde estaban.

—Eso es. Vamos a visitar a papá —le explicó y lanzó una oración al cielo pidiendo que Morten no las mandara de vuelta a casa al verlas.

Se apeó, liberó a Anabel de la sillita y la cogió de la mano. A punto de llamar al portón de carga y descarga, salió un empleado de su marido y la miró confuso.

Ella sonrió, lo saludó y notó cómo se le encogía el estómago. Ahí volvía estar: esa sensación tenaz de que algo terrible estaba a punto de pasar.

—Querría hablar con Morten. No me quedaré mucho rato. Solo hemos pasado a saludar.

Omar la miró extrañado y negó confuso con la cabeza.

—El jefe hoy se fue temprano porque dijo que había quedado con usted no sé dónde. —Miró primero el reloj y luego a Runa—. Se fue poco después de las dos.

Las entrañas de Runa se contrajeron aún más.

—Omar, ¿está seguro de que se ha ido? Lo digo porque no ha venido a la cita. Habíamos quedado a las tres, pero no ha aparecido. Y tampoco me coge el teléfono. Me rechaza las llamadas una y otra vez.

Omar esbozó una sonrisa que hizo que a Runa se le revolviera el estómago.

—¡No! ¡No hemos discutido! Estoy muy preocupada, en serio.

Omar respiró hondo. Finalmente la miró.

—Estoy completamente seguro de que se ha ido porque su coche tampoco está. Además, acabo de venir de la planta donde está su despacho y estaba vacía.

Runa tragó y miró al suelo.

—Vale —le explicó Omar—. Queda otra posibilidad más. —Sacó el móvil, marcó y se puso el aparato junto a la oreja. Tras unos segundos bajó el aparato y se quedó mirando incrédulo a Runa—.

Pues sí que es raro —le explicó—. A mí también me ha rechazado la llamada.

Las horas fueron pasando y Morten seguía sin devolverle las llamadas, de modo que Runa decidió cancelar la cena en el restaurante italiano. Ahora le tocaba a él esperar, pensó furiosa, aun sabiendo que eso nunca pasaría. Sabía que cuando llamara a Antonio pasadas las seis, este le diría que Morten no estaba allí esperándola. Por no mencionar que a ella se le había pasado el apetito. No porque su marido la hubiera dejado plantada, sino porque tenía que ser consciente de lo decepcionada que estaría Anabel si no aparecía.

Descongeló una lasaña, le sirvió una porción a la pequeña y observó cómo la niña jugaba sin mucho entusiasmo con la comida. Le partía el alma ver a su hija tan triste.

—Papá no tardará en llegar —trató de tranquilizarla, pero esta vez no funcionó. A lo largo del día Anabel había sufrido ya demasiadas decepciones, por lo que ni reaccionó con las palabras de Runa.

Cuando dos horas más tarde su hija dormía plácidamente, Runa se sirvió una copa de vino y se sentó a la barra de la cocina. Ya eran casi las diez de la noche y Morten seguía fuera de casa, por no mencionar que aún no la había llamado. Runa lo había probado con la hermana de Morten y sus padres, pero no había logrado contactar con ninguno de ellos. Aunque, para ser sincera, se alegraba porque no hubiera sabido qué decirles si hubiesen pedido detalles, como por ejemplo si se habían peleado. Porque en línea estaba — lo vio en el WhatsApp —, pero no se le había pasado por la cabeza devolverle las llamadas. Runa estaba furiosa con su marido. Aunque hubiese una explicación para su comportamiento, no entendía por qué no la había llamado por lo menos para decirle qué pasaba. Precisamente, estando casado con una expolicía, tendría que saber cómo afectaría este comportamiento a su mujer. Tendría que imaginarse que estaría

muy preocupada. Marcó su número por enésima vez y esperó. Pero, al igual que un sinfín de veces antes, rechazó la llamada.

Runa estaba a punto de perder los nervios. Luego le vino una idea a la cabeza.

Como no me llames ahora mismo, llamo a la policía!, escribió y mandó el mensaje. Ni dos segundos después aparecieron los dos tics azules – la confirmación de que lo había leído. Y luego la palabra *escribiendo*. Por fin estaba dispuesto a contestar.

Esperó.

Varios minutos.

Pero ¿qué estaba haciendo Morten? ¿Cuánto tiempo le podía llevar a un hombre adulto redactar una breve explicación?

A punto de dejar el móvil pensando que ya no recibiría respuesta, sonó una vibración breve.

Respiró hondo y miró la pantalla.

Se quedó mirando durante un rato las palabras de su marido, sin poder dar crédito a lo que estaba leyendo.

Pero ¿cómo se atrevía?

Estuvo a punto de contestarle, pero se contuvo a tiempo.

Si eso es lo que quieres, ¡muy bien!, pensó furiosa.

Volvió a leer lo que le había mandado en respuesta a su amenaza de llamar a la policía y notó cómo se le estrechaba la garganta.

¡Aquello era completamente absurdo!

Pero ¿qué mosca le había picado a Morten? ¿Por qué era tan irrespetuoso con ella? Si a la mañana todo estaba en perfecto orden. Incluso al mediodía, cuando habían hablado por teléfono, no había notado nada raro ni en su actitud ni en su voz.

Así que, ¿qué había pasado entretanto?

Pero por mucho que repasaba los acontecimientos del día, no obtuvo respuesta a sus preguntas.

Volvió a dirigir la mirada a la pantalla del móvil hasta que las palabras de Morten quedaron grabadas en su retina. Tras apartar el móvil, siguió viéndolas.

Las palabras se fueron difuminando, se mezclaron hasta formar un amasijo. Como queriendo burlarse de ella, las palabras se

materializaron en negrita, bien visibles, ante su ojo interior para formular una advertencia:

Haz lo que te dé la gana. Puede que nos veamos mañana — si me apetece.

¡Maldito gilipollas!, dijo Runa para sus adentros. Le hervía la sangre con la rabia y le costó no soltar un grito, pero no quiso arriesgarse a despertar a Anabel.

Tragó y respiró hondo para tratar de calmar aquel caos emocional que bullía en su interior, para poner orden a sus ideas y para tratar de convencerse de que había una explicación plausible y lógica para el comportamiento asqueroso de su marido.

Cogió la copa de vino y apuró el contenido de un solo trago. Notó el calor del alcohol resbalando por la garganta.

Pero ¿qué explicación va a haber?, se burló su voz interior. *Tú sigue tratando de justificarlo, pero sabes muy bien que ha llegado la hora de saldar una cuenta pendiente.*

El sabor de la bilis le llegó a la boca.

A continuación rompió a llorar.

CUATRO

OSLO

—¿Estás lista? —preguntó Noam sacando de paso a Smilla de su ensimismamiento.

—Voy. Adelántate tú y consígueme algo que me mantenga despierta.

Su compañero sonrió y desapareció. De nuevo a solas, se recostó y cerró los ojos por un instante. El hallazgo de los cadáveres el día anterior les había afectado a todos. Dos muertos arrancados a la vida de la manera más terrible posible. Y aunque para gran parte del equipo estaba más que claro, Smilla tenía sus serias dudas de que una riña conyugal hubiera sido el desencadenante. De hecho no existía certeza absoluta de que hubiera sido el marido el que había decapitado a la esposa. Ciertamente, todo lo señalaba a él, pero Smilla pensó: Demasiado fácil. Demasiado obvio incluso.

Un hombre que decapita a su esposa porque... Eso, ¿por qué? ¿Qué había hecho ella? ¿Le había sido infiel? Smilla hizo una mueca. Había investigado y había averiguado que llevaban casados más de treinta años. Felizmente casados, según las declaraciones de la hija, trastornada por los acontecimientos. La joven había llegado al lugar del crimen y se había derrumbado al ver la tragedia con sus propios ojos. Al padre con la cabeza reventada, a la madre... bueno, pues eso.

Smilla tragó. Ningún hijo, independientemente de la edad, debería ver así a los propios padres. Obviamente, tanto ella como el equipo habían tratado de impedirle la entrada en la casa, pero

Marika Mortensen había repartido golpes a diestro y siniestro, se había vuelto completamente loca y había insistido tanto que no les había quedado más remedio que dejarla pasar.

Por la tarde, Marika les había contado cosas de sus padres que llamaron la atención de Smilla. La joven había confirmado una vez más que sus padres tenían planeada una vuelta al mundo en velero; que desde que ella tenía uso de razón, el matrimonio de sus padres podía describirse como completamente armonioso y que el padre nunca había agredido a la madre. Cuando Smilla le había preguntado si su madre tenía una aventura, Marika Mortensen se había enfadado mucho. Ninguno de ellos le sería infiel al otro, de eso estaba segura la joven.

Luego, Noam y Smilla habían deliberado. Según él, no se debía darles más importancia de la necesaria a las palabras de la hija dado que había muchos padres que les ocultaban a los hijos sus problemas maritales. De modo que si Marika declaraba que no había habido aventura alguna, no tenía por qué significar que realmente no hubiera habido adulterio.

Y por mucho que le molestara, tuvo que admitir que Noam tenía razón. Lo que Marika les había contado bien podría ser la idea de un mundo perfecto falseado por parte de los padres para no perturbar a la hija.

Hecho que no le facilitaba las cosas a la hora de valorar el caso de manera imparcial.

A pesar de no contar con el visto bueno de los jefes, Smilla ordenó que se comprobaran las actividades en internet de la pareja así como los movimientos bancarios. Y envió a un equipo a hablar con los amigos y las personas más cercanas a la pareja. Si de verdad había algo de lo que la hija no estuviera al tanto, existía la posibilidad de que al menos los amigos o conocidos, sí.

Smilla se encargó de la asesoría del hombre e interrogó al socio con la intención de averiguar si había algún asunto interno que pudiera llevar a alguien a querer eliminar a Kjell y beneficiarse de ello.

Smilla tragó al recordar la conversación con Lee Bakken, el socio de Mortensen. La consternación del hombre le había parecido del

todo sincera. El hombre, de unos cuarenta años, tenía los ojos anegados en lágrimas y no daba crédito a lo que oía. Sin negarse en ningún momento a hacerlo, le había concedido a Smilla acceso a la documentación de la empresa relacionada con su socio, incluso había cancelado sus citas para poder centrarse exclusivamente en las preguntas de Smilla.

Lo machacó durante dos horas seguidas, sin obtener ninguna pista significativa.

La empresa era solvente desde hacía años y daba ganancias. El legado de ambos socios también había sido determinado hasta el más mínimo detalle para evitar cualquier tipo de inconsistencias. Tampoco la cartera de clientes presentaba ningún punto flaco que despertara recelo en Smilla. Resumiendo, la asesoría de Kjell Mortensen y su socio, al igual que su relación laboral, eran modélicas.

Para Smilla eso significaba que tendría que buscar y cavar en otro sitio para respaldar su teoría de que Mortensen era inocente en lo que al asesinato de su esposa se refería.

Abrió el expediente y miró por enésima vez las fotos de la escena del crimen. Y al igual que la primera vez, fue consciente de ese hormigueo que le decía que lo que estaba viendo, lo que todos veían, no era lo que realmente había ocurrido en aquella casa.

Pero si se descartaba lo evidente, ¿qué quedaba? ¿Qué había ocurrido esa noche aciaga?

—Está todo el mundo esperando por ti —la apremió la voz de Noam.

—Mierda, se me había olvidado por completo la reunión. —Se levantó y le siguió a la sala de conferencias—. ¿Has traído mi café?

Él se giró hacia ella.

—Fuerte y amargo, como a ti te gusta.

Ella se lo agradeció con un gesto de la cabeza. Entró en la sala y se dirigió de inmediato al atril donde la esperaba, tal como había prometido Noam, el reconstituyente. Tomó un trago e hizo una mueca de desagrado.

El café estaba frío. Se fijó en la sonrisa de Noam y le lanzó una mirada furiosa que Noam comentó con un encogimiento indiferente

de hombros. Tenía razón. Que el café estuviera frío era culpa suya, por haberse demorado con cavilaciones. Miró a los presentes y se disculpó por el retraso. Luego carraspeó.

—Seguimos con los Mortensen —explicó—. De mis investigaciones en la asesoría de Kjell y su socio no he obtenido nada que valga la pena. Díganme, por favor, que ustedes han tenido más suerte.

Murmullos generalizados inundaron la sala, hasta que se oyó:

—¿Y si no hay nada que encontrar porque el caso está más que claro?

La pregunta la había lanzado el jefe del departamento forense. Por supuesto. Smilla miró furiosa al hombre.

—Puede parecer un caso evidente. Pero lo más evidente no siempre tiene por qué ser también lo que efectivamente ocurrió.

El hombre hizo una mueca de disconformidad.

—Los hechos resultan obvios. Eyla Mortensen era una mujer muy bella a la que seguramente le salían admiradores por todas las esquinas. Se lió con uno de ellos, cosa que a su marido no le hizo gracia.

—En tal caso no debería ser ningún problema dar con el nombre del supuesto rival —replicó Smilla a la vez que le dedicaba una mirada penetrante a Lasse Andersen. Este se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—Estamos en ello. Ya hemos hablado con las amigas de la fallecida, pero ninguna sabe nada de una supuesta aventura de Eyla. La familia también está convencida de que no hay nadie.

—¿Qué dice la Científica? —quiso saber Smilla—. ¿Hay algo en las páginas de contacto o en las redes sociales?

Negación con la cabeza.

—Lo único que hemos descubierto —explicó Lina Niessen, jefa de la Científica—, es que hace cuatro años hubo un caso similar en Trondheim. Un hombre le partió la cabeza a la esposa y luego se ahorcó en el desván de la casa. Existen ciertos paralelismos en cuanto a edad y circunstancias. El hombre también estaba jubilado, había hecho mucho dinero en vida y la esposa había dedicado la suya al cuidado de los hijos.

Smilla frunció el ceño.

—¿Ha pedido el expediente a los compañeros?

La mujer asintió con la cabeza.

—Debería haber llegado ya.

Smilla respiró hondo.

—Eso es todo por hoy. Voy a ocuparme de la autopsia y luego del caso de Trondheim. Ustedes, por favor, sigan con lo que están. Manténganme informada si surge alguna pista.

De camino al ascensor se le acercó corriendo Noam y la miró con el ceño fruncido.

—¿Sabías lo de la pareja de Trondheim?

Ella negó muda con la cabeza.

—He de reconocer que esto le da un giro interesante al caso — admitió entre dientes.

Smilla asintió.

—Dos casos similares en el transcurso de cuatro años. Puede que haya relación, pero no necesariamente.

Noam entró con ella en el ascensor.

—¿Quieres que te acompañe a patología?

Ella negó.

—Para serte sincera, prefiero que le echés un vistazo al expediente del otro caso y que le preguntes a la hija de los Mortensen si conocía a esa gente, aunque solo fuera de oídas. Antes de obsesionarnos con eso deberíamos aclarar los puntos más obvios.

Noam asintió y carraspeó.

—¿Y si de ahí tampoco sale nada? Quiero decir... ¿cuánta energía y esfuerzos deberíamos seguir invirtiendo en un caso que está prácticamente resuelto?

Smilla apretó los labios tanto que se convirtieron en una línea muy fina.

—¡Me estás clavando un puñal por la espalda! —soltó sin poder contenerse—. A ver, ¿cuántas veces no resultó que una pista que casi parecía lógica al final era falsa?

Noam dejó que las palabras de Smilla hicieran efecto en él y frunció el ceño sin decir nada. Al abrirse las puertas del ascensor y salir de él, la miró indeciso.

—Sabes que siempre te he apoyado, pero he solicitado poder ocupar tu puesto en tu ausencia y no puedo permitirme ningún error.

Smilla arqueó las cejas.

—Así que consideras que confiar en mí es un error. Pues muchas gracias. —Estuvo tentada de dejarlo allí plantado, pero se lo pensó mejor—. Te propongo algo: cúbreme las espaldas solo dos días más y si para entonces no tengo nada tangible, dejamos que sean los jefes los que decidan si cerrar el caso o no.

Noam reflexionó un instante y suspiró.

—¿Estás convencida de que no fue Mortensen?

Smilla negó con la cabeza.

—No estoy segura al cien por cien, para eso me siguen faltando datos sobre esa gente. —Se detuvo para dar con las palabras adecuadas—. Pero está esa sensación extraña, como una voz interior, que me dice que este crimen abominable ha sido planeado hasta el más mínimo detalle. Y por alguien que sabía perfectamente lo que hacía y en qué tenía que fijarse. Una persona que se empeña en presentárnoslo de tal manera que solo nos quede decir «blanco y en botella». —Volvió a interrumpirse y tragó—. El cadáver de la mujer mismamente... las heridas en el tórax. Transmiten la idea de una agresión llevada a cabo durante un ataque de locura, por rabia o celos. Un ataque por parte de alguien que nunca ha sido agresivo y que por eso necesita varios intentos. Pero llama la atención que los hachazos sean todos más o menos similares en cuanto a potencia y que tengan más o menos la misma profundidad. Ni uno solo indica titubeo por parte del asesino y eso me parece muy raro. Que un esposo cornudo mate a su mujer con un hacha, vale, eso puedo llegar a entenderlo, dependiendo de las circunstancias, pero que le clave el hacha varias veces — sin dudar ni una sola — eso no me entra en la cabeza. —Paró y cogió aire—. Y los garabatos en la pared. ¿Un hombre humillado hasta el punto de matar por ello que pintarrajea las paredes con la sangre de la madre de su hija? Sabía que la hija vería todo después y ¿aun así lo hace? ¿Por qué?

—Puede que quisiera que se enterase de lo que había hecho la madre.

—Para eso hubiera bastado una carta de despedida. —Smilla resopló—. Cuando pisé ayer la casa de los Mortensen tuve desde el primer momento la sensación de que todo estaba escenificado. ¿Entiendes?

Noam negó con la cabeza.

—A ver. —Smilla hizo un gesto de impaciencia—. La cabeza de la mujer estaba colocada pulcramente al lado del torso, a la altura de la cadera. Luego la pintada en la pared. En el fondo, eso significa que, tras el supuesto asesinato de su esposa, el hombre no se derrumbó y se suicidó acto seguido, sino que se tomó todo el tiempo del mundo para hacer la guarrada esa con la sangre y colocar bien el cuerpo. Quiero decir... ¿cuán curado de espanto tiene que estar un hombre para hacerle eso a su esposa, por mucho daño que ella le hubiera hecho antes? Por no mencionar el peligro real de que no fuéramos nosotros sino la hija la encontrara primero esa porquería.

Noam carraspeó.

—¿Qué quieres decir exactamente?

Smilla le dedicó una mirada sombría.

—Quiero decir que quien se oculta detrás del asesinato de este matrimonio pretende manipularnos.

CINCO

ÅLESUND

—¡Mierda! —murmuró Jenna y apartó la olla humeante del hornillo. Levantó la tapa, olió el contenido e hizo una mueca de disgusto. Nunca llegaría a ser una buena cocinera, eso estaba claro. Sacó del cajón el rascador para las sartenes y raspó el fondo de la olla con la intención de recuperar algo de polenta no quemada. En vano.

Suspiró. La idea había sido sorprender a Liam, su marido, con una cena sabrosa, pero se planteó si al final no tendría que recurrir, una vez más, a la entrega a domicilio.

Bueno, Liam no se había casado con ella por sus habilidades domésticas.

Cogió la olla y la dejó en el fregadero. Abrió el grifo para que el agua caliente se llevara aquella papilla apestosa.

Comprobó el horno donde estaba haciéndose lentamente el salmón. El pescado al menos tenía un aspecto comestible. Jenna se sobresaltó al oír el timbre del microondas. Las espinacas estaban listas. De modo que la cena festiva con su marido consistiría en salmón con espinacas. Echó un vistazo al reloj y decidió hacer algo de trampa. Bajó corriendo al sótano para coger un paquete de puré de patata instantáneo. En un abrir y cerrar de ojos preparó la masa y la suavizó con un chorro de aceite de trufa – un recuerdo de las últimas vacaciones en Italia. Luego repasó todo mentalmente. De entrante tomarían una ensalada de marisco de la tienda de *delicatessen*. Luego tendría que ser puré instantáneo con salmón y espinacas. Y de postre... Jenna sonrió al pensar en el glaseado de

chocolate y las fresas que esperaban en la nevera. Tomarían el postre en el dormitorio. ¿Cómo acabaría la noche? Al pensar en su marido sintió un calor ardiente en el bajo vientre. Ojalá no fuera otra vez a malinterpretar sus esfuerzos. Solo quería una velada bonita. Llevaban meses hablando siempre de lo mismo: quedarse embarazada y tener hijos, por lo que el sexo normal, sin segundas intenciones, se había convertido más bien en una excepción. Últimamente solo tenían relaciones íntimas tras haber sido acordadas y planeadas al detalle y Liam se había hartado y se había ido a pasar unos días a casa de un amigo. Su matrimonio había estado a punto de irse al garete y por esa razón, y sintiéndolo en el alma, Jenna había decidido que de momento era mejor dejar aparcado el tema bebés, al menos hasta que las cosas entre ellos hubieran vuelto a la normalidad. Con la velada de hoy quería demostrarle a Liam que era algo más que el posible progenitor de sus hijos o que un donante de esperma – como le había echado él en cara. Y por eso, al salir de la oficina había ido a una *boutique* y se había comprado algo extremadamente travieso: una especie de mono de una tela que de tan fina que era, era casi inexistente, con aperturas estratégicas. Sabía que a Liam le gustaban mucho las prendas eróticas y que disfrutaba con los juegos de seducción. Y por esa misma razón, cuando llegara a casa dentro de una media hora escasa, tenía pensado servirle la cena luciendo esa prenda. Sonrió. Ojalá también sirviera también para perdonar que el salmón se había pasado y que el puré era de bolsa. Lo que contaba era la intención y esperaba que supiera valorar no solo la intención sino también el esfuerzo.

Bajó la temperatura del horno a cincuenta grados, removió una última vez el puré de patata, lo tapó y añadió algo de mantequilla salada a las espinacas del microondas. A continuación se dirigió al cuarto de baño. Se desnudó, metió todo en la cesta de la ropa sucia y se dio una ducha. Mientras dejaba que el agua caliente corriera por su cuerpo, se afeitó las axilas, las piernas y las ingles, para luego lavarse con un gel espumoso de aroma seductor que había comprado en la perfumería.

Tras salir, se secó en un abrir y cerrar de ojos y se enfundó el mono de encaje y tul negro. Se peinó la media melena aún mojada y decidió dejarla secar al aire. Y como toque final se aplicó algo de brillo de labios. De vuelta a la cocina, se detuvo ante el espejo de cuerpo entero del pasillo y se miró. Era cierto que tenía un par de kilos de más, pero a Liam le gustaba tener donde agarrar, como no se cansaba de asegurarle. Echó un vistazo al reloj que colgaba de la pared y comprobó que ya casi era la hora. Emocionada sacó la botella de champán de la nevera, la descorchó y llenó dos copas alargadas con el líquido chispeante.

Al oír la llave en la cerradura se le aceleró el corazón. Cogió las copas, trató de poner cara de traviesa y se dirigió a la puerta de entrada para recibir a su marido.

—Hola, guapo. Espero que no tengas planes para esta noche. — Sonrió al ver la reacción de él. Con ojos abiertos como platos y vidriosos por el deseo, se acercó a ella y la abrazó con ímpetu.

—Por fin ha vuelto mi mujer —murmuró enterrando la cara en su cabello—. Te he echado mucho de menos.

A una hora tardía yacían los dos exhaustos, pero contentos, en la cama deleitándose con las fresas con chocolate que quedaban. El salmón había tenido la consistencia de una suela de zapato, el puré de patatas había salido demasiado acuoso y las espinacas estaban algo saladas. A pesar de todo, Liam había alabado sus artes culinarias no-existentes.

Ella se acurrucó contra él, le besó el pecho y lo despeinó cariñosamente.

—Voy a traer otra copita de champán, ¿vale?

A punto de incorporarse, él la detuvo cogiéndola del brazo y la atrajo hacia sí. La miró con sus ojos de un azul profundo, le acarició la mejilla y con el pulgar y el dedo índice le agarró el mentón y la besó.

—Gracias por esta velada preciosa —le susurró con ternura. Luego la separó de sí, apartó las mantas y se levantó—. Tú has preparado la comida. Yo me encargo de la bebida —le explicó y salió de la habitación tal como dios lo trajo al mundo. Al ver su culo prieto, Jenna notó de nuevo el calor en el bajo vientre.

Se acurrucó entre las almohadas, cerró los ojos y suspiró satisfecha. El plan que había ideado para demostrarle a Liam que su matrimonio no estaba para nada acabado parecía haber funcionado. Hacía mucho que no lo veía tan despreocupado y tuvo que admitir que ella también se sentía aliviada y liberada al aislarse, al menos durante unas horas, de todos esos sueños incumplidos y del deseo de tener su propia familia. Por supuesto, lo que más deseaba era tener un bebé, pero más importante que su deseo de ser madre era Liam, su esposo. Por nada del mundo querría perderlo y por eso era tan sumamente importante dejar de momento ese tema peliagudo de lado hasta que todo entre ellos volviera a ir sobre ruedas.

Además, aún estaba el tema de su compañera Rena. Ella y su marido habían acudido a un sinfín de clínicas de fertilización, para acabar lamentando un aborto tras otro. Al final ella se había quedado embarazada solo porque los dos se habían hecho a la idea

de que nunca serían padres. Ahora tenían una niña preciosa y eran plenamente felices y estaban satisfechos con la vida.

Jenna tragó. ¿Y si el caso de ella y Liam fuera precisamente ese? ¿Y si no estaban destinados a ser padres? ¿Entonces qué?

Suspiró.

Ya se vería.

Al fin y al cabo lo único que importaba eran ellos dos, su amor, que cuidaban el uno del otro, que se llevaban bien.

Si estamos destinados a ser solo él y yo, pues que así sea, pensó Jenna preguntándose si era verdad. Ella quería un bebé, sí, de todo corazón. Pero más aun quería a Liam, su marido. Quería tenerlo para siempre a su lado, envejecer con él...

El sonido de cristales rotos y un quejido la trajo de vuelta al presente.

—¿Cariño, estás bien? —gritó preocupada.

No obtuvo respuesta.

—¿Te has hecho daño? ¡Pero di algo!

Más silencio.

La sobrevino un presentimiento sombrío, pero se dijo a sí misma que, como estaba desnudo, había pasado de encender las luces de la casa y seguramente había tropezado con el dedo meñique del pie contra la esquina de la isleta. Y ahora, demasiado orgulloso para admitirlo, se callaba.

Jenna salió de la cama, cogió el albornoz mullido que colgaba del sillón y se lo puso. En el pasillo accionó el interruptor de la luz, pero todo siguió oscuro.

—Genial —se quejó—. ¿Cariño? Se ha ido la luz.

Una vez más, ninguna respuesta.

Liam estaría ya abajo solucionando el problema.

A punto de volver a meterse en el dormitorio, a Jenna le llamó la atención un olor raro. Olía a metal, un olor ligeramente dulce, casi nauseabundo. Algo se le encogió en el pecho, el corazón se le aceleró.

La cobarde que llevaba dentro le aconsejó salir corriendo, pero aquí no se trataba solo de ella, sino también de Liam, su marido. Decidida se dirigió a las escaleras y contuvo la respiración cuando al

olor apestoso como a cobre se le sumó un olor a podrido. Era como una mezcla de... Eso, ¿de qué?

No recordaba haber olido nunca nada tan desagradable.

¡Huevos podridos!, le vino de repente a la mente. Olía a huevos podridos. ¿Le había sentado mal la cena a Liam? Tampoco se sorprendería demasiado si así fuera. Pero, aunque estuviera encerrado en el baño, ¿era mucho pedir que por lo menos emitiera un silbido o algo?

—¿Cariño? —volvió a gritar a la vez que descendía con cuidado peldaño a peldaño.

Una vez abajo, siguió la pared palpándola a ciegas hasta llegar a un aparador pequeño en cuyo primer cajón guardaban una linterna para emergencias. Suspiró aliviada cuando el haz de luz atravesó la oscuridad. Avanzó despacio hasta la cocina. El olor nauseabundo se iba intensificando a cada paso. Y por fin lo vio. Liam. Yacía en el suelo tendido boca abajo en medio de un charco enorme de sangre. La linterna se le escapó de entre los dedos y fue rodando hasta la sangre, donde quedó en medio de aquella guarrería, como burlándose de ella.

Un grito atravesó el silencio de la noche y antes de ser consciente de que había sido ella la que había chillado, ya estaba arrodillada al lado de su marido inerte, llorando, con arcadas y sacudiéndolo por los hombros. Él, sin reacción alguna.

Los pensamientos se agolparon en la cabeza de Jenna.

¿Se había caído y se había hecho daño en la cabeza?

Sabía que bajo ningún concepto debía tocarlo; debía pedir ayuda, pero no pudo suprimir la enorme y poderosa necesidad de darle la vuelta a su marido para que descansara sobre la espalda. Tenía que verle la cara, asegurarse de que solo estaba inconsciente, pero que seguía vivo, hacerse una idea de las heridas que tenía.

Se inclinó sobre él, tiró con todas sus fuerzas de su hombro izquierdo hasta por fin lograr darle la vuelta al cuerpo. Consternada se quedó mirando fijamente la herida abierta que arrancaba en la sien derecha y bajaba en diagonal hasta el pómulo izquierdo. La bilis amarga subió disparada a la garganta de Jenna al comprender que

aquellos trozos claros que aparecían entre los pedazos de carne eran diminutos fragmentos óseos del tabique nasal.

Un gemido escapó de su garganta cuando el más terrible de los pensamientos le pasó por la cabeza.

Nadie sobrevive a una herida así, ¿no?

Y luego...

Quienquiera que le hubiera hecho aquello a su marido, podía seguir todavía en la casa.

Tenía que levantarse y salir corriendo, intentar pedir ayuda, pero no pudo.

No fue capaz de dejar a su marido solo, aunque en realidad ya no estuviera con ella.

—¡Cariño! —sollozó. Lo sacudió ligeramente por el hombro, pero lo único que quedaba de su marido no era más que una carcasa sin vida.

¡Liam está muerto!, gritó una voz en el interior de Jenna. *¡Está muerto de verdad!*

Vomitó en el suelo bilis que se mezcló con la sangre de Liam. Una mezcla repugnante.

Jadeó y volvió a vomitar.

De repente se percató de una corriente de aire.

Se le puso el vello de punta.

—¡Sorpresa! —La voz alegre sonó a sus espaldas. Le resultó extrañamente familiar, a la vez que desconocida. En cuestión de segundos logró sentarse. Quiso darse la vuelta, pero fue demasiado tarde.

Lo último que llegó a oír fue un sonido sibilante atravesando el silencio. Un segundo después un dolor como el que nunca había experimentado con anterioridad explotó en su cabeza y el mundo a su alrededor desapareció en una niebla formada por su propia sangre y una oscuridad impenetrable.

SEIS

OSLO

—¿La autopsia ha sacado algo nuevo a la luz? —quiso saber Noam.

Smilla miró a su compañero.

—Novedades que nos ayuden a avanzar, no, pero detalles, sin duda interesantes y que respaldan mis sospechas, sí.

Noam alzó las cejas y la miró picado por la curiosidad.

—Según el forense, Eyla Mortensen falleció tras el primer hachazo. El asesino le atravesó la aorta lo que causó la muerte en cuestión de segundos. —Se detuvo—. Eso en sí no tendría por qué hacernos sospechar —explicó al percatarse de la expresión de duda en el rostro de Noam—. Sin embargo, resulta significativo que el primer golpe asestado con el arma del crimen fue tan profundo que la hoja impactó en el hueso. Si efectivamente fue el marido, tenía que ser una persona con muy pocos escrúpulos, ¿no te parece?

Noam hizo una mueca.

—¿Hace falta que te recuerde de qué son capaces las personas cuando actúan llevadas por la ira?

—Está bien —se defendió Smilla—. Pero tenían una hija y un largo pasado en común. Siento que me llame la atención que casi decapitara a la mujer al primerísimo hachazo. Un marido cornudo podrá estar furioso, vale, te lo concedo, puede que la ataque, que la golpee, que la empuje, que la patee o, incluso, que la estrangule, pero ¿decapitarla? A eso súmale que esta manera de matar no resulta nada agradable, la sangre salpicando por todos los lados, los huesos partiéndose. En teoría, tras el primer golpe y sus

consecuencias, el marido tendría que haberse quedado petrificado por el shock. Pero no fue el caso. Siguió asestándole cuatro hachazos más, aunque ya estaba muerta hacía tiempo. ¿Por qué?

Noam se encogió de hombros.

—¿Y si primero se tomó unas cuantas copas u otra sustancia para reunir el valor?

Smilla negó con la cabeza.

—El forense también tiene la autopsia de Kjell Mortensen y, según él, no hay restos ni de alcohol ni de medicamentos ni de ningún otro tipo de drogas. Me he puesto en contacto con su médico y me dijo que el hombre no padecía ningún tipo de enfermedad psíquica. Es decir, no hay nada que justifique este tipo de desbordamiento.

Noam tragó.

—Hay más. Te lo noto.

Smilla se mordió el labio inferior.

—Has dicho que me guardarías las espaldas.

Asentimiento de cabeza.

—Tengo que ir a Tromsø y ya.

—¿Y vas a decirme por qué?

—Es por el caso de Trondheim. He leído el expediente de cabo a rabo. Se ve que a la mujer le golpearon la cabeza con una herramienta de jardinería. Luego, supuestamente, el marido se ahorcó. O sea, al fin y al cabo como en nuestro caso. Y hay más similitudes. El primer golpe en la cabeza de la mujer ya fue letal y aun así siguió golpeándola hasta prácticamente convertirla en papilla. ¿Por qué iba a hacer algo así? Un hombre del que todos que lo conocían dicen que era un padre y un marido fiel, cariñoso y protector. Y los garabatos en el suelo...

—¿A qué te refieres?

—El hombre dibujó con la sangre de la mujer una cabeza de cerdo en el suelo.

Noam cogió aire.

—Ese es el primer detalle realmente significativo que relaciona nuestro caso con el de Trondheim.

Smilla lo rechazó con un gesto de impaciencia.

—Aún hay más —lo interrumpió—. La pareja tenía un hijo que declaró que le resultaba imposible imaginarse a su padre haciéndole tal cosa a su madre. Estaba convencidísimo de que el responsable de un acto tan repugnante tenía que ser otra persona, pero como no había ningún indicio de allanamiento, a nuestros compañeros de oficio no les quedó más remedio que partir de una riña de pareja que se desmadró.

—¿Alguna otra cosa del expediente que te haya llamado la atención?

Smilla asintió sombría.

—El hijo de la pareja... Se quitó la vida un año después del fallecimiento de sus padres.

—¿Cómo lo sabes?

Smilla miró a Noam.

—Quise asegurarme de no ver fantasmas donde no los hay, así que he tratado de ponerme en contacto con él para que me hablara de sus padres, pero su exmujer acaba de comunicarme hace un rato que había muerto. Se tiró de un edificio. Tenía un hijo pequeño.

Noam tragó.

—¡Qué fuerte! Primero los padres y luego el hijo.

Smilla asintió.

—Sí, y más teniendo en cuenta lo que me contó la mujer: que su ex estaba completamente convencido de que el padre era inocente. Estaba obsesionado con limpiar el nombre de su padre y se ve que en el intento se fue a la deriva. Él y su mujer ya estaban separados cuando ocurrieron los asesinatos, pero seguían siendo amigos. Pero por lo que me contó la mujer por teléfono, tras la muerte de los padres él ya no era el mismo. Tenía miedo, estaba paranoico.

—Es decir, sufría de depresión o algún otro tipo de trastorno psíquico.

Smilla dijo que no.

—Al menos no que conste en el expediente. Llevaba una vida completamente normal hasta que murieron sus padres. A partir de ahí, el hombre fue cuesta abajo. Su ex dice que se culpaba a sí mismo de la muerte de sus padres.

—¿Y eso por qué?

Smilla suspiró.

—Eso me gustaría saber a mí. Pero, como está muerto, no va a resultar fácil averiguarlo. Lo que sí es cierto es que el día de la muerte de sus padres su hijo estaba con él.

—Pero nunca se sospechó de él, ¿no?

—Solo sé que lo comprobaron. No sé más.

—¿Y qué quieres hacer exactamente en Tromsø?

Smilla carraspeó.

—La ex tiene una pareja nueva y acaban de tener un bebé. Mientras estaba hablando con ella por teléfono, el bebé no hacía más que llorar por lo que me pareció poco centrada. A eso súmale que no es mi caso y que ella seguramente lo sepa. Así que tengo que intentar ganarme su confianza y convencerla para que me cuente voluntariamente todo lo que recuerde.

Noam la miró e hizo una mueca que reflejó su incomodidad.

—Tendrá que esperar. ¿O has olvidado que habías citado a Marika Mortensen para hoy? Como el otro día no sacamos gran cosa de ella.

—Mierda, se me había pasado por completo. ¿Ya está aquí?

Noam asintió con la cabeza.

—Le he ofrecido una taza de café, pero dice que quiere acabar con esto cuanto antes porque... bueno, no ha venido sola.

De camino a la sala de conferencias, Smilla repasó todas las preguntas que quería hacerle a Marika Mortensen. El día que se habían visto en la escena del crimen había hablado un buen rato con la joven, pero el interrogatorio no había resultado muy fructífero. Marika había empezado una y otra vez a llorar, no se concentraba y parecía completamente perdida, cosa más que comprensible si se tenía en cuenta lo que había visto con sus propios ojos.

Y por esa razón había interrumpido Smilla las preguntas, la había mandado a casa y le había pedido que viniera a comisaría cuando se sintiera algo mejor. Obviamente también le había ofrecido ayuda en forma de charla con el psiquiatra de la policía, pero la joven había rechazado el ofrecimiento.

Ya en la sala de conferencias, Smilla le dio la mano a la joven, le transmitió sus condolencias una vez más y miró al niño pequeño que estaba sentado en el regazo de la mujer.

—No sé yo si será muy apropiado tener esta conversación delante de un niño tan pequeño.

De forma involuntaria Marika se tensó y apretó la cabeza del niño contra su pecho.

—Ahora mismo me resulta imposible separarme de él, ¿lo comprende? Es tan complicado... todo esto.

Smilla asintió comprensiva, aunque lo cierto era que no había entendido a qué se refería la mujer. Había perdido a los padres, sí, pero ¿qué tenía que ver con su hijo? ¿Por qué no lo había dejado con el padre o con los abuelos paternos mientras que ella acudía a jefatura?

—Intentaré no entrar demasiado en los hechos ocurridos para que su hijo no se entere —le explicó Smilla y le dedicó una mirada intensa a Marika. Esta asintió aliviada y le dio al niño un beso en la frente—. Necesito saber si sus padres en algún momento discutieron por temas financieros. Al fin y al cabo, en casa solo entraban los ingresos de su padre. Eso suele producir roces en la convivencia.

Marika negó con la cabeza.

—Es verdad que el que ganaba el dinero era mi padre, pero la que se ocupaba de las finanzas era mi madre. Era ella la que pagaba las facturas, hacía la compra, la que coordinó la reparación y la renovación de la casa. Mi padre nunca intervenía, nunca le dijo lo que tenía que hacer. Sabía que mamá manejaba el dinero de manera muy responsable.

Smilla asintió amablemente.

—¿Y antes? ¿Quién estaba al cargo de usted, de su educación? Supongo que fue su madre dado que su padre trabajaba hasta tarde.

Marika asintió con la cabeza.

—Mayormente, sí, pero, a pesar del trabajo, mi padre hacía todo lo que podía. Venía a todas las representaciones en el colegio, guardaba todos los días festivos y desde que recuerde siempre cenaba en casa con nosotras.

—O sea, que en cuanto a su educación nunca hubo ningún tipo de desacuerdo. ¿Y tampoco en cuanto al tema estudios o cuando

entró en la pubertad o llevó su primer novio a casa? A raíz de eso a veces entre los padres surgen desavenencias.

—¡Jamás!

—Suenan a un matrimonio ejemplar.

Marika le dedicó una mirada casi porfiada.

—Es que lo eran. Y por eso se lo repito: no había ningún otro hombre en la vida de mi madre. Estoy convencidísima de eso. Pero supongamos que lo hubiera y que yo no estuviera al tanto, incluso en ese caso, mi padre jamás le hubiera hecho algo tan horrible. Él solo quería una única cosa: que sus dos chicas fueran felices. Él siempre nos anteponía, lo daba todo por nosotras, nosotras éramos su mundo. —Marika inspiró temblando y por un segundo pareció que iba a derrumbarse, pero recuperó el control y miró primero a Noam y luego a Smilla, a la que le lanzó una mirada penetrante—. ¡Tienen que dar con el verdadero asesino y encerrarlo! ¡Tiene que pagar por lo que hizo!

A Smilla le llamó la atención que Marika había pronunciado las últimas palabras con una voz extraña. También vio algo en sus ojos, algo que en aquel momento no supo interpretar.

—¿Qué puede decirme de los amigos de sus padres? ¿Hay alguien a quien hacía tiempo no veían por alguna razón determinada? ¿Tal vez algún conflicto abierto o algún problema con algún amigo o conocido?

Marika reflexionó y negó con la cabeza.

—No que yo recuerde. Mis padres tienen... tenían muchos amigos, se llevaban bien con los vecinos, cada vez que iban de vacaciones hacían nuevas amistades y con algunos mantenían el contacto incluso a largo plazo, pero de amigos con los que se llevaran mal no sé nada.

—¿Y qué me dice de la vida de su madre antes de casarse con su padre? ¿Y de su padre antes de casarse con su madre? ¿Sabe algo?

Marika suspiró.

—Para serle sincera, no. Desde que nació ella se dedicó al hogar. Era ama de casa, cuidaba de mí y de papá, mantenía a la familia en marcha. No sé qué hacía antes, ni a quién conocía cuando papá aún no formaba parte de su vida. ¿Por qué iba a interesarme eso? Y en

el caso de mi padre, otro tanto. Bueno, sé que estudió. De estudiante vivía en una residencia, pero mucho más tampoco puedo contarle.

Smilla suspiró.

—¿Hay amigos de sus padres que puedan ayudarme en ese sentido?

Marika reflexionó un instante y se encogió de hombros.

—La mayoría de sus amigos son los padres de mis antiguas compañeras de clase y de mis amigas. Y la esposa del socio de papá también era amiga de mamá. No tengo ni idea si alguien de entre esa gente podrá ayudarla.

—Estamos hablando todo el rato de su madre. ¿Qué pasa con su padre? —objetó Noam—. ¿Cabe la posibilidad de que fuera su padre quien tuviera una aventura?

La pregunta fue un mazazo para Marika.

—¡Mi padre estaba loco por mi madre! ¡Jamás se hubiera fijado en otra mujer! Y aunque así fuera, ¿en serio cree que mataría a su esposa por culpa de otra, solo para tener vía libre?

—O sea, que esa opción le parece inconcebible.

—¡Por supuesto que me parece inconcebible! Mis padres se amaban. Lo sé sin más. Y por eso mi padre jamás le haría algo tan horrible a mi madre, al menos no voluntariamente.

De nuevo en su despacho, Smilla repasó mentalmente la conversación con Marika.

¿Por qué razón en una situación así llevaría alguien a su hijo a la entrevista con la persona que llevaba el caso del asesinato de los propios padres?

¿Y la voz contundente de la mujer al decirles que tenían que encontrar al verdadero asesino? Eso era mucho más que una aseveración de que el padre era inocente. Marika Mortensen no solo estaba convencida de ello, de que no había sido el padre, sino que lo sabía. La pregunta era, ¿cómo? ¿De dónde sacaba aquella mujer tanta certeza? ¿Y cómo encajaba su comportamiento?

Smilla cerró los ojos y analizó la conversación, la postura de la mujer, su lenguaje corporal. No había traído al niño así como así, solo porque no quisiera separarse de él. No, era mucho más que eso. Había otra cosa en juego. Marika Mortensen se había aferrado al niño como si tuviera miedo de perderlo. Lo había agarrado desesperada, llevada por el pánico. Lo había mirado una y otra vez, como para asegurarse de que su hijo estaba bien.

Y luego lo último que había dicho la mujer. Había dicho que su padre jamás le hubiera hecho algo así a su madre de manera voluntaria. ¿Había querido insinuar algo concreto? ¿O solo había sido una manera de hablar para asegurar la inocencia del padre?

Smilla resopló y tragó. Y de repente cayó en la cuenta.

Se levantó con la intención de ir junto a Noam y contarle lo que había descubierto, pero decidió que eso podía esperar. Ahora lo primero era coger un avión a Tromsø y hablar con la mujer del suicida que había perdido a sus padres del mismo modo que Marika Mortensen y que un año después se había quitado la vida.

Fue corriendo al ascensor y esperó a que se abriera la puerta.

Mientras bajaba, sus pensamientos se independizaron. ¿Estaría viendo fantasmas con respecto al caso de los Mortensen? ¿O con respecto a la imagen que tenía de la hija de la pareja muerta?

Negó rápidamente con la cabeza.

¡No!

Estaba completamente segura de que Marika Mortensen le tenía mucho miedo a algo... o mejor dicho, a alguien.

SIETE

ÅLESUND

La despertó un ruido, pero al incorporarse y mirar fijamente la oscuridad se dio cuenta de que la casa estaba en silencio absoluto. Debió de imaginarse ese ruido, un crujido leve. O tal vez había sido una pesadilla. A tientas buscó el interruptor de la lámpara en la mesilla de noche, esperó un poco para acostumbrarse a la claridad y echó un vistazo al lado izquierdo de la cama, que seguía intacto. De repente recordó los mensajes de texto de su marido, las lágrimas derramadas después de que Anabel estuviera durmiendo tranquila en su cuna. Suspiró al mirar el despertador. No eran ni las tres, es decir, había dormido dos horas y media. Demasiado poco como para estar completamente despejada y descansada a la mañana siguiente. Runa apartó las mantas, se levantó de la cama y de camino al cuarto de baño se puso el albornoz. Se lavó la cara, bebió un trago de agua y fue de puntillas a la habitación de su hija para echar un vistazo. Al verla dormida sonrió. Por último, también miró en la habitación de invitados, con la esperanza de ver a Morten durmiendo allí, pero su deseo no se hizo realidad. No había vuelto a casa.

Por enésima vez se preguntó qué mosca le había picado a su marido, cómo demonios se le ocurría dejarla en aquella inopia y, al igual que antes, la impotencia le cedió el paso a la rabia. Al fin y al cabo no era solo por ella, sino también por Anabel. ¿Qué le diría a su hija mañana por la mañana? ¿Cómo justificaría que su padre aún no

había vuelto y que no le hubiera dado las buenas noches a su princesita?

Obviamente también se le había ocurrido la posibilidad de una aventura amorosa, pero había desechado la ocurrencia al instante. Por muy enfadada que estuviera con Morten, por muy increíble que resultara su comportamiento, en su interior sabía que en la vida de su marido no había otra mujer, que un amorío extramatrimonial no era la causa de su comportamiento extraño.

Tragó, fue a la cocina y cogió el móvil. No le había mandado ningún otro mensaje ni tampoco sus suegros ni su cuñada le habían devuelto las llamadas. Vale, la hermana de Morten y su marido no tenían hijos, por lo que tampoco tenían ningún tipo de responsabilidades. Podía ser que hubieran decidido de repente ir de viaje. Pero que los padres de Morten no la hubieran llamado, preocupó bastante a Runa. Tras un breve momento de duda, se dejó llevar por un arrebato y pulsó la tecla de llamada, pero, al igual que a lo largo del día, tampoco ahora descolgó nadie, a pesar de la hora tardía.

Lo intentó con el número de su cuñada. También sin éxito.

Desesperada tiró el móvil en la encimera, apagó la luz y regresó al dormitorio. Se sentó en la cama y, a punto de acostarse, se sobresaltó al oír el timbre de casa. Sin poder dar crédito, miró la hora en el despertador y se preguntó quién podría tener la osadía de venir a su casa en mitad de la noche.

Morten, le pasó por la cabeza. Tal vez estuviera borracho, incapaz de meter la llave en la cerradura. Saltó de la cama, volvió a ponerse el albornoz por segunda vez aquella noche y se dirigió a la puerta principal.

Al mirar por la mirilla, dio un pequeño salto atrás.

¡Nada bueno!, le pasó por la cabeza. *Esto no me gusta nada de nada.*

Abrió la puerta.

Su antigua compañera Lena Andersen la miró con expresión sombría.

—Siento haberte sacado a estas horas de la cama, pero tienes que acompañarme.

Runa la miró sin entender. Tragó.

—¿Qué ocurre? Quiero decir, ¿le ha pasado algo a Morten? Es que no ha vuelto a casa.

Lene obvió la pregunta y miró por encima del hombro como si estuviera esperando a alguien. Por fin miró a Runa.

—Tienes que vestirme porque tenemos que arrancar ya. ¡Por favor! Te lo explicaré todo luego.

Runa negó con la cabeza.

—No puedo irme. Es por Anabel. Está durmiendo.

—Ha venido también Gunda. Ella cuidará de Anabel durante tu ausencia.

—¿Gunda? Pero ¿tú estás loca? Yo no dejo a mi hija en manos de una desconocida.

Dejó a Lene plantada, fue a la cocina y cogió el móvil, que había dejado en la encimera.

—Voy a ver si consigo hablar con mis suegros. Espero que se apiaden y que se queden con la niña. Si es que consigo que me cojan el teléfono.

Dirigiéndole a Lene una mirada tanto de preocupación como de irritación, marcó. Pero al igual que las veces anteriores, nadie descolgó.

Tragó y miró nerviosa a su compañera.

—Todo el día igual. Morten está rarísimo, no ha vuelto a casa y no consigo hablar con los abuelos de Anabel.

Suspiró y miró a Lene.

—No puedo acompañarte si no tengo a nadie con quien dejar a Anabel.

Como contestando a una orden, se les acercó una joven que Runa no había visto nunca.

—Esta es Gunda Engen —le explicó Lene—. Es una compañera nueva que acabó los estudios hace poco. Quiere adquirir algo de experiencia antes de decidirse por un departamento concreto. —Lene miró a Gunda—. ¿Te ves capaz de cuidar de una niña de dos años?

La joven sonrió tímidamente.

—¿Por qué no? Si se despierta, le leo un cuento o juego con ella hasta que vuelva a entrarle el sueño. —Miró a Runa y asintió con la cabeza—. Le prometo que su hija estará en buenas manos.

Runa tragó y miró primero a Gunda y luego a Lene.

—Pero ¿qué es lo que pasa? ¿Por qué tengo que acompañarte?

—Es por Morten —le explicó Lene. Parecía incomodarla mucho tener que hablar del tema. También Gunda adoptó una postura de incomodidad, sin atreverse a mirarle a Runa a los ojos.

Runa notó cómo se le fue tensando el cuerpo.

—¿Ha tenido...? —Se detuvo bruscamente y cogió aire—. ¿Está bien?

Lene la miró un buen rato y carraspeó.

—Dadas las circunstancias, diría que sí. —La mirada se intensificó—. Tienes que vestirme y venir conmigo. Es importante. Puede que nos ayudes a aclarar un poco la situación.

Runa frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

Pero Lene bajó la mirada lo que significaba que no era momento de hablar. Runa alzó las manos en señal de rendición, desapareció en el dormitorio, cogió a voleo una camiseta y unos vaqueros y en muy poco tiempo estuvo lista para irse.

—¿De verdad se ve capaz de cuidar a mi hija? —le preguntó con escepticismo a Gunda.

Esta asintió con la cabeza.

—La niña va a estar bien —dijo y le dirigió una mirada llena de significado a Lene—. Tomaros todo el tiempo del mundo que yo me las arreglo bien.

Tras insistir Lene que era mejor que condujera ella, Runa se metió en el coche de su amiga y aprovechó el tiempo para barajar las distintas explicaciones plausibles para todo aquello. En base al comportamiento estúpido de su marido, supuso que había bebido y causado un accidente. O puede que se hubiera metido en una pelea. Estaba de mal humor, había bebido de más y primero se había pasado con ella y luego posiblemente con algún otro cliente del bar quien, al contrario que ella, había reaccionado.

Sí, pensó Runa. *Podría ser eso*. Su marido, por la razón que fuera, había pasado de marido ejemplar a alguien que buscaba gresca.

De repente Runa se dio cuenta de que no iban hacia jefatura, sino hacia las afueras, cosa que para Runa no tenía ningún sentido.

—¿Y esto? —le preguntó a Lene—. ¿A dónde vamos?

Lene tan solo le dedicó una mirada sombría por el retrovisor y guardó silencio.

Tras salir del Larsgardsringen para meterse en el Kreklingen, Runa supo que iban a casa de sus suegros. El estómago se le revolvió al instante. Durante todo el día no había podido localizar a los padres de Morten, y tampoco le habían devuelto las llamadas. Eso no era típico de ellos. Al percatarse de una luz parpadeante que se acercaba cada vez más, se incorporó y vio que al final de la calle había varios coches de policía ante los cuales se había reunido un grupo de personas. Runa reconoció entre ellas a algunos antiguos compañeros de trabajo y a los vecinos de sus suegros. La gente o estaba cariacontecida o en estado de shock, lo que no le facilitó en absoluto el dar con una explicación para todo aquello.

Tras detener el coche Lene le dedicó una última mirada e hizo una mueca.

—Es horrible —dijo Lene fuera de contexto, sonando de nuevo como la antigua compañera y amiga—. Créeme, me hubiese gustado decírtelo antes, pero no sabía cómo.

Runa notó un escalofrío y agarró la manilla de la puerta. Al aparecer, Edvard Larsen, un amigo de su suegro, le lanzó una mirada que le heló la sangre. Lo ignoró y fue corriendo hacia Jori Birkeland, su antiguo jefe.

—¿Qué está pasando, maldita sea? —preguntó y miró furiosa a Lene, que apareció a su lado—. Nadie me dice qué está pasando.

Jori hizo una mueca. Miró primero a Runa, luego a Lene y de nuevo a Runa.

—Es que no es fácil de explicar con palabras, querida.

Runa vio de reojo a dos hombres que salían de la casa llevando una camilla cubierta con una lona de plástico negro.

Habiendo sido policía, sabía lo que aquello significaba.

Miró a Lene casi implorando.

—Dime que ese no es Morten.

Negación con la cabeza.

Runa suspiró aliviada.

—¿Y mis suegros? ¿Están bien?

Y aunque ya creía conocer la respuesta, lanzó una oración al cielo pidiendo estar equivocada.

Esta vez no hubo tanta suerte porque Lene bajó la mirada. Tras unos segundos alzó los ojos, dio un paso hacia Runa y le cogió las manos.

—Están muertos, Runa. Los dos.

—¿Qué? —Runa se soltó de golpe y negó con la cabeza—. Eso no puede ser. Es completamente imposible porque los dos gozan de una salud excelente y por eso no tiene sentido lo que dices.

Se calló y tambaleó porque los pensamientos en su cabeza parecían haberse montado en una montaña rusa.

Y de repente fue como ver una película. El comportamiento ominoso de Morten, el hecho de que no hubiera vuelto a casa, sus suegros que no cogían el teléfono y no le devolvían las llamadas.

—¿Los han asesinado?

Lene suspiró y asintió con la cabeza.

—Lo siento tanto —dijo por fin—. Sé lo mucho que los querías.

A Runa se le anegaron los ojos en lágrimas, pero trató de controlarlas.

¿Que sus suegros, los abuelos de Anabel, estaban muertos? Y además, ¿víctimas de un crimen? ¿Asesinados a sangre fría?

Negó con la cabeza.

Eso no podía ser. ¡No! No sus suegros maravillosos. No los mejores abuelos del mundo.

—¿Sabéis ya qué ha ocurrido? ¿Alguna idea de quién pudo haber sido?

—Y tanto que sí —intervino Jori Birkeland mientras miraba seriamente a Runa—. Y te aseguro que la respuesta a tu pregunta no te va a gustar nada de nada.

Se calló y miró a Lene, que le devolvió una mirada furiosa. Él se encogió de hombros y le indicó que era tarea suya contarle a Runa

la verdad.

Lene carraspeó y se cuadró como para hacerle frente a lo que vendría a continuación.

—Suéltalo ya —la conminó Runa.

Lene se encogió literalmente con aquellas palabras. Luego asintió con la cabeza.

—Ha sido tu marido —soltó entrecortadamente. Con un gesto indefenso de la mano le indicó a Runa que aún seguía en la casa.

—¿Morten? ¿Que Morten ha matado a sus padres? —Runa fue consciente de que sonaba como una histérica. Tenía que calmarse, mantener la cabeza despejada. Si se derrumbaba ahora, sería un desastre.

—¿Estáis completamente seguros en cuanto a Morten? Quiero decir, cabe la posibilidad de que haya sido otra persona y que a él lo engañaran. ¿No?

Lene tragó y suspiró para indicar que lo sentía.

—Lo cierto es que todo indica a que fue tu marido. Sus huellas dactilares están en el arma del crimen y tiene sangre de sus padres por todo el cuerpo.

Calló para que la información calara en Runa. Luego le dirigió una mirada valorativa.

—Desde mi punto de vista no existe duda alguna en cuanto a la autoría: tu marido es el asesino de tus suegros

OCHO

OSLO

Durante las dos horas de vuelo de Oslo a Tromsø, Smilla no consiguió sacarse de la cabeza el comportamiento de Marika Mortensen. Incluso ahora, de camino a la península de Sommarøy, donde vivía la esposa del suicida, seguía pensando en el caso de la pareja asesinada en Oslo. El día del hallazgo de los cadáveres, por culpa del trasiego reinante, no se había fijado, pero una vez transcurrido algo de tiempo, se dio cuenta de que la reacción de Marika aquel día había sido en cierto modo desproporcionada. Puede que estuviese viendo fantasmas al pensar que Marika conocía muy bien los motivos que habían llevado al asesinato de sus padres. Marika había llorado sobre todo la muerte de su padre. A la muerte de su madre le había prestado bastante menos atención. Como si en el fondo la estuviese culpando de lo ocurrido. Desde luego, cabía la posibilidad de que la relación con el padre hubiera sido más cercana que con la madre, aunque las fotografías familiares repartidas por la casa indicaban lo contrario. En casi todas ellas se veía a Marika de niña junto a su madre, una niña feliz junto a su heroína: su madre.

Smilla era consciente de que a Noam sus razonamientos le parecían bobadas, pero, aun así, no conseguía sacarse de la cabeza de que no iba mal encaminada.

Marika había llegado a la casa y, en contra del consejo de la policía, había exigido ver a su padre. Había gritado, se había derrumbado y no fue hasta más tarde, mucho más tarde, que había ido a ver a la madre. A pesar de la cabeza deformada por el disparo,

había buscado la cercanía del padre, le había cogido la mano, se la había besado incluso, sin embargo, había sido incapaz de tocar el cuerpo muerto de la madre. Hoy, desde la perspectiva que ofrecía la distancia, Smilla estaba segura de que había visto rabia en los ojos de la joven. Rabia dirigida hacia la madre, pero en relación con el crimen, ¿qué significaba?

¿Por qué iba a estar furiosa con la madre si, supuestamente, era el padre el asesino?

La joven parecía completamente convencida de que su padre no había matado a la madre. Entonces, ¿qué había ocurrido?

Durante el interrogatorio también había descartado que el detonante de la tragedia hubiese sido un problema conyugal. Eso solo podía indicar que quería mantener limpia la reputación de su padre.

O sea, si le hacía caso a Marika Mortensen, ahí fuera andaba suelto el responsable de la muerte de sus padres.

Y no solo eso. Su comportamiento, sus gestos faciales y corporales durante la conversación, todo indicaba que tenía miedo, estaba asustada. Había llevado a su hijo, aun sabiendo que iban a hablar sobre la muerte de los abuelos del niño. ¿Quién llevaría por voluntad propia a un niño a semejante cita?

La respuesta a esa pregunta solo podía ser una.

Lo llevaría alguien que tenía miedo.

Marika Mortensen temía por su hijo y por eso no estaba dispuesta, por nada del mundo, a perderlo de vista.

Y por último, estaba el hecho de que durante todo el tiempo que había durado la entrevista había apretado al niño contra ella. Su intención habría sido dar la impresión de querer consolarlo, pero ahora, visto desde la perspectiva del tiempo, Smilla se dio cuenta de que el niño ni siquiera sabía qué les había pasado a los abuelos. El niño había estado demasiado tranquilo, curioso y luego inquieto, como cualquier otro niño. Marika no lo había apretado contra ella para consolarlo, sino al revés. Había sido el niño quien le había proporcionado el sostén necesario, tal vez incluso quien debía recordarle la razón de por qué, bajo ninguna circunstancia, podía contar la verdad.

Mientras circulaba por el puente que comunicaba con la isla de Sommaroy, se fijó en el agua color turquesa. Al instante sintió la necesidad de parar el coche e inhalar la brisa salada y llenar con ella los pulmones. Le encantaba este pedacito de tierra, despertaba en ella el doloroso recuerdo a cuando aún estaba casada con Lars y venían todos los años a pasar las vacaciones. Sommaroy era el destino soñado, mucho mejor incluso que el Caribe, según Smilla, sobre todo, si se tenía en cuenta que, dependiendo de la ubicación de la casa vacacional, desde la terraza podían incluso observarse ballenas.

Se preguntó cómo el común de los mortales podría permitirse vivir en un lugar como este. Un lugar en el que los turistas pagaban año tras año miles de coronas solo para poder quedar un par de días. Cuando la voz del navegador le indicó que su destino estaba a unos pocos metros a la derecha, Smilla aparcó en el arcén y se apeó.

O bien la esposa de Iven Helland, Tjara, había heredado un montón de dinero tras la muerte de aquel, o bien ganaba un montón de pasta porque, si no, no se explicaba que viviera en esta preciosa casa pegada al mar con vistas al fiordo y una terraza de madera directamente sobre el mar. Vivir así, pensó Smilla, tendría que ser el paraíso en la Tierra, pero recordó que el exmarido estaba muerto, es decir, que el hijo que tenían en común había perdido a su padre, cosa que, en definitiva, ni era divino ni especialmente paradisíaco. Se cuadró y dirigió hacia la casa de madera de color azul claro y timbró. Oyó un perro ladrar en el interior. Smilla supuso que era una raza pequeña y, efectivamente, cuando a los pocos segundos un niño abrió la puerta, apareció un bonito terrier blanco que le mostraba los dientes y gruñía amenazadoramente.

Smilla sonrió, dijo su nombre y le preguntó al niño si sería posible hablar con su mamá.

El niño asintió tímidamente con la cabeza y desapareció de nuevo en el interior de la casa seguido por el perro. Al poco tiempo, la

puerta volvió a abrirse y una mujer guapa, de unos veinte y pocos años, supuestamente Tjara Helland, la inspeccionaba con desconfianza.

—¿Es usted policía?

Smilla asintió con la cabeza.

—¿Puedo pasar?

Tjara suspiró.

—Eso no va a ser posible. Mi pareja... el padre de mi bebé está en casa y no quiero que se entere de que se trata una vez más de Iven.

Smilla hizo una mueca a la que Tjara respondió encogiéndose de hombros.

—Iven y yo hace mucho que nos separamos. Mucho antes de que sus padres... bueno, ya sabe a qué me refiero.

Smilla asintió con la cabeza.

—Me fue infiel, ¿lo sabía? Y no solo una vez. Llegado el momento me dejó por una de sus conquistas y a los seis meses quiso volver conmigo, pero yo no podía, ¿entiende? Nunca quise ser segundo plato, y mucho menos el segundo plato de mi marido. Hacía mucho que se había decidido en mi contra y por eso para mí no cambió nada—. La joven miró al suelo y a Smilla le pareció que estaba controlando las lágrimas—. Pero seguimos siendo amigos, por Damien, aunque al principio me costó bastante.

—Me imagino —comentó Smilla—. ¿Puedo preguntar dónde vivían ustedes dos cuando aún estaban casados?

—Vivíamos aquí —le explicó Tjara—. En esta misma casa. Mis padres nos la dieron como regalo de boda, así que era obvio que tras el divorcio la casa me quedara a mí. Iven se mudó al continente, a un *loft* en el centro de la ciudad.

—¿Compartían la custodia de Damien?

Tjara asintió con la cabeza.

—Soy diseñadora, trabajo mayoritariamente desde casa. Con Iven era más complicado. Según quién lo contrataba, tenía que viajar por todo el país. Por eso durante la semana me quedaba yo con Damien e Iven lo tenía los fines de semana y cuando podía coger vacaciones.

—¿Y nunca hubo problemas?

Tjara negó.

—A pesar de lo mucho que discutíamos durante el matrimonio, tras el divorcio la historia cambió. Nos llevábamos súper bien.

—¿Y Damien?

—Al principio le costó aceptar que su padre ya no viviera con nosotros, pero como ya siempre había viajado mucho por culpa del trabajo, se acostumbró enseguida.

—Y después del divorcio, ¿qué pasó con su situación financiera? Quiero decir, ¿tuvo algún problema su exmarido?

Tjara se rio.

—Iven era fotógrafo *freelance* y le iba bien, sin tener que preocuparse por números rojos. Tenía muchos encargos, por ende, ningún problema de liquidez. Y por otro lado, su familia estaba muy bien posicionada.

—¿Sus padres eran ricos?

—Mucho, sí.

—¿Cómo se llevaba con ellos?

—Por lo que yo sé, la relación era tensa. Había muchas razones para ello, siendo una de ellas que se esperaba de él que siguiera los pasos del padre, pero se negó.

—¿A qué se refiere?

—El padre de Iven tenía una clínica en Trondheim que funcionaba muy bien. Siempre quiso que su único hijo también estudiara medicina para algún día hacerse cargo de la clínica.

—Pero ¿él no estaba por la labor?

—El padre de Iven se sacrificaba por su clínica. Apenas le quedaba tiempo que dedicarle a la familia. Iven no quería una vida así, él quería estar ahí para su hijo, aunque al final... —Tjara dejó la frase en el aire, pero Smilla comprendió qué había querido decir. Al fin y al cabo, él tampoco había resultado ser un marido ejemplar.

—De modo que descarta que los problemas financieros fueran la razón de su suicidio —volvió a insistir Smilla.

—Les conté a sus compañeros todo lo que sabía, poco después de lo ocurrido.

Smilla tragó.

—No soy de Tromsø —le explicó—. Ni tampoco de Trondheim, que es donde residían sus suegros. —Se detuvo un momento para reflexionar—. ¿Cómo se llevaba usted con los padres de su exmarido? ¿Qué tipo de relación tenían?

Tjara tragó.

—No demasiado íntima, para serle sincera. Cuando aún estábamos casados los íbamos a visitar una vez al año, pero tras el divorcio no volví a verlos. —Se encogió de hombros—. Aunque no era culpa de ellos, sino más bien de Iven. No le gustaba nada ir a visitarlos. Lo hacía por mí, porque yo quería que Damien conociera a sus abuelos. Iven y su padre apenas se hablaban y por eso esas visitas anuales eran siempre un desafío.

—¿Se sospechó de su exmarido en el caso de sus padres?

Tjara tragó.

—Creo que no. Desde el principio no hubo duda alguna de que mi suegro había matado a mi suegra para luego suicidarse.

—¿De modo que al principio Iven no estuvo en el punto de mira de los investigadores?

—Lo interrogaron un par de veces, declaró que no creía que su padre le hubiera hecho aquello a su madre, pero la policía descartó sus palabras dado que no tenía una relación muy cercana con ellos, o sea, que no podía saber cómo se sentía su padre.

—¿Y usted? ¿Usted qué opina?

Tjara tragó.

—Sinceramente, no lo sé. Su padre era, aparte de su riña con Iven, un hombre muy amable. Traía a su mujer en palmitas - cuando no estaba en la clínica, claro.

—¿Todavía estaba en activo cuando murió?

—Estaba jubilado. Le vendió la clínica a su sucesor, por un buen precio, pero de vez en cuando le echaba una mano cuando había mucho ajetreo.

—O sea, que ellos tampoco tenían problemas financieros.

Tjara se rio.

—Iven heredó una fortuna, así que: no.

—¿Y algún otro motivo causante de la tragedia? ¿Es posible que a su suegro le agobiara la jubilación y que por eso perdiera los

estribos?

—Lo dicho, nunca llegó a dejar el trabajo del todo.

—¿Y un *burnout*? ¿Sería posible? ¿Que se quemara después de tantos años ejerciendo?

—Eso podría ser, pero si así fuera, ¿seguiría trabajando en la clínica?

Smilla suspiró. Tjara tenía razón; no tenía sentido.

—¿Cómo lidió Iven con el hecho de que sus padres murieran de esa manera?

—Nunca me habló gran cosa de su infancia o de sus padres. Y siguió así después de la muerte de estos. Lo único que sé es que estaba completamente convencido de que su padre jamás habría hecho algo así.

—¿Y el día que murieron? ¿Recuerda algo extraño con respecto a su exmarido? ¿Estaba diferente? ¿Se comportaba de manera distinta a lo habitual? Y no solo el día del asesinato, sino también antes y después del mismo.

Tjara tragó, haciéndoles frente a las lágrimas.

—¿Sabe la de veces que me he hecho esa misma pregunta? Es verdad que ya no éramos pareja, pero perdí a un buen amigo y al padre de mi hijo.

—¿Y dio con la respuesta?

Tjara se quedó mirando a Smilla y asintió.

—No nos habíamos visto ni hablado los días antes, así que no puedo decir si estaba cambiado o no, pero cuando vino el fin de semana siguiente a recoger al peque, me pareció muy ausente, casi estresado diría yo.

—Bueno, creo que no hay que darle mayor importancia. Además, también tenía un trabajo duro.

Tjara asintió.

—Pero siguió así todo el tiempo que estuvo con el pequeño. Estaba raro. Por ejemplo, siempre me llamaba para que le diera las buenas noches a nuestro hijo, pero ese fin de semana no lo hizo. Es más, no había manera de contactar con él. No cogía el móvil.

—¿Le contó usted eso a la policía?

—Sí. Y le preguntaron también al respecto, pero dijo que ese día tenía visita femenina y no era cuestión de llamar a la exmujer.

—Y esa supuesta visita, ¿confirmó su declaración?

Tjara suspiró.

—Según la policía sí. Alguien estaba con él, pero me parece raro porque los fines de semana que le tocaba estar con su hijo, no solía quedar con mujeres. Decía que quería centrarse única y exclusivamente en su hijo.

—¿Cree usted que su comportamiento tenía que ver con lo que les había ocurrido a sus padres el fin de semana anterior?

Tjara abrió mucho los ojos.

—Es verdad que no se llevaba muy bien con ellos, pero pondría mi mano en el fuego por él. Jamás les habría hecho algo así.

—Pero acaba usted de decir que no cogía el teléfono y que la trataba de manera diferente a lo acostumbrado.

—Transcurridas unas semanas después de la muerte de sus padres, se lo comenté. Le pregunté por qué no me había llamado y por qué no había reaccionado a mis llamadas. Me dijo que no había tenido tiempo. Que no quería enfadar a su visita, pero noté que me estaba mintiendo.

—¿Y se lo dijo?

—Él sabía que no le creía.

—¿Y luego?

—Nuestra relación se enfrió, cambió.

—Lo cual bien podía deberse a que efectivamente hubiera un nuevo amor en su vida, lo que a su vez confirma que, en lo que aquel fin de semana se refería, había dicho la verdad.

Tjara negó con la cabeza.

—Ese supuesto nuevo amor no existía. Tras la muerte de sus padres se fue aislando cada vez más del mundo. Siempre tenía alguna excusa para no quedar con Damien. Poco a poco fui enterándome de que también estaba descuidando el trabajo, a los amigos, su vida en general, como quien dice.

—¿Así que también se retiró como padre?

—Sí, sin duda. —La mujer suspiró—. A veces me daba la impresión de que no era capaz de lidiar consigo mismo, como si

tuviera remordimientos por algo. Pero cada vez que se lo comentaba, decía que no era asunto mío.

—¿Alguna idea de lo que podría ser?

Tjara se encogió de hombros.

—No sé, puede que solo sean imaginaciones mías.

Smilla aguzó los oídos y le dedicó una mirada penetrante a la mujer.

—Sea lo que sea, ¡suéltelo! Puede que ayude a resolver el caso. A descubrir la razón del suicidio.

Tjara hizo una mueca y soltó una risa amargada.

—Las autoridades ya han archivado el caso. La policía tiene claro que se quitó la vida porque no fue capaz de lidiar con el sentimiento de culpa. Dicen que se culpó por la tragedia. Como apenas tenía contacto con sus padres, no sabía qué pasaba en realidad entre ellos. Que no fue capaz de asimilar que el padre le hubiera quitado primero la vida a la madre y luego a sí mismo, con lo cual le había robado para siempre la oportunidad de reconciliarse con él.

—Y aun así declaró ante la policía que no creía que su padre fuera el asesino.

—Eso también se lo dije a la policía, pero ellos insistían en que tan solo estaba rechazando los hechos. Autoengañándose casi. Iven no quería admitir ni reconocer lo que había hecho su propio padre.

—Pero usted no cree que fuera eso.

Tjara miró seriamente a Smilla.

—Conozco a Iven. Lo conocía. Y estoy convencida de que su comportamiento extraño tras la tragedia acontecida a sus padres se debía a otra cosa. —Respiró hondo para controlar las lágrimas—. Pero da igual lo que piense. Ya es demasiado tarde.

Smilla negó con la cabeza.

—Para mí no. Para la justicia no.

—¿A qué se refiere? —preguntó una Tjara escéptica.

—No se me permite hablar de ello porque se trata de la investigación en curso de un asesinato, pero el caso de los padres de su marido y el caso de Oslo en el que estoy trabajando comparten similitudes.

Tjara se sobresaltó al oír aquellas palabras y se la quedó mirando sin poder dar crédito.

—¿Me está diciendo que hay otro caso en el que un hombre ha matado primero a la esposa y que luego se ha suicidado?

Smilla asintió y le dedicó una mirada sombría a Tjara.

—Y por eso es tan importante que me diga lo que está pensando. La mujer respiró hondo y carraspeó.

—Vale —dijo por fin—. Pero lo que voy a decirle no es más que mi opinión como exmujer de Iven. No tengo ningún tipo de prueba. No es más que mi instinto.

Smilla sonrió.

—Que muchas veces vale mucho más que todo lo demás.

Tjara miró al suelo como para recolectar las ideas. Al volver a mirar a Smilla volvía a estar tan tranquila como al inicio de la conversación.

—Estoy completamente convencida de que Iven no les tocó ni un pelo a sus padres. Como del mismo modo estoy convencida de que le tenía mucho miedo a alguien, que por eso se escondía de la gente y que por eso mismo acabó suicidándose. —Guardó silencio, tragó y miró seria a Smilla—. Saltó al vacío desde un rascacielos. Eso me indica que quería asegurarse, quería estar seguro de no sobrevivir el salto. —Negó con la cabeza y se abrazó a sí misma, como tratando de evitar romperse en dos—. Iven adoraba a Damien. Era un papá súper orgulloso de su peque. Y antes de pasar todo aquello, no había nada que indicase que estuviera mentalmente enfermo o que estuviera deprimido. Sé que su muerte y la de sus padres están relacionadas, al igual que el hecho de que aquel fin de semana estuviera tan raro conmigo. Para serle sincera, era casi como si, desapareciendo, nos quisiera proteger a Damien y a mí. Pero eso también solo son suposiciones más que ya no podrán demostrarse.

NUEVE

ÅLESUND

A pesar de que en casa de sus suegros reinaba una intensa actividad y todas las luces estaban encendidas, al traspasar el umbral, las tinieblas se apoderaron de Runa y un escalofrío le recorrió el cuerpo.

Antes de poder dirigirse rápido al salón, Lene la agarró del brazo.

—Deberías tener en cuenta que lo que vas a ver... —No terminó la frase y por una milésima de segundo evitó la mirada de Runa. La miró de nuevo con ojos ensombrecidos—. ¿Estás segura de querer ver los dos cadáveres?

El cuerpo de Runa se tensó, pero al final fue una ola de rabia la que se apoderó de ella.

—¿Y esto ahora a qué viene? Quiero decir, ¿me sacas de la cama en mitad de la noche y ahora me vienes con que es mejor que no entre ahí?

Lene la observó y se encogió de hombros.

—No ha sido idea mía traerte aquí. Fueron órdenes de arriba porque... —Paró para reflexionar qué decir a continuación—. Es por Morten —dijo finalmente—. Como ya he dicho, todo indica que ha sido él. El caso es que... —Inspiró hondo y miró a Runa con gesto de lamentarlo—. No habla. No dice nada, solo está ahí sentado, mirando al vacío, como si estuviera en shock. Pero, según Dr. Pettersson, está perfectamente. Desde un punto de vista médico ni está en shock ni ha sufrido una crisis nerviosa. La tensión arterial y el pulso son normales. Creo que lo que pasa es que no quiere hablar con nosotros. Eso es todo.

Runa no daba crédito y fue con mucho esfuerzo que logró no llorar.

—¿Cuándo ocurrió exactamente?

—Según el médico que firmó el certificado de defunción, a última hora de la tarde.

Runa asintió.

—A lo largo del día de ayer no conseguí contactar con Morten. Me mandó mensajes muy raros, me trató de manera irrespetuosa. Estaba preocupada, pensé que tendría un lío con otra, pero esto... — Se interrumpió—. ¿Así que, me habéis hecho venir para que haga que mi marido hable con vosotros?

Lene asintió compungida.

—¿Qué exactamente se supone que les hizo Morten a sus padres? Quiero decir... ¿cómo han muerto?

A punto de contestar, Lene se lo pensó mejor y volvió a cerrar la boca y negó con la cabeza.

—Es que hay que verlo por uno mismo, ¿entiendes? Yo... —Volvió a dejar la frase en el aire y miró a Runa con una mezcla de incredulidad y empatía—. En todos mis años de policía no he visto nunca nada igual.

La cabeza de Runa le daba vueltas. Dejó a Lene allí plantada y fue lentamente hacia el salón. Cuanto más se acercaba, más intenso se hacía el olor a cobre, orina y heces. A un metro escaso del umbral se le acercó Silko Larssen, el jefe de la investigación. Al reconocer a Runa, su rostro se volvió más sombrío. Le tendió la mano y le costó mucho mirarla a los ojos.

—Siento mucho que después de tanto tiempo nos reencontremos bajo estas circunstancias —explicó.

—¿Está ahí dentro? —quiso saber Runa, haciendo caso omiso del saludo vacuo.

Silko negó y con un gesto de la cabeza señaló la habitación de invitados.

—Tuvieron que obligarlo a meterse ahí. Cuando llegamos estaba sentado en la cama, con las piernas encogidas, en medio de un charco de sangre.

Runa cogió aire.

—¿Le habéis hecho daño?

Silko alzó las manos para indicar calma.

—Teníamos que bajarlo de la cama para que los de la Científica pudieran hacer su trabajo.

Runa emitió un gruñido de rabia, apartó de un empujón a Larssen y entró en el salón.

De un momento a otro se hizo un silencio sepulcral en la estancia. Los de la Científica se pararon en seco, miraron incómodos a Runa, sin saber cómo comportarse ante ella, una antigua compañera de trabajo.

Y la vio.

La sangre.

Por todas partes.

En las paredes y los muebles, en el techo e incluso en la pantalla de las lámparas.

Runa empezó a jadear, notó cómo empezaron a zumbarle los oídos. Le temblaron las rodillas y tuvo la impresión de que cada músculo de su cuerpo dejó de desempeñar su función.

Sus ojos se fijaron en una masa de carne sanguinolenta a su izquierda, al lado del sofá. Avanzó con cuidado un paso y reconoció que se trataba del muñón de la garganta de su suegro.

Y aunque su estómago ya estaba rebelándose, siguió avanzando hasta ver el resto del cuerpo.

El tórax mostraba muchas heridas de corte profundas, igual que el brazo derecho, que parecía mantenerse unido al resto del cuerpo solo gracias a un patético trozo de hueso.

La cabeza de su suegro yacía a sus pies y la miraba a través de unos ojos muy abiertos. Había susto y espanto en ellos.

Lo siguiente de lo que Runa fue consciente, fue de estar de rodillas vomitando en el inodoro.

Tras lo que le pareció una eternidad, tuvo la sensación de poder levantarse de nuevo. Se limpió la boca con el dorso de la mano. Fue al lavabo y se enjuagó la boca. Luego se echó agua helada en la cara y se incorporó.

—¿Dónde está mi suegra?

Le sorprendió que a pesar del shock su voz sonara así de firme.

—La sorprendió en el dormitorio —le explicó Lene y la cogió del brazo—. ¿Estás segura de querer ver eso también?

Runa no contestó. Fue como si alguien teledirigiera su cuerpo. Sus pies se movían de manera automática, primero uno, luego otro, un paso tras otro.

Al abrir la puerta del dormitorio, no dio crédito y tomó una bocanada de aire. Fue como si de repente se hubiera desgarrado por dentro.

—Esto no pudo haber sido él. ¡Jamás! —soltó y se acercó a la cama.

Aunque la cabeza de su suegra seguía en su sitio, su aspecto era demoledor. Quienquiera que fuera el responsable, le había partido la cabeza en dos, desde el cráneo hasta el mentón, de modo que la masa encefálica se había repartido tanto por la alfombra como por el techo.

Runa no pudo evitar que la bilis le subiera hasta la boca. Apretó los labios y consiguió salir corriendo de allí antes de contaminar la escena del crimen. Se derrumbó en el pasillo.

—¿Estás un poco mejor? —preguntó Lene al tiempo que le entregaba un vaso de agua helada.

Runa logró asentir débilmente con la cabeza, cogió el vaso y lo bebió ansiosa. Cuando el líquido le llegó a la irritada mucosa gástrica, soltó un gemido de dolor.

Dejó el vaso a un lado y miró a Lene.

—¿Estáis seguros de que fue Morten?

Su antigua compañera asintió de manera afectada.

—No hay nada que indique que haya sido un robo, no hay ni signos de allanamiento ni se han llevado nada. La muerte de la madre indica que la sorprendieron mientras dormía, no hay señales de defensa. No como en el caso del padre, a quien tuvo que despertarlo el ataque a su mujer e intentó huir. Estamos interrogando a los vecinos, pero parece que nadie ha oído nada, lo

que respalda la teoría de que al padre también lo dejaron inconsciente al primer golpe.

Runa miró a Lene sin entender nada.

—¿Y qué respalda la teoría de que haya sido Morten? Quiero decir, solo porque no haya signos de allanamiento no podéis culparlo a él. Eso es una locura.

Lene le devolvió la mirada.

—Tiene sangre de sus padres por todo el cuerpo. De arriba abajo.

Runa se encogió de hombros.

—Eso tampoco demuestra nada de nada. Estaba en shock por haberlos encontrado en ese estado. Los tocó. ¿Cómo vais a reprocharle eso?

—Si no lo hacemos —intervino Larssen—. Lo que hacemos es orientarnos, como siempre, en base a los hechos. Hemos encontrado el arma del crimen, un hacha, y la hemos analizado in situ. Al encontrar huellas dactilares, le hemos preguntado a tu marido si tenía algún inconveniente en que le cogiéramos las suyas.

—¿Y ha dado su consentimiento?

Larssen asintió con la cabeza.

—Y tuvo que ser él quien llamó a emergencias. La llamada salió de esta dirección, pero al devolver la llamada nadie descolgó. Por eso mandamos enseguida a alguien.

—¿Y cómo entraron?

—La puerta estaba abierta.

—¿Cómo dices?

—Encontramos sangre en la manilla, en la parte de dentro. Eso indica que tras matar a sus padres tu marido nos llamó, luego abrió la puerta y a continuación regresó al dormitorio y se sentó en la cama al lado de su madre muerta.

Runa ocultó el rostro tras las manos y se concentró en el intento de no perder los nervios.

—¿Y hay una coincidencia del cien por cien?

—No hay ninguna duda. Tanto con las del arma del crimen como con las de la manilla de la puerta y las del teléfono.

Runa cogió aire.

—¿Por qué no le habéis ofrecido llamar a un abogado? ¡Lo habéis pillado por sorpresa y lo habéis obligado a que os diera sus huellas dactilares!

—Eso no es verdad, Runa —intervino Lene—. Yo estaba presente. Morten nos prestó sus manos de manera voluntaria y sin dudar. Es cierto que no dice nada, pero estoy convencida de que es consciente de lo que ha hecho.

—¿Puedo verle?

Lene miró a Larssen, el cual dio su consentimiento con un gesto de la cabeza.

Runa se incorporó como pudo y se dirigió despacio a la habitación de invitados. De pie ante la puerta entornada tras la que se oía un murmullo apenas audible, tuvo la sensación de que el corazón iba a dejarle de latir. Extendió la mano y abrió la puerta de un empujón. Un policía joven cuyo nombre desconocía la interrogó con la mirada.

—Soy su mujer —articuló Runa con voz rota y entró.

Morten no reaccionó ante su presencia. Estaba sentado en la cama con los hombros caídos y mirando al vacío.

Ella se acercó a él y le tocó con cuidado el hombro.

—Cariño, ¿me oyes?

Nada.

—Morten, por favor, ¡háblame! —lo intentó de nuevo, pero no sirvió de nada. Era como si su marido se hubiera aislado del mundo que lo rodeaba y se encontrara en su propio microcosmos.

Runa se giró hacia el policía.

—¿Ha dicho algo en algún momento?

—Ni una sola palabra.

Runa tragó y se acucilló a los pies de su marido.

—Creen que has sido tú —soltó desesperada—. Tienes que decirles que no es verdad. ¿Me oyes?

Pero al igual que antes, Morten no reaccionó.

—¡Que vas a acabar en la trena, joder, si no te defiendes! —Las palabras furibundas salieron de los labios de Runa antes de que pudiera detenerlas. Pero tampoco este ataque de rabia modificó el comportamiento extraño de Morten.

Lo miró directamente a los ojos, buscando un atisbo de reacción a sus esfuerzos. Pero era como si mirara a través de ella.

—Tenemos que llevárnoslo —informó Lene.

Runa se levantó temblando y observó cómo su antigua compañera y amiga le ponía las esposas a su marido y cómo este ni siquiera se molestaba en protestar.

Runa acabó rindiéndose.

—Pues si tú no te defiendes, lo haré yo —gritó tras Morten y se enfrentó a Larssen—. Voy a llamar a nuestro abogado. Y mientras que este no haya hablado con Morten, quiero que lo dejéis en paz.

Larssen suspiró.

—Por favor, no hagas como si nosotros fuéramos los malos. Sabes tan bien como yo que estamos actuando correctamente.

Durante unos segundos se miraron a los ojos hasta que ella rompió a llorar.

—Pero si es mi marido.

—Lo sé —dijo Larssen con voz suave.

—No pudo haber sido él.

Esta vez no hubo respuesta por parte de su exjefe.

—¿Y ahora? —quiso saber Runa—. Quiero decir, ¿qué va a pasar con él?

—Vamos a hacer todo lo posible para que hable con nosotros. Si no funciona, llamaremos a un especialista para que nos ayude. Y por supuesto, tu marido puede consultar a un abogado. Pero hasta que no llegue el momento y no se hable de juicio, tendrá que quedar en preventiva.

Runa asintió resignada.

—¿Y yo? ¿Hay algo que pueda hacer yo?

Larssen la miró con pena.

—Primero tienes que buscar a alguien que se haga cargo de la pequeña. Nuestra compañera tiene que volver a jefatura como comprenderás. Necesitamos una declaración oficial tuya y para eso tienes que venir sola.

—Vale. Se lo pediré a mi cuñada, si es que la localizo.

—¿Quieres que mande a alguien para que le cuente lo sucedido?

Runa reflexionó un instante, pero negó con la cabeza.

—Me encargo yo. No quiero que se entere por boca de un desconocido que han asesinado a sus padres.

Runa estaba ya casi fuera cuando recordó que había venido en el coche de Lene y que había salido precipitadamente. No había cogido el móvil por lo que no podía llamar un taxi que la llevara a la casa de la hermana de Morten.

—¿Te las apañas? —preguntó Lene, que apareció de repente a su lado. La mujer apartó de la cara una mecha teñida de negro y ladeó la cabeza—. Sabes que es mi obligación, que tengo... —Se interrumpió.

Runa hizo un gesto de comprensión.

—¿Ya se lo han llevado?

Lene la miró preocupada.

—Dos compañeros acaban de llevárselo a jefatura. ¿Y tú? ¿Sabes ya qué vas a hacer con Anabel?

—Voy a llevársela a mi cuñada, bueno, eso es el plan al menos.

—¿A qué te refieres?

Runa se encogió de hombros.

—Llevo desde ayer intentado contactar con la hermana de Morten y hasta ahora no ha habido suerte. Es posible que se hayan ido a algún sitio. Si ese es el caso, tendré que mirar con quién hablar. Mi primera opción de niños acaba de quedar descartada. — Al darse cuenta de lo raro que había sonado ese comentario, Runa hizo una mueca—. Quiero decir que siempre eran mis suegros quienes cuidaban de Anabel. No tengo ni idea de cómo hacerle entender a mi hija que no volverá a ver nunca más a sus abuelos.

—¿No puedes pedirles a tus padres que vengan?

—¿Te refieres a mis padres? ¿Esas personas que no han visto ni tres veces a su nieta porque siempre tienen algo mejor que hacer? Además, viven a más de dos horas en coche.

Lene esbozó una leve sonrisa.

—Tú llámalos y pídeles que te ayuden. Ahora mismo necesitas ayuda, gente que te eche una mano para sobrellevar todo esto. Y los padres, pues, están ahí para ayudar a los hijos cuando Dios aprieta.

Runa suspiró y cedió.

—Tan pronto haya llegado a casa y tenga mi móvil, los llamo, ¿vale?

Lene asintió con la cabeza.

—¿Y qué pasa con tu cuñada? ¿Quieres que te deje mi móvil para que la puedas poner sobre aviso?

Runa negó.

—Sé que tienes que irte, pero ¿puedes primero acercarme hasta su casa? Así hablo con ella y le pido que me lleve a la mía. De paso puede quedarse con Anabel mientras yo voy a declarar.

—Ella también tendrá que venir. ¿Puedes avisarla tú?

Runa asintió con la cabeza y siguió a Lene hasta el coche oficial. Una vez sentada en el asiento del copiloto notó que se le encogía el estómago. Morten y su hermana pequeña eran uña y carne. Por no mencionar que la joven adoraba a sus padres. Sería todo un drama tener que explicarle que para la policía el sospechoso de haber masacrado tan cruelmente a sus padres era su propio hermano.

Exhausta cerró los ojos, pero volvió a abrirlos de golpe al aparecer las imágenes terribles que acababa de ver. El cuerpo mutilado de su suegro, el cráneo partido en dos de su suegra. Dos personas tan bondadosas que, bien lo sabía Dios, no se merecían un destino así.

—No me hago a la idea de que estén muertos —susurró Runa, hablando más consigo misma que con Lene, aun así, esta la oyó.

—De verdad que lo siento mucho por vosotros —dijo y miró a Runa con pena.

Runa le agradeció infinitamente la palabrita “vosotros” porque implicaba que Lene también sentía la pérdida de Morten.

Miró por la ventanilla. Observó sin ningún tipo de emoción el cielo del solsticio de verano que resplandecía en un suave tono rosado. Recordó cómo el año antes de nacer Anabel, Morten y ella habían pasado la noche del solsticio sentados en la terraza, disfrutando de las vistas al fiordo. Fue el verano en el que se

mudaron del piso diminuto a la casa nueva construida cerca del parque. Una casa que Morten había hecho revestir con madera. Sabía que a ella le encantaban las imágenes antiguas de la ciudad de antes del gran incendio de 1904 y que siempre había soñado con vivir en una casa elegante de madera, como aquellas que el incendio había destruido.

La villa del estilo modernista en la que vivían ahora no era toda de madera porque, a causa del incendio, había quedado prohibido construir con materiales altamente inflamables. Pero con la pintura azul claro era igual de bonita y acogedora que las casas antiguas.

Al pensar en su marido y su prueba de amor, se le encogió el corazón. Le costaba muchísimo imaginar que aquel marido y padre tan cariñoso pudiera tener un lado tan oscuro.

Tragó para luchar contra las lágrimas que estaban a punto de saltársele. Cuando por fin se detuvieron delante de la casa de su cuñada, lo primero que le llamó la atención fue que las contraventanas no estaban cerradas. Se apeó, abrió la puerta del jardín y se encaminó hacia la diminuta casa. Timbró y esperó, pero en el interior no se movió nada. Timbró de nuevo. Nada.

—Parece que no hay nadie en casa.

Runa miró el reloj y negó con la cabeza.

—La hermana de Morten no tiene que estar hasta las nueve en la empresa. Y su marido tampoco. Deberían estar en casa. A los dos les gusta dormir hasta tarde, o sea, que a correr tampoco han salido.

Lene miró indecisa hacia la casa y no pudo reprimirse timbrar también ella.

—¿Y si se han ido de vacaciones? Porque no tienen hijos en edad escolar, ¿no?

—Al principio yo también pensé eso. A los dos les gusta viajar, pero si se hubieran ido, habrían atrancado las contraventanas. Mi cuñada es una desconfiada crónica. Desde que unos jóvenes entraron a robar en el garaje de un matrimonio mayor de aquí y se llevaron una bicicleta, va siempre sobre seguro.

Lene ladeó la cabeza e hizo una mueca.

—¿Cuándo has visto a tu cuñada por última vez?

Runa reflexionó.

—Hace una semana, más o menos.

—¿Y desde cuándo intentas dar con ella?

—Desde ayer al mediodía. Como Morten estaba tan raro y no conseguía contactar con él ni con mis sue... —Runa dejó el resto de la frase en el aire y notó cómo la sangre se le detuvo en las venas.

—¿Tienes una llave de la casa? —preguntó Lene, la agente de policía.

Runa empezó a sudar.

—La tiene Morten. En su llavero —articuló a duras penas.

El gesto de Lene se ensombreció.

—Pues habrá que improvisar. —Abrió el portalito del jardín, entró en la propiedad, se giró hacia Runa y con un movimiento de la cabeza le indicó que la siguiera—. ¿Sabes si hay una segunda entrada?

Runa asintió.

—En la parte del jardín hay una puerta que da al sótano.

—Vale. Vamos —apremió Lene y sin dudarlo se puso en marcha.

Una vez en la parte trasera de la casa se detuvo delante de las escaleras y le echó un vistazo por encima del hombro a Runa.

—Si la puerta está atrancada, cosa de la que parto dado que tu cuñada es una obsesa del control, tendremos que improvisar de nuevo.

Runa se quedó de piedra.

—¿Quieres entrar a la fuerza? ¿Y si están dentro? ¿Quieres que te denuncien por allanamiento?

Lene le dedicó una sonrisa diabólica.

—Si te tengo a ti. Ya te las arreglarás tú para hacerle entender a la familia que no me quedaba otra.

Ante la puerta cerrada del sótano, Lene sacó una llave *bumping* del bolsillo y se puso manos a la obra. A los dos segundos la puerta se abrió.

—Adentro —animó a Runa—. No va a pasar nada —le aseguró al ver que dudaba—. Estarán bien. Lo que pasa es que no habrán oído el timbre.

Pero Runa conocía bien a Lene. Sabía que ni ella misma se creía lo que acababa de decir.

En fila india bajaron la escalera empinada que daba al sótano, abrieron la puerta estrecha que comunicaba con un pasillo estrecho y ambas se sobresaltaron casi al mismo tiempo.

El hedor a muerte y descomposición atravesó el aire, las agarró y ya no las volvió a soltar.

Lene se puso de inmediato en alerta.

—iTú quédate aquí! ¿Entendido? —Miró a Runa por encima del hombro y sus ojos le dejaron claro que no admitiría protesta alguna. Luego desapareció y dejó a Runa sola en el umbral que daba a la planta baja.

Se adentró tan solo un minúsculo paso en el pasillo, pero el olor cobrizo se le metió en la nariz y le provocó arcadas. Cogió aire y, llorando y exhausta, cayó de rodillas.

DIEZ

OSLO

La idea de Smilla había sido dormir un poco en el avión de regreso a Oslo, pero gracias a los ronquidos del hombre en el asiento de al lado, aquello quedó descartado. Se acomodó lo mejor que pudo y repasó una vez más la conversación con Tjara.

Iven y ella se habían separado antes de que ocurriera la tragedia de los padres por lo que la teoría de un colapso psicológico quedaba eliminada. Además, parecía tener una coartada y los colegas del cuerpo policial lo habían descartado como sospechoso. Al igual que en su caso de Oslo, en Trondheim todo indicaba que el marido había enloquecido. Por otro lado, aquel fin de semana en cuestión Iven había tenido a su hijo y, al contrario que otras veces, no había sido posible contactar con él. De modo que cabía la posibilidad de que efectivamente hubiese ido a casa de sus padres - en coche, por si las autoridades comprobaban las líneas aéreas. El recorrido entre Tromsø y Trondheim era largo, pero si su coartada era falsa, sabría que tendría tiempo de sobra y que no había por qué andar con prisas. Aunque, ¿por qué razón iba una mujer, enamorada o no, suministrarle una coartada falsa a un asesino?

Smilla suspiró. Por muchas vueltas que le daba al caso, no daba con una respuesta que la convenciera. Había demasiadas variables que la hacían retroceder una y otra vez hasta la casilla de salida.

Y por último estaba el hecho de que Tjara, la exmujer, estaba convencidísima de que Iven no tenía nada que ver con el asesinato de sus padres.

Entonces ¿por qué se quitó la vida?, preguntó la voz interior.

Smilla cerró los ojos porque notó cómo los latidos en la sien se extendían por toda la frente.

Siempre que creía haber llegado a un callejón sin salida, le daba ese dolor de cabeza.

Y por mucho que le costara reconocerlo, había llegado a un punto en el que no sabía por dónde seguir.

¿Por qué iba a tirarse un hombre joven de la azotea de un rascacielos?

Tjara suponía que era para asegurar su muerte, y tenía sentido.

Pero seguía pendiente la cuestión de por qué iba a querer morir.

Según la exmujer, tenía un trabajo estable, nada de deudas y una buena relación tanto con el hijo como con la ex. ¿Por qué entonces desaparecer? Y aun por encima de esa manera tan horrible.

¿Por remordimientos?

Tjara le había contado que el padre y él estaban bastante distanciados y que con la muerte del padre no habían tenido tiempo de zanjar el asunto. Pero ¿eso era razón suficiente como para acabar con su paz mental? Iven no quería ser médico. Había escogido la fotografía. Tenía derecho a ejercer una profesión que le gustara. Y se empeñó en ello. Dadas esas circunstancias, ¿cómo encajaba ahí el remordimiento?

Aun teniendo en cuenta que el padre había muerto antes de hacer las paces, no era motivo de suicidio.

Tenía más sentido la sospecha de Tjara de que Iven le tenía miedo a algo o a alguien.

Tjara había tenido la sensación de que lo que él quería era proteger a su familia y por eso se había distanciado de ellos antes del suicidio.

¿Esa teoría tenía sentido o era pura imaginación?

¿Y cómo explicar que Marika Mortensen, cuyos padres habían muerto de manera similar, también parecía estar asustada y tener miedo? Smilla la había visto con sus propios ojos aferrándose a su hijo, cómo no lo había perdido de vista ni un solo segundo.

¿Acaso pensaría que ella y su familia también estaban en peligro?

Al aterrizar el avión, Smilla fue una de las primeras en levantarse, coger el bolso y prepararse para salir de allí tan pronto le dieran permiso.

De camino a la salida Smilla se puso a buscar el móvil en las profundidades de su bolso. Lo encendió. Corriendo hacia el *parking* marcó el número de Marika.

Tras varios tonos de llamada saltó el contestador.

Smilla suspiró impaciente y volvió a intentarlo.

Esta vez contestó un hombre que resultó ser la pareja de Marika.

—Está durmiendo —le aclaró a Smilla y carraspeó—. Le está costando mucho lidiar con lo ocurrido. Normal.

Smilla sopesó rápidamente si exprimirlo por teléfono y decidió que, de todos modos, no le quedaba otra.

—Por cierto, con usted también quería hablar —le dijo—. ¿Estaría dispuesto a contestarme unas cuantas preguntas?

El hombre al otro lado de la línea titubeó.

—No hace tanto que conozco a los padres de Marika como para poder aportar nada útil, creo.

Ahora dudó Smilla.

—El niño no es mío. Es decir, no soy el padre biológico. Marika y yo nos conocimos hace dos años y somos pareja desde hace uno. El trabajo me quita mucho tiempo y por eso no he tenido el placer de poder pasar muchos fines de semana en casa de mis suegros. Marika y Johann solían ir a visitar a los abuelos al campo.

—Pero aunque solo fuera de refilón, tuvo que notar si antes de esta tragedia los padres de su pareja se llevaban mal.

—Nada de eso. Qué va. Kjell haría lo que fuese por Eyla. Besaba el suelo que ella pisaba.

—Marika dijo lo mismo.

—En serio no sé, como puedo ayu...

—¿Y Marika? —lo interrumpió Smilla—. ¿Hay algo que le haya llamado la atención? Quiero decir, antes y después de la muerte de sus padres, ¿la ve diferente?

—¿Es una broma? Por supuesto que está diferente después de haber visto lo que les pasó. Apenas duerme, está decaída, llora mucho, no es capaz de concentrarse en el trabajo.

—Sí, eso lo entiendo —le aseguró Smilla—. Es el duelo por los padres. Yo me refería más bien a alguna otra cosa que le haya llamado la atención. Sobre todo en los días previos a la desgracia.

—Yo estaba de viaje de negocios así que no puedo decirle nada al respecto.

—¿Tampoco estaba el día que fallecieron los padres de Marika?

—No. Interrumpí el viaje cuando me llamó Marika para contarme lo que había pasado.

—O sea, que cuando sus padres murieron, ella estaba sola en casa con Johann...

Fue más una constatación que una pregunta, por lo que no le llegó comentario alguno desde el otro lado de la línea.

Luego oyó primero un resoplido y a continuación una risa amarga.

—¿No creerá que fue la propia Marika la que...?

—Para nada —lo interrumpió Smilla antes de que su interlocutor pudiera finalizar la frase—. Somos conscientes de que Marika no tiene nada que ver con el asesinato. Todo parece indicar que fue el padre, pero Marika tiene sus dudas con respecto a esta teoría y por eso estoy tratando de analizar el caso desde otro ángulo.

—O sea, ¿usted cree que Marika podría tener razón? ¿Que hay un loco detrás de todo esto?

—¿Dijo algo al respecto?

—No, es solo que está desesperada porque todo el mundo cree que ese loco es su padre.

—¿Y usted está completamente seguro de que la relación con usted no ha cambiado nada, ni antes ni después del asesinato? Aparte de lo del duelo, que eso es normal.

El hombre suspiró.

—Conmigo está como siempre. Pero desde entonces no se separa de Johann. Resulta casi enfermizo. Desde la muerte de sus padres deja que duerma con nosotros en la cama, se niega a dejarlo jugar solo en el jardín, y Dios nos libre de dejarlo ir a visitar a un amigo si ella no está presente. Se ha vuelto una mamá sobreprotectora. Es una faceta suya que desconocía.

Pasaba ya de medianoche y a Smilla le costaba mantener los ojos abiertos. La idea había sido ir directamente a jefatura y hacer algo de papeleo, pero dado el cansancio que acarreaba tuvo que dejarlo para el día siguiente. Llegó a su complejo residencial, dejó el coche en la plaza de garaje y se apeó. Se estiró y alegró pensando en la ducha caliente que se daría antes de meterse en cama.

Pero a punto de abrir la puerta de casa, le vibró el móvil en el bolsillo del pantalón.

Lo sacó, miró la pantalla y vio que era Tjara de Tromsø quien la estaba llamando.

—Siento molestar tan tarde, pero tengo que decirle algo importante que creo que le va a interesar.

A Smilla se le aceleró el corazón y contuvo la respiración.

—No me di cuenta hasta que ya se había ido. Dijo usted que venía de Oslo porque estaba investigando un caso muy parecido. — La mujer paró para respirar hondo—. Creo que dadas las circunstancias es muy importante que sepa que Iven es de Oslo, nació ahí.

Smilla soltó aire y por una milésima de segundo no pudo moverse. ¿Sería eso lo que relacionaba ambos casos, el punto en común que había estado buscando desesperadamente?

—¿Y cuándo se mudó la familia a Trondheim?

—No estoy muy segura, pero Iven debía de ser muy pequeño porque decía que no recordaba que para su padre hubiera nada más importante que la clínica. Precisamente por eso no quiso estudiar medicina.

Los pensamientos se agolparon en la cabeza de Smilla.

—Gracias —emitió por fin y dio por finalizada la llamada. Mientras se metía en casa, los pensamientos en su cabeza se entremezclaron. Sentía que aquella llamada había cambiado algo. Ahora tan solo le quedaba dar con el hilo rojo que unía ambos casos.

Cuando a la mañana siguiente entró en jefatura, se cruzó con Noam en el pasillo.

—El jefe quiere verte —la avisó con mirada sombría—. Creo que está muy cabreado contigo.

Smilla suspiró para sus adentros porque el haber enfadado al jefe, por el motivo que fuera, no le ayudaría con la petición que tenía pensado hacerle.

De modo que en vez de ir a su despacho, se dirigió al piso de los mandamases y titubeó por un momento al llegar ante la puerta de Gunderson. Por fin llamó, esperó a oír su «Adelante» gruñón y abrió la puerta.

Carl Gunderson era en sí un encanto de jefe, pero hoy, Smilla se dio cuenta al instante, se le notaba que la tenía atravesada.

—¡Siéntate! —le espetó mientras echaba un vistazo al librito que tenía delante. Luego la miró sombrío.

—Normalmente me tomo un café antes de arrancar con el trabajo, pero hoy, en vez de una taza grande de energía, me he topado con una queja contra tu departamento.

Smilla tragó y de manera automática se hundió un poco más en su silla. El viaje a Tromsø no había sido autorizado de modo que, si era por eso por lo que iba a pedirle explicaciones, no tenía nada con qué justificarse.

—Se trata de Marika Mortensen —la sacó de dudas y Smilla no pudo evitar suspirar aliviada.

—Vino ayer por la mañana a jefatura para ser interrogada y en serio que no recuerdo haberme pasado de la raya.

—No se trata del interrogatorio —la interrumpió Gunderson—. Sino del hecho de que interrogaste sin autorización alguna a la pareja de Mortensen.

—Eso no es así —se defendió Smilla—. Lo llamé porque quería hablar con Marika, pero ella no estaba disponible. Así que le pregunté a su pareja si podía hacerle un par de preguntas a él.

Gunderson negó con la cabeza.

—¡Sabes que eso no puede ser! Por no mencionar que el caso está prácticamente resuelto. Kjell Mortensen mató primero a su mujer y luego se quitó la vida. Así de sencillo, las pruebas así lo indican, y lo sabes. No se encontraron indicios de allanamiento en puertas ni ventanas. No hay nada que indique que haya sido un robo. Lo que sí hay son las huellas dactilares de Kjell Mortensen en el arma del crimen. Así que, ¿qué más necesitas para comprender que el caso está resuelto?

—¿Y la propia Marika? Ella está convencida de que no fue su padre.

Gunderson asintió con la cabeza.

—Y ahora va y se queja de mi investigadora. ¿Qué nos dice eso? Que sus objeciones con respecto a su padre son de índole visceral. Es obvio que no quiera admitir que su propio padre es el asesino de la madre. Y por eso trata de dar desesperadamente con otra solución al drama. Tuvo que haber sido otra persona. A eso se le llama represión, o mejor aún: ¡autoengaño!

Smilla negó con la cabeza.

—Es mucho más que eso. —Smilla le contó a su jefe la impresión que tenía de Marika, que esa mujer temía algo o a alguien, pero Gunderson no entró al trapo.

—¡Es normal que tenga miedo! Se trata del renombre de la familia. De la gente que habla, los dimes y diretes que tendrá que oír durante un tiempo. Está nerviosa por eso. Y porque ella también busca respuestas. Respuestas a por qué su padre masacró de esa manera a su madre.

Smilla se percató de que, dijera lo que dijera, estaba sola, con nadie que la respaldara.

—¿Qué propones?

Gunderson la miró fijamente.

—¡El caso se cierra hoy mismo!

—Pero... —Smilla trató de oponerse a aquella decisión, pero Gunderson no la dejó hablar.

—No hay pero que valga. El caso se finiquita para que la familia pueda llorar a sus muertos. Las palabras literales de Marika

Mortensen fueron que quiere empezar a asimilar la tragedia y que eso solo podrá hacerlo si alguien no abre constantemente la herida.

Smilla asintió resignada. Aquello sonaba comprensible, pero sabía que la queja de Marika se debía a otra cosa.

Al miedo.

—Hay algo más. —Se atrevió con otro intento—. He descubierto que hay un caso en Trondheim en el que un matrimonio de cierta edad perdió la vida de manera similar. El marido le partió la cabeza en dos a la mujer y luego se colgó. Un año más tarde el único hijo que tenían se suicidó y su exmujer está convencida de que, al igual que Mortensen, su ex tenía mucho miedo a algo. —Hizo una breve pausa con la esperanza de así aportar más significado a sus palabras, pero Gunderson la miró impasible.

—Siempre acontece que los maridos atacan a las esposas. Es algo más común de lo que nos gustaría. Y en cuanto al suicidio del hijo, a mí no me parece sospechoso, si se tiene en cuenta que había perdido a sus padres y estaba divorciado. El pobre no pudo con todo.

—¿Y por eso va y se tira del edificio más alto de Tromsø?

—La psique de una persona es inescrutable —respondió Gunderson y cruzó los brazos delante del pecho con lo que le indicó a Smilla que daba por finalizada la entrevista.

—La pareja de Trondheim también era originaria de Oslo. Tienes que admitir que es un dato interesante.

Gunderson suspiró de manera teatral.

—Eso no va a cambiar mi parecer. No tenemos ni el dinero ni los recursos para estos palos de ciego. Y por esa razón la investigación del caso Mortensen se da por terminada *ipso facto*. ¡Y esa es mi última palabra!

ONCE

ÅLESUND

—Están muertos. Los dos.

Runa se sobresaltó cuando la voz de Lene entró en su subconsciente. Alzó la cabeza y vio a su antigua compañera. Finalmente consiguió adoptar una postura vertical.

—Tengo que verlos —explicó y se levantó tambaleante ignorando la negativa de Lene—. Tengo que hacerlo —insistió y, empujándola a un lado, se fue hacia la cocina. De pie en el espacio estrecho entre la isla de la cocina y la nevera, vio en el suelo el cuerpo inerte de su cuñado y se quedó sin respiración. Quienquiera que hubiese hecho esto tenía que haber estado preso de un delirio homicida.

Runa se acucilló, respiró hondo para controlar las náuseas e inspeccionó la herida en el rostro del marido de Jenna. La masa protuberante y carnosa se entremezclaba con astillas de hueso. A Runa le pareció incluso distinguir masa encefálica. Cerró los ojos y negó con la cabeza.

—Mi marido no hizo esto. Jamás en la vida —soltó al oír que Lene entraba en la cocina. Su compañera no hizo ningún comentario al respecto.

—La mujer está aquí atrás.

Runa se levantó, respiró hondo, se acercó a Lene y le echó un vistazo al fardo inmóvil debajo del aparador.

No cabía la menor duda de que también Jenna estaba muerta. El asesino le había partido el cráneo, probablemente con un hacha. El único consuelo de Runa era que, interpretando lo que veía, Jenna

seguramente había muerto al primer golpe y no se había enterado de nada. Se acucilló junto a su cuñada, que había sido una mujer preciosa, cogió su mano y la apretó. Había querido mucho a Jenna, para ella no era solo familia, sino una amiga. Runa le había contado todo, con ella siempre se había sentido en buenas manos y protegida.

Runa tragó al darse cuenta de que su cuñada había muerto sin ver cumplido su deseo más grande. Jenna había soñado durante mucho tiempo con sostener en brazos a su propio hijo y ahora eso no se haría nunca realidad. Tampoco la consolaba haber sido una tía en cuerpo y alma para Anabel ni lo mucho que la pequeña había significado para ella. Lo único que importaba era que alguien le había arrebatado la vida a esta mujer increíble, así, sin más.

Runa tragó, luchó contra las lágrimas y se levantó. Una vez frente a Lene inspiró hondo.

—Te juro que esto no fue Morten. Amaba a Jenna, le caía muy bien su cuñado y adoraba a sus padres. ¿Por qué razón iba a hacerles algo tan horrendo?

Lene negó con la cabeza, pero no dijo nada.

—¿Crees que ha sido él?

—Tengo que atenerme a los hechos, Runa. Ya lo sabes. —Bajó la mirada.

—Puede haber otra explicación de por qué sus huellas están en el arma del crimen. —Miró fijamente a Lene en busca de un atisbo de comprensión.

Lene se encogió de hombros, resignada.

—Si tu marido sigue sin hablar con nosotros, tenemos que partir de lo peor. —Miró a Runa—. La Científica va a llegar de un momento a otro. ¿Te parece si nos largamos? Te llevo a tu casa y luego nos vemos por la tarde en jefatura. Si para entonces no has encontrado a nadie con quien dejar a la pequeña, tráetela y listo.

De vuelta en su casa, Runa se dejó caer en la cama. Estaba agotada. Apretó la cara contra la almohada y emitió un alarido. Y por fin se abrieron las compuertas. No supo cuánto tiempo permaneció en ese estado, pero cuando oyó el lloriqueo de Anabel en su habitación, se levantó y fue al cuarto de baño a lavarse la cara. Su hija iba a darse cuenta de que hoy estaba diferente, pero eso no era nada comparado con lo que pasaría cuando la niña se enterara de que su papá estaba en la cárcel por haber hecho algo malo.

¡Que no ha hecho nada malo! la amonestó una voz en su cabeza y acto seguido notó que se sentía un poco mejor. Sabía que su marido no había hecho aquello. ¡Si no era capaz ni de matar una mosca! ¿Cómo iba a tocarle ni un solo pelo a un miembro de la familia?

Runa tragó. Tenía que ser otra cosa. Una conspiración contra él. Trataban de inculparlo, de hacerle cargar a él con todas aquellas atrocidades.

Al abrir la puerta de la habitación de la pequeña, adoptó un gesto de despreocupación, o al menos lo intentó.

—¿Ya te has despertado? —le preguntó cariñosamente mientras cogía a la niña de la cama, la abrazaba e inspiraba su aroma de bebé.

La llevó a la cocina y la sentó a la mesa.

—¿Te apetecen tortitas?

La niña negó con la cabeza, pero dijo enfurruñada:

—¡Papá!

Runa suspiró. Así que Anabel no había olvidado el plantón del padre del día anterior.

—Papá está en el trabajo —tranquilizó a la niña mientras se maldecía por dentro por mentirle. No quería mentir y mucho menos fingir, pero ¿qué iba a hacer si no? La verdad tan solo inquietaría aún más a la niña, la asustaría.

Runa se sentó a su lado y le miró a los preciosos ojos azules.

—Papá está bien —le explicó—. Tiene muchas ganas de estar con su niñita. Lo que pasa es que ahora mismo no es posible. ¿Lo entiendes?

Anabel ladeó la cabeza, la miró pensativa y asintió con la cabeza.

—Papá tiene que trabajar.

Runa suspiró aliviada.

—Eso es. Y cuando haya acabado, volverá a casa y le dará un beso a su princesita.

A la tarde, cuando se presentó en jefatura, Runa estaba algo mejor. Había dejado a Anabel con los padres de uno de sus amiguitos, diciendo que tenía que hacer algo urgente y que no sabía a qué hora volvería, cosa que, gracias a Dios, no resultó ser ningún problema. Hanna le había dicho que se tomara el tiempo que hiciera falta. Llegado el caso, Anabel podría pasar la noche con ellos.

Runa albergaba la esperanza de que una tarde de juegos distraería a la pequeña y la haría olvidar un poco a su papá, pero Anabel estaba emocionalmente mucho más avanzada que otros niños de su edad. A lo que había que añadir que era mucho más niñita de papá que de mamá.

Runa tragó al coger el ascensor y se preparó mentalmente para lo que la esperaba. Al abrirse las puertas y salir de la cabina, sintió por una milésima de segundo la necesidad de salir corriendo, pero no valdría de nada, se dijo. Tocaba pasar por aquello.

Se dirigió al despacho de Lene y llamó a la puerta. Al entrar y ver la expresión en el rostro de su antigua compañera, el alma se le vino abajo. Lene la invitó con un gesto de la cabeza a tomar asiento. Se quedó mirando a Runa y suspiró profundamente.

—Han llegado los resultados del segundo escenario del crimen —le explicó—. Y al igual que en casa de tus suegros, aquí tampoco hay nada que indique un allanamiento. Quien haya hecho esto, o bien tenía llave o los sorprendió. Los compañeros han reconstruido los hechos y han llegado a la conclusión de que el autor cogió a Liam por sorpresa y que Jenna tampoco pudo defenderse mucho por culpa del efecto sorpresa.

Lene escrutó a Runa.

—Las huellas dactilares de Morten están repartidas por toda la casa. Y en el arma del crimen empleada con tus suegros se han encontrado rastros de sangre de Jenna y de su marido. Es decir, Morten los mató primero a ellos y luego a sus padres.

Runa negó desesperada con la cabeza.

—¡No lo entiendes! —exclamó—. Morten... —Se interrumpió para dar con las palabras adecuadas—. ¡Morten no es un psicópata, maldita sea!

Lene se encogió de hombros.

—Como acabo de decir. Tengo que atenerme a los hechos y esos hablan por sí solos.

—¿Ya ha hablado?

Lena le dedicó una mirada sombría y negó con la cabeza.

—¿Puedo verlo? ¿Y si consigo que por fin diga algo?

Lene tragó.

—No sé si será buena idea. Está... bueno... está como ido. ¿De verdad quieres pasar por eso?

Runa se levantó y miró furiosa a Lene.

—No es que quiera, pero ¡es mi deber! Es mi marido, el padre de Anabel. Quiero verlo ahora mismo.

Lene regresó veinte minutos después al despacho, con el investigador jefe siguiéndole los talones. Birkeland le tendió la mano a Runa y se la estrechó.

—Siento lo que está pasando —masculló—. ¿Así que quieres verlo?

Runa asintió con la cabeza.

—Vuestra conversación, si es que llega a haber alguna, tendrá que ser monitorizada.

Runa miró a Birkeland y aceptó.

—Por supuesto. Lo único que quiero es estar con él. ¿Lo entiendes?

Birkeland suspiró y dio un paso atrás.

—Lo mejor será acabar con esto cuanto antes.

Runa precedió el grupo hacia el ascensor y pulsó el botón. Con los tres dentro de la cabina, la situación se volvió incómoda. Antes bastaba una mirada para comunicarse entre ellos, bastaba para saber qué estaba pensando el otro, pero ahora ella era una extraña, la mujer de un sospechoso de asesinato, de un asesino en potencia.

¿La verían como posible cómplice? ¿Sospecharían también de ella? Si ese era el caso, lo disimulaban muy bien. Bajaron en silencio a la planta en la que estaban ubicadas las celdas. Birkeland llamó a alguien por teléfono para indicarle que llevaran a Morten a una de las salas de interrogatorios. Runa respiró hondo. Nunca, ni siquiera cuando trabajaba en la brigada criminal, se había sentido tan agitada, indefensa e insegura como ahora.

Al internarse en un pasillo iluminado por una luz escalofriante, Runa rompió a sudar. Llegaron a la sala y Birkeland hizo un gesto animándola a entrar. Lene y él no entraron, pero Runa sabía que estarían en la habitación de al lado escuchando todo. Alargó la mano, tocó la manija y la bajó ignorando los fuertes latidos de su corazón.

Al abrir la puerta y traspasar el umbral, el estómago le dio un vuelco. Aquel ser encogido sentado a la mesa no se parecía en nada a su marido. Estaba lívido. El pelo rubio apuntaba en todas las direcciones. Morten tenía todo el aspecto de estar a punto de perder la razón. Runa tragó, se acercó a él, alargó la mano para llamar su atención e indicar su presencia. Pero como ya le había mencionado Lene antes, era como si no fuera consciente de nada a su alrededor. Runa se sobrepuso y se sentó en una silla frente a él, con la esperanza de que por fin se fijara en ella.

Y efectivamente. Morten alzó la cabeza y la miró. Runa se sobresaltó al percatarse de que el médico estaba en lo cierto. Físicamente Morten daba la impresión de estar en shock, pero sus ojos reflejaban una lucidez absoluta. A Runa el azul de los ojos de Morten le pareció más claro, como el azul de un iceberg. La miraba con una mezcla de curiosidad y distanciamiento, cosa que a Runa le causó casi dolor físico.

Era como si Morten estuviera buscando en su rostro la respuesta a la pregunta no articulada: si ella también lo creía el autor de aquellos asesinatos horribles.

Runa cogió aire.

—Sé que no has sido tú —arrancó la conversación, esperando algún tipo de reacción por parte de su marido.

Nada. Siguió mirándola en silencio.

—No hay nada que indique un allanamiento ni en casa de tu hermana ni en la de tus padres. Tus huellas están en el arma del crimen y por eso creen que has sido tú. —Se interrumpió y negó con la cabeza—. Tienes que decírselo, ¿me oyes? Tienes que contarles todo. ¡Hacerles ver que eres inocente!

Runa calló al darse cuenta de que la voz estaba a punto de fallarle. Respiró hondo una y otra vez hasta notar que se tranquilizaba un poco. Luego se inclinó por encima de la mesa hacia Morten.

—Tienes que hablar de una vez —le suplicó—. ¡Cuanto más tiempo permanezcas callado, más sospecharán de ti! —Se recostó y se lo quedó mirando—. Y necesitas urgentemente un abogado, ¿me oyes? ¿A quién quieres que llame? ¿Tienes a alguien en especial en mente?

Nada.

Una ola de rabia amenazó con abrirse paso en el interior de Runa. Empezó a picarle todo el cuerpo, le dio un tic en la pierna izquierda y la garganta se le estrechó. Se asustó cuando un golpe fuerte partió en dos el silencio reinante. No fue hasta segundos más tarde que comprendió que había sido ella al dar un puñetazo en la mesa, pero Morten siguió sin reaccionar.

—No se trata solo de ti, ¿sabes? —le gritó—. Anabel no hace más que llorar y preguntar dónde está papá. ¿Qué se supone que debo decirle?

Miró a Morten y enfadada se levantó con tanto ímpetu que tiró la silla. No tolerando más el silencio de Morten, fue hacia la puerta. Con la manija ya en la mano recordó algo. Se giró despacio y miró a su marido.

—No puedo. Tú estás ahí sentando pensado que todo esto no es más que un chiste malo, pero soy yo la que tiene que lidiar con todo ahí fuera. Cuando por fin entres en razón, házmelo saber.

Era consciente de que meterle más presión todavía encontrándose en una situación tan precaria no era lo correcto, pero obvió la mala conciencia. La policía que llevaba dentro sabía, por supuesto, que dadas las circunstancias era mucho mejor darle tiempo y mostrarse comprensiva. Su marido necesitaba tiempo, tiempo para concentrarse, para entender que no le quedaba otra alternativa que colaborar. Pero hoy no estaba aquí como policía, sino como esposa y madre de la hija de ambos.

Se obligó a acercarse de nuevo a la mesa y a sentarse. Lo miró a los ojos.

—¿Quieres que traiga a Anabel? ¿Qué te parece? Puede que te sienta bien ver a tu hija. Podría ayudarte a recuperar la razón, a entender que...

Una sacudida agitó el cuerpo de Morten e hizo callar a Runa. Morten alzó la cabeza, la miró y esbozó una débil sonrisa.

—Conservo mi pleno juicio, Runa —dijo y la frialdad con que pronunció aquello hizo temblar a Runa.

Abrió la boca para decir algo, pero no fue capaz de emitir ningún sonido. Tragó tratando de imponer orden al caos en su cabeza. Por fin logró articular con mucha dificultad:

—¿Entonces por qué no te defiendes contra esas acusaciones horribles?

Morten bajó la mirada, como reflexionando sobre lo que acababa de oír. Al alzar de nuevo los ojos, fue como si la estuviera mirando una máscara. Pero no fue eso lo que asustó a Runa, sino la expresión de sus ojos, que lanzó una pregunta completamente nueva al aire.

¿Estaba viendo miedo en los ojos de su marido? ¿Pánico incluso?

Runa se inclinó hacia delante para cogerle la mano, pero él se apartó.

—Ahora quiero que te vayas y que no vuelvas más —dijo de repente Morten apartándose todavía más. La expresión de sus ojos

le había cedido de nuevo el puesto a la frialdad—. Y no quiero que traigas a nuestra hija. ¿Está claro?

Runa notó cómo algo en su interior se quebraba.

—¿Por qué haces esto? —preguntó con voz baja—. ¿Por qué eres así? ¿Por qué no me ayudas a ayudarte?

Morten emitió una risa áspera. Sonó atormentado. ¿O serían imaginaciones suyas?

—¡Porque no acabas de entenderlo! —le respondió impaciente.

—¿El qué? —quiso saber ella. Era como si el aire en la habitación se estuviera enrareciendo. Todo a su alrededor daba vueltas.

Ahora no vayas a perder los nervios, se dijo a sí misma y se enderezó en la silla.

—¿Qué demonios es lo que no entiendo?

Morten se encogió de hombros.

—Pues que es verdad. Primero maté a mi hermana y a mi cuñado y luego a mis padres. Es verdad lo que dicen tus compañeros: ¡Soy un asesino!

DOCE

OSLO

De vuelta a su despacho Smilla se encontró con Noam, que la miraba sonriente.

—¿Así que lo sabías y no me avisaste?

Él hizo una mueca.

—Tú también lo sabías. Que no quisieras admitirlo es otra cosa. El jefe siempre protesta cuando se trata de aportar fondos a un caso casi insalvable.

Smilla alzó las cejas. No le pasó desapercibido que la descripción que Noam acababa de hacer de la situación actual contenía cierto margen de seguridad, un colchón, por así decirlo.

Había dicho *casi insalvable*, no *completamente insalvable*. Hasta ahí todo bien. Lo miró.

—¿Qué propones?

Noam bajó la mirada. Al volver a alzarla, vio indecisión reflejada en sus ojos.

—Para serte sincero, no lo tengo muy claro. Lo que sí tengo claro es que no me apetece nada granjearme una bronca del jefe. Por otro lado, te he asegurado de que tendrías algo más de tiempo. —Se detuvo y se encogió de hombros—. No se te ha agotado del todo, así que, si te queda algún as en la manga, te aconsejo que tires de él ya.

Smilla tragó.

—Es que ese es el problema. Hasta ahora no tengo nada útil. Y para avanzar necesitaría un equipo, gente que cuesta dinero, dinero

que no tenemos.

Noam asintió.

—A no ser que... —la miró y sonrió—, sigas sola. Intenta salvar lo salvable. Yo puedo guardarte las espaldas un poco más. Es lo único que puedo hacer por ti.

Smilla le devolvió agradecida la sonrisa.

—Si tienes un minuto, me gustaría explicarte con calma lo que he descubierto —le dijo y ladeó la cabeza—. Y de paso podemos ir a comer un bocado. Yo invito.

Cuando por fin estuvieron sentados uno frente al otro en el restaurante japonés ante un surtido de bandejas, Smilla se recostó y miró a Noam.

—¿Te he mencionado ya la historia del hombre de Tromsø?

Noam tomó un poco de sake y asintió.

—Antes de marchar mencionaste algo, pero, por si las moscas, repasé el expediente durante tu ausencia. Un matrimonio de Trondheim. Él, médico, ella, ama de casa. Un hijo. Él le parte la cabeza en dos a ella y a continuación se ahorca. A primera vista nada raro, dejando a un lado el parecido con el caso Mortensen.

Smilla asintió con la cabeza.

—Llevaban casi tres décadas felizmente casados, igual que los Mortensen. ¿Y de repente va el hombre, pierde la cabeza y tira por la borda todo lo que tanto le costó construir? ¿Y mata a su mujer? ¿Por qué?

Noam hizo una mueca.

—Siendo médico, mejor dicho, médico jubilado, el hombre tuvo que vivir durante años bajo presión. Encontrarte de un día para otro con que de repente no tienes nada que hacer, puede cambiar a una persona.

Smilla negó con la cabeza.

—Según su nuera, seguía ayudando a su sucesor en la clínica. Es decir, no hubo una ruptura tajante con la vida laboral. Se ve que disfrutaba con la jubilación, al menos cuando tenía tiempo para ella. O sea, el móvil que, según tú, lo llevó a cometer el crimen no encaja.

—¿Y el matrimonio? ¿Qué tal les iba? ¿Problemas financieros quizás?

Smilla sonrió.

—O sea, igual que con los Mortensen.

—Exacto. Solo que en el caso Trondheim padre e hijo andaban a la greña. El padre quería que Iven, el hijo, también estudiara medicina, pero este prefirió tirar por lo artístico y se hizo fotógrafo. Uno muy bueno, por cierto.

—¿Quería que se hiciera cargo de la clínica?

Asentimiento con la cabeza.

—Y cuando el padre vio que todos sus esfuerzos por establecer una clínica que pasara de generación en generación habían sido en vano, ¿cortó con el hijo?

—Yo no lo llamaría cortar. La relación se enfrió, dijo la nuera.

—¿Y luego?

—El joven, padre a su vez, por cierto, se suicidó. Se tiró del edificio más alto de Tromsø, dejando atrás a una exmujer y a un hijo, Damien. Eso ocurrió al año de la muerte de sus padres.

—¿Estaba divorciado?

—Desde antes de la tragedia.

—¿Y por qué?

—Infidelidad, según la ex. Pero seguían siendo amigos, por el bien del hijo que tenían en común.

—Puede que no superara la separación.

—¿Aun siendo él el causante?

—¿Y por qué no? Deja a su mujer por otra, luego quiere volver, pero ese tren ya ha pasado. No es el primero que se vuelve loco por algo así.

Smilla sopesó si compartir con Noam las sospechas de Tjara con respecto al estado emocional de su ex.

—Parece ser que vivía en un estado de miedo extremo —soltó por fin—. Me refiero a Iven. Su ex dice que el fin de semana en el que murieron sus padres, él estaba raro, pero después de eso, empeoró.

—¿A qué te refieres?

—A que se aisló del mundo. No dejaba que nadie se acercara a él. Incluso a su hijo lo mantuvo a distancia.

—Eso suena a depresión de manual.

—Estoy de acuerdo. Pero Tjara me dijo que a ella le pareció que tenía miedo. Incluso se aventuró a decir que su suicidio podría haber tenido que ver con ese miedo. —Smilla cogió aire—. Tjara está convencida de que se suicidó para protegerlos a Damien y a ella.

Noam dejó que aquellas palabras hicieran su efecto y la miró con las cejas alzadas.

—¿Es por eso por lo que llamaste a la pareja de Marika? ¿Porque querías saber si ella también es psíquicamente inestable?

Smilla suspiró y asintió.

—Estoy buscando una conexión entre ambos casos, pero por mucho que me esfuerzo solo tropiezo con las piedras que me voy encontrando por el camino. Y la más grande de todas me la acaba de arrojar Birkeland.

—¿Y ahora qué quieres hacer exactamente? Quiero decir, ¿qué puedes hacer a estas alturas?

Smilla se mordió el labio inferior y guardó silencio. Tras unos segundos se encogió de hombros.

—Hay un detalle que no soy capaz de quitarme de la cabeza. Mejor dicho, una persona: Marika Mortensen. ¿Por qué insiste tanto en que su padre no es un asesino, pero, sin embargo, exige que se la deje en paz y que no la involucre más en la investigación? Se ve que le dijo a Birkeland que quiere guardar el duelo, asimilar la muerte de sus padres para poder pasar página. ¿Por qué dice eso si está tan segura de que su padre es inocente y, por lo tanto, otra víctima más?

—¿Qué decía Iven con respecto a que su padre fuera el asesino de su madre?

—Lo mismo. Que no podía imaginarse a su padre haciendo algo así.

—¿Y la policía de Trondheim?

—Suspendieron la investigación porque determinaron que se trataba de una tragedia familiar.

—¿Y su ex está segura de que tenía miedo, que había algo que lo asustaba?

Smilla apretó los labios, cosa que para Noam bastó como respuesta.

El camarero les trajo una bandeja llena de delicias y les deseó buen provecho. Pero ni Smilla ni Noam le prestaron atención a la comida que había en la mesa. Noam se inclinó hacia ella.

—Así, solo en plan hablar por hablar, ¿y si eso estaba calculado en ambos casos? Imaginemos que, efectivamente, Iven se quita la vida por miedo y que Marika ahora también entra en pánico. Por culpa de la persona que se esconde detrás de todo. Sigamos imaginando que ambos recibieron, o reciben, amenazas que los obligan a comportarse de manera discreta para tranquilizar a la policía. Planteado desde esa perspectiva tendría sentido, ¿no?

Smilla tragó al darse cuenta de que Noam acababa de pronunciar en voz alta lo que ella ya pensaba desde hacía tiempo.

—La idea es que parezca que el padre ha matado a la madre. Los hijos saben qué pasa en realidad, pero no pueden decir nada porque alguien los está chantajeando. Iven tiene un hijo, Marika también: el medio perfecto para presionarlos. Así que, ¿qué hacen? Reaccionan tal como les exige el asesino y como haría cualquier persona normal. Paso uno: negación. *Mi padre jamás haría algo así.* —Smilla guardó silencio y pensó bien sus palabras—. Noam, iese podría ser la clave! Piensa. No van a decir, “Claro, mi viejo estaba loco. Sabía que tarde o temprano iba a perder la cabeza”. Un comentario así llamaría la atención porque hay vecinos, amigos, familiares que dirían lo contrario. Así que, repito, ¿qué hacen los hijos? Reaccionan de manera normal y discreta.

Noam asintió y cogió la mano de Smilla.

—Pero hay un problema: que tienes que demostrar que fue así, y no puedes.

Smilla suspiró y apartó la mano. Cogió los palillos y con ellos un trozo de salmón que metió en la boca. Mientras masticaba analizó lo que acababa de decir Noam y tragó el bocado.

—Pero hay algo que sí puedo hacer —dijo—. Primero voy a llamar a Marika, de manera oficial, para pedirle disculpas. Quién

sabe, puede que hable más de la cuenta y suelte algo útil.

Noam frunció el ceño.

—¿Y si el tiro te sale por la culata? ¿Qué pasa si la mujer empieza a sospechar que sigues con el caso?

—Entonces tendrá que demostrar que mi llamada es por eso. —Smilla sonrió y alzó las manos con gesto inocente—. Sé que tengo las manos atadas por culpa de mi prohibición oficial de no investigar, pero eso no aplica al caso Trondheim. Es cierto que no entra dentro de mis funciones ni competencias, pero podría tirar de contactos y averiguar si hay algo en la vida de esa familia que esté relacionado de algún modo con los Mortensen.

—¿Y luego? ¿Cómo piensas seguir?

—Luego intentaré de nuevo ganarme a Birkeland. O en el peor de los casos, paso de él.

Tras la comida y sentada de nuevo en su despacho, Smilla marcó el número de Marika. La mujer tardó un rato en descolgar.

—Creí que lo había dejado bien claro —fue el saludo—. No quiero que me molesten más. Tengo que organizar dos entierros, por si lo había olvidado.

Smilla tragó.

—Yo tan solo quería disculparme por haber agobiado, según parece, a su pareja —le explicó—. No era mi intención y lo siento mucho, de veras. Es solo que... —Smilla hizo una pausa teatral y aguardó.

—¿Que qué? —quiso saber Marika, cayendo efectivamente en la trampa.

Smilla suspiró.

—Que estaba preocupada por usted. Cuando la vi el otro día en jefatura me dio la impresión de que estaba usted asustada, que tenía miedo. De hecho, me pareció casi paranoica. Me preguntaba si eran imaginaciones mías o si estaba en lo cierto.

Oyó cómo Marika cogía una bocanada de aire al otro lado de la línea.

—Ya le dije que mi hijo ahora mismo es mi mayor pilar, por eso lo llevé conmigo. Eso no tiene nada que ver con que le tenga miedo a nadie o que tema que mi pequeño corra peligro.

Smilla sonrió al notar que a la mujer le temblaba la voz.

—Además —prosiguió Marika—, ¿qué tiene de malo que quiera superar el duelo y pasar página?

Smilla se mordió la lengua para no contestar porque sabía que Marika aún no había acabado. Y así fue, un segundo más tarde, la joven estaba llorando.

—Es posible que todos tengan razón y que, efectivamente, haya sido él.

Tras dar por concluida la conversación telefónica con Marika, Smilla se recostó en su silla y la repasó mentalmente. La voz temblorosa de la mujer, su llanto. Todo eso respaldaba la teoría de Smilla de que había algo más tras los acontecimientos, algo siniestro. Y por eso decidió no rendirse, al menos no hasta llegar a un callejón sin salida, pero aún faltaba mucho para llegar a ese callejón. Lo presentía.

Sacó un bloc de notas del cajón, relajó el cuello trazando varios círculos con la cabeza y cuando oyó crujir las cervicales, comenzó a escribir.

Era cierto que tenía las manos atadas, pero el caso de Trondheim, ese sí que podía estudiarlo más a fondo, tratar de arrojar algo de luz, con la esperanza de así aclarar también un poco el caso Mortensen.

Tras anotar arbitrariamente lo que le venía a la cabeza, volvió a repasar los diferentes apartados. Con uno de ellos el pulso se le aceleró. Satisfecha cogió el móvil y marcó un número de mucho tiempo atrás.

Su exprometido tardó un rato en descolgar. La saludó con desconfianza, como siempre que lo llamaba después de un período

prolongado sin dar señales de vida.

—¿Recuerdas lo que dijiste la última vez que hablamos por teléfono? —Smilla fue directa al grano a la vez que apartaba un mechón rubio de la cara.

Oyó un gruñido primero y luego una especie de suspiro:

—Es posible.

Smilla sonrió.

—Voy a darte el nombre de un médico oriundo de Oslo y sería muy amable por tu parte si pudieras averiguar dónde trabajó ese hombre antes de abrir su propia clínica en Trondheim.

Esta vez fue un gemido.

—¿Tienes algo oficial?

Smilla sonrió de nuevo aun sabiendo que Ole no la veía.

—De ahí mi preaviso de que se trata de un favor...

Otro gemido, esta vez más profundo.

—Vale. ¿Qué quieres saber exactamente?

—Pues todo —soltó Smilla—. He mirado en internet, he consultado nuestras bases, y nada. Tú deberías tener bastante más suerte. Y es importante, en serio.

Cuando aquella noche se dirigió al ascensor, con la intención de irse algo antes para casa, después de varios días de horas extra, sonó su móvil. Smilla lo sacó del bolso, miró la pantalla y constató que era su ex. Descolgó y notó cómo se le ponía el vello de punta con la emoción. No tenía nada que ver con que le siguiese gustando Ole, porque sí, sino con que intuyó que había dado con algo.

—¿Nos tomamos una cerveza? —fue la entrada de Ole.

—Claro —aceptó una Smilla sonriente. Se miró en el espejo del ascensor y se maldijo por no haberse puesto por la mañana algo elegante. Llevaba unos vaqueros y una americana. Sin embargo, no estaba mal gracias a su figura fibrosa, su media melena rubia y su rostro sin arrugas a pesar de los cuarenta años. Pero ahora deseó llevar puesto algo que atrajese las miradas de Ole. En su día se

habían separado por diferencias inconciliables, al menos esa era la versión oficial que les habían presentado a sus respectivas familias. La versión oficiosa, sin embargo, era que había sido todo por culpa de ella. Ole le había pedido muchas veces que fuera a vivir con él o que buscaran un piso para los dos, pero ella no había sido capaz de renunciar a su libertad. La idea de llegar todos los días a la casa donde un prometido, y algún día un marido, hambriento la estaría esperando no encajaba con ella. De modo que al final a él no le había quedado más remedio que dejarla, por la simple razón de que ella no era capaz de dar el siguiente paso.

Pensó un segundo y carraspeó.

—¿Qué te parece el *Tiki Bar*? —propuso, saboreando ya el mejor Abbey Road del mundo.

—Vale —dijo Ole y se rio—. Hasta ahora.

A pesar de estar a rebosar, consiguieron una mesa alta en el rincón más apartado del local. La camarera, con un aspecto juvenil y desenfadado, les trajo las bebidas – para Ole una cerveza y para ella un cóctel. Brindaron y cada uno tomó un trago largo. Smilla dejó bajar la ginebra, el jengibre y la menta por la garganta y cerró feliz los ojos. Hacía mucho que no venía a aquel local. Hacía mucho que en su vida no había algo más que no fuera trabajo.

Al abrir los ojos de nuevo vio que Ole la estaba observando risueño. Luego se fijó en la copa ya medio vacía.

—¿Tan bueno está?

Ella se rio y dejó la copa en la mesa. Luego se inclinó un poco hacia él.

—¿Tienes algo para mí?

Le pareció distinguir algo de decepción en los ojos de Ole porque, siguiendo viejas costumbres, iba directa al grano, es decir, al tema trabajo, en vez de preguntarle por su vida privada y lo que había estado haciendo últimamente. Smilla se maldijo por ser tan impaciente.

Pero Ole nunca había sido capaz de guardarle rencor por mucho tiempo, así que le pasó un sobre por encima de la mesa. Ella tomó otro trago, abrió el sobre y hojeó las hojas fotocopiadas.

Cuando volvió a alzar los ojos, le dedicó una mirada de agradecimiento a Ole.

—Supongo que sabrás que ahora te debo una.

Él sonrió.

—¿Qué te parece si me la cobro hoy mismo?

A la mañana siguiente Smilla y Ole estaban sentados uno frente a otro ante una taza de café en la cocina de Smilla. El ambiente era relajado a pesar de que la noche pasada había sido la primera desde hacía meses. Seguían entendiéndose bien, sabían qué le gustaba al otro y qué no. Smilla incluso se atrevería a decir que había algo más que mera amistad entre ellos. Ojalá pudiera soltarlo de una vez. No a Ole, sino a la friki controladora que llevaba dentro, a la que le costaba tanto empezar algo nuevo. Tomó un trago de café y miró a Ole.

—¿Te gustaría repetir algún día no muy lejano?

Ole se rio y le cogió la mano.

—Sabes que no hay nada que me gustaría más que sentarme todas las mañanas aquí contigo.

Ella sonrió y apartó la mirada.

—Por cierto, ¿a qué vino eso de evitar las barreras internas para investigar a esa pareja de Trondheim?

Smilla consideró por un momento si contárselo o no, luego le brindó un resumen de lo que tenía entre manos.

—¿Y tu jefe te ha prohibido seguir investigando?

Smilla asintió con la cabeza.

—Pero tú crees que hay algo más y no estás dispuesta a rendirte.

Ella se enfadó cuando se dio cuenta de que la estaba regañando.

Ole también había sido policía. Tras recibir una herida de bala, había tenido que dejar el servicio activo y lo habían trasladado a la

división de análisis e investigación de la máxima autoridad policial.

La miró, cogió el sobre que le había entregado el día anterior, sacó las hojas y señaló un párrafo en la segunda hoja.

—Esta podría ser tu pista.

Ella echó un vistazo.

—Durante sus primeros años en la profesión, al Dr. Helland lo denunciaron en dos ocasiones por negligencia médica. Sin duda, es un hilo del que vale la pena tirar.

Smilla tragó y miró a Ole.

—Pero no encaja con los Mortensen. El hombre era asesor fiscal, no médico.

—Puede que haya otros elementos más con los que aún no te hayas topado.

—Puede. —Smilla suspiró—. Y luego está esto. —Giró los papeles hacia Ole e indicó otro párrafo—. Según el informe, las denuncias se retiraron enseguida. Gracias al buenísimo abogado de Helland. ¿Y si eso hizo enfadar mucho a alguien? ¿Alguien que por culpa de un posible diagnóstico equivocado sufrió daños irreversibles y que, pasado el tiempo, ha decidido vengarse?

TRECE

ÅLESUND

Pasaba de medianoche y las luces en las casas vecinas estaban apagadas. Todo el mundo dormía, y para ser sincera, ella también deseaba meterse en cama y dormir tres días seguidos. La confesión de Morten de aquella mañana la había conmocionado tanto que al principio no supo qué hacer. Se había desatado tal caos emocional en su interior que no había sido capaz de pensar con claridad. Luego había hecho lo más obvio: llamar a sus padres y pedirles quedar en un lugar neutral, aquí en Ålesund. Les había implorado prácticamente que acudieran lo antes posible. Les había reservado una habitación en un hotel elegante que había pagado en efectivo para que permanecieran tres noches allí, ellos y su hija. Mientras la situación no estuviera aclarada del todo, no quería que nadie supiera dónde estaba Anabel. A sus padres les había resumido lo ocurrido y, superado el primer shock, le habían asegurado que no perderían ni un solo segundo a Anabel de vista, que se quedarían con ella en la habitación para que nadie la viera.

Por la tarde Runa había vuelto a jefatura para hacer su declaración. Lene se había encargado de eso. La había exprimido, pero Runa sabía que eso no serviría de nada porque ella tampoco sabía qué se escondía tras la muerte de su familia política. El único que lo sabía era Morten y este afirmaba haber sido él. Pero Runa conocía a su marido, cada fibra de su cuerpo gritaba que él no tenía nada que ver. ¿Su marido, un psicópata loco y violento? Esa idea era tan absurda que Runa no quería dedicarle ni una milésima de

segundo. Morten amaba con locura a sus padres y a su hermana y también le tenía mucho cariño a su cuñado, lo consideraba su amigo, más bien su hermano. Así que, ¿por qué iba a querer matarlos a todos?

Tras hacer la declaración, Lene le había advertido que no podía salir de la ciudad, que tenía que estar disponible en todo momento. Runa sabía que se lo decía por puro formalismo. No tenían nada contra ella en la mano, ni siquiera un punto de partida para la investigación. Al igual que todos también Lene creía que Morten había perdido la cabeza. Y Runa no pudo menos que admitir que la ceguera de sus antiguos compañeros la enfurecía. Sus padres, por ejemplo, no habían dudado ni un solo segundo y habían manifestado que tenía que tratarse de un malentendido, que estaban seguros de que su yerno jamás haría algo tan horrible. Habían confirmado lo que Runa pensaba con cada célula de su ser:

¡Morten era inocente!

Morten estaba asustado, por eso afirmaba haber sido él. Esperaba que de ese modo se diera por finalizada la investigación cuanto antes y que lo condenaran. Y ella sospechaba que tenía que haber un motivo de peso para que Morten actuara así.

Morten estaba asustado. Y mucho.

Pero no por él, sino por su familia: por Anabel y por ella. Por eso no se defendía, por eso admitía un crimen que no había cometido. Porque sabía que el verdadero asesino andaba suelto y que él desde su celda no podía hacer nada para proteger a su familia, nada excepto asumir la culpa tal y como le exigía aquel demente.

O aquella demente.

Runa había pasado el resto de la tarde pensando en quién podría querer hacerle daño a Morten.

A él y a su familia.

Pero Morten era un empresario con las manos limpias. Pagaba escrupulosamente sus impuestos, no tenía problemas financieros, era querido tanto por sus clientes como por sus empleados. A Runa le resultaba imposible imaginar que Morten tuviera algo tan grave que ocultar como para ahora pasar por algo tan sumamente cruel.

Era verdad que a algún que otro empleado había tenido que despedirlo, pero ¿por qué matar por eso a la familia del exjefe? ¿Para vengarse del despido? Eso era inconcebible.

Más lógico sería pensar que el origen de la tragedia se encontraba en el pasado de Runa. En su pasado como policía. Había mandado a un sinfín de criminales a la cárcel. Entre ellos seguramente también alguien que, todavía hoy, le guardaba rencor por ello.

Y luego estaba lo del secuestro. Por culpa de Runa había muerto un niño con toda la vida por delante.

Otra razón más para buscar la verdadera razón del asesinato de la familia de Morten en el pasado de Runa.

Runa miró el reloj y decidió que era hora de poner en práctica su plan. Antes de ponerse a repasar todos los casos de su pasado laboral, quería ir una última vez a casa de sus suegros y poner todo patas arriba. Como gran investigadora que había sido en el pasado y siendo familiar de los muertos, sabía dónde mirar. Y en caso de no encontrar nada en la casa de sus suegros, haría lo mismo en la casa de Jenna, a pesar de que tras dos allanamientos consecutivos el peligro de ser descubierta se multiplicaba.

Salió de su escondite, agachada se dirigió hacia la propiedad y se metió en el jardín a través de un hueco entre los setos. Una vez dentro se encaminó hacia la escalera que daba al sótano. Careciendo de la destreza de Lene, necesitó varios intentos para abrir la cerradura, pero, cuando por fin se encontró en el sótano de sus suegros, soltó un suspiro de alivio. Con el móvil en la mano haciendo de linterna, subió las escaleras.

En el dormitorio seguía todo igual que el día del crimen. Lo único que faltaba era el cadáver de la madre de Morten. Ahí seguían las salpicaduras de sangre, ahora secas e incrustadas. A Runa se le encogió el estómago ante aquel horror, porque no fue hasta ese instante que fue plenamente consciente de que jamás volvería a ver ni a hablar con aquellas personas tan buenas y generosas. Runa estaba convencida de que Anabel se pondría muy, muy triste porque adoraba a sus abuelos paternos.

No quiso ni pensar lo que esa pérdida significaba para Morten. Había querido a sus padres más que a nada en este mundo. Los había adorado casi. Su relación con ellos era única y muy cercana.

Y por eso mismo estaba tan convencida de que era imposible que hubiera sido Morten. Él y su madre eran uña y carne. Morten había sufrido muchísimo cuando unos años atrás su madre había caído en una depresión profunda a raíz de la cual había cambiado mucho. Había tardado bastante en recuperarse, pero durante la fase más crítica Morten la había visitado casi a diario, dejando de lado todo lo demás. ¿Y ahora iba a ser él su asesino?

Runa apretó los labios y fue al salón. Allí abrió un cajón tras otro, inspeccionando el contenido de cada uno de ellos en busca de... eso: ¿En busca de qué?

Ni ella misma sabía de qué servía lo que estaba haciendo. Quería, no, era su obligación encontrar algo que explicara quién era la persona responsable de esta pesadilla y qué había sido el desencadenante.

Pero por muchos armarios que escudriñó, no dio con nada.

Runa se incorporó y con el dorso de la mano se limpió el sudor de la frente. De repente le pareció oír un ruido. Un ligero crujido, como si alguien estuviera subiendo por la escalera del sótano.

Apartó la idea de la cabeza por ridícula, aunque no pudo evitar la piel de gallina que se le puso. Su cuerpo le estaba diciendo a gritos que huyera, pero no podía. Morten, su querido marido, tampoco podía huir. No, él estaba en prisión preventiva a la espera de su juicio y condena por un crimen que no había cometido.

Tienes que mantener la calma, se dijo. Es una casa vieja, casi histórica, y ¿no dicen que las casas antiguas tienen vida propia?

Se dirigió al despacho de Theo con la esperanza de encontrar por fin algo útil.

Encendió el ordenador de su suegro y mientras se iba cargando inspeccionó el contenido de los cajones del escritorio. En una de las bandejas encontró un librito que resultó ser un álbum de fotos. Se sentó en el cómodo sillón y empezó a pasar las hojas. Una foto concreta la hizo detenerse. Su suegro era un hombre atractivo, lleno de vida, pero en aquella foto estaba esquelético y calvo. La foto

parecía datar de unos diez años atrás, tal vez quince, o sea, de una época en la que ella aún no había llegado a la vida de Morten. Sin embargo le resultó extraño que jamás le hubiera mencionado que su padre había estado enfermo de cáncer, y en base a la foto no cabía la menor duda.

Recordó que Ida había insinuado algo hacía unos años. Runa había notado que a su suegra no le gustaba hablar del tema, que no era un recuerdo grato. Y ya solo por eso Runa no había insistido más.

Se quedó mirando la foto y tragó. En aquella foto era como si a Theo le quedara muy poco de vida. Y sin embargo, no solo había superado la enfermedad, sino que se había curado por completo.

Runa guardó el librito y dedicó la atención a los archivos en el ordenador. Pero al igual que en la casa, tampoco aquí dio con nada de interés.

Ahí estaba otra vez, el crujido, y por un momento tuvo la sensación de no estar sola en la casa. Cogió el pisapapeles del escritorio, se levantó y sin hacer ruido se metió en el estrecho hueco que quedaba entre el armario y la jamba de la puerta, pero no pasó nada. La casa permaneció en silencio sepulcral, por lo que Runa decidió que iba siendo hora de largarse de allí. Aún tenía pensado registrar la casa de Jenna sin que la descubriesen ni los vecinos ni sus antiguos colegas.

Cuando, agotada, llegó por fin de vuelta a su casa, hubiera querido chillar de lo frustrada que se sentía. O mejor, hubiera querido emprender a golpes con algo. En la casa de Jenna tampoco había encontrado nada que pudiera estar relacionado con su muerte. Había incluso repasado el portátil de Liam, el marido de Jenna, pero no había encontrado nada comprometedor. La familia de su marido eran efectivamente unas personas sin un pasado oculto, por lo que sus asesinatos resultaban cada vez más incomprensibles.

Fue a la cocina y puso en marcha la cafetera para prepararse un expreso. Mientras se lo iba tomando a sorbos, volvió ensimismada a mirar el álbum de fotos. Y mientras miraba las fotos de un Theo enfermo, no pudo evitar preguntarse, que habiendo fotos repartidas por toda la casa y estando los álbumes de fotos al alcance de todos en las estanterías empotradas en una de las paredes del salón, por qué precisamente este álbum estaba escondido en el escritorio. ¿Sería por Ida? ¿Su depresión había sido por eso? ¿Había Theo escondido las fotos para proteger a su mujer, para que no las viera nunca más? Pero ¿qué tenía que ver con Morten y con aquello de lo que lo estaban acusando?

Runa tragó, consciente de que, por alguna razón que aún desconocía, esas fotos eran importantes. ¿Había dado con una pista que le había pasado desapercibida a Lene?

Se estremeció de repente. Mientras buscaba algún indicio y atenta a los ruidos misteriosos de la casa, se percató de algo, pero solo de soslayo. Mejor dicho, no se había fijado, había sido su subconsciente quien de algún modo había almacenado aquella información que ahora le vino a la mente.

Se tomó lo que quedaba de café y notó cómo el corazón se le aceleró y la piel le empezó a palpar. No por culpa del café, sino porque su instinto policial que creía haber perdido, estaba resucitando.

¿Cómo no se había dado cuenta antes?

Volvió mentalmente a la casa de sus suegros primero y a la de Jenna después. Tragó al comprender que no estaba equivocada, que efectivamente había algo que había llamado la atención de su ambición policial. Era algo tan lapidario, una minucia, que no era de extrañar que Lene no se hubiera dado cuenta.

Fue a la sala de estar y miró las fotos expuestas en la repisa de la chimenea. Cogió una foto de Anabel recién nacida y la acarició. Volvió a dejar la foto en su sitio y cerró los ojos. Sí, estaba completamente segura de no equivocarse. Ni en casa de sus suegros ni en la de Jenna había una foto de Morten bebé. Por supuesto, había fotos enmarcadas de Jenna y Morten. Jenna de bebé en brazos de la madre, Jenna en el carrito empujada por un orgulloso

hermano. Pero ni una sola foto en la que se viera a Morten de bebé. Ni enmarcada ni en ninguno de los numerosos álbumes que a lo largo de los años había repasado muchas veces en compañía de sus suegros.

¿Cómo no se había fijado nunca?

Apartó un mechón que se le había metido en los ojos y pensó qué significaba aquello. Asociándolo con la enfermedad de su suegro solo se le ocurrió una explicación. Si no había fotos de Morten de bebé tal vez fuera porque Theo e Ida no eran sus padres biológicos.

¿Y si Theo lo había descubierto al enfermar de cáncer? A un enfermo de leucemia podría salvarle la vida un trasplante de médula. ¿Habría sido el caso de Theo? Conociendo a Morten, este no habría dudado ni un solo segundo en ofrecerse como donante. ¿Y si había sido entonces cuando descubrió que sus padres no eran en realidad sus padres?

Runa negó con la cabeza. ¿Estaría viendo fantasmas? Al fin y al cabo también cabía la posibilidad de que Ida ya hubiera estado casada anteriormente y que Morten fuera fruto de ese primer matrimonio. En ese caso era comprensible que no hubiera fotos con su primer marido. Pero ¿y por qué no había fotos solo con Ida y su hijo de bebé?

Los pensamientos se entremezclaron de tal manera que le causaron dolor de cabeza. Aun en caso de que, pensó Runa frustrada, Morten no fuera hijo de Ida y Theo, eso no tenía por qué significar nada. Para él eran sus padres, como tales los había tratado, respetado y adorado. ¿Iba a matarlos solo porque le habían mentido acerca de sus orígenes o, mejor dicho, por habérselos ocultado? Si es que era cierta esa hipótesis.

CATORCE

OSLO

—¿Estás disponible? ¿Ahora mismo? —preguntó Noam asomando solo su cabeza por la puerta.

Smilla hizo una mueca que vino acompañada de un resoplido de impaciencia.

—Estoy redactando el informe final del supuesto accidente de caza. ¿Qué quieres?

Noamladeó la cabeza.

—¿Recuerdas el matrimonio Mortensen de hace dos años?

Smilla gruñó renuente.

—Como para olvidarlo. A él le debo gran parte de mis canas.

Noamsonrió.

—Pues que sepas que no aparentas ni un solo día más que cincuenta.

Smilla cogió el bote de los lápices, lo vació en un abrir y cerrar de ojos y se lo lanzó a su compañero.

—Es que no tengo cincuenta, ¡imbécil!

Él se encogió y rio.

—Era para meterme contigo. Pero en serio, ¿lo recuerdas?

—Un hombre de unos sesenta años mata a su esposa y luego se quita la vida. Vosotros tuvisteis claro desde el primer momento que se trataba de un drama familiar y que era el marido el que estaba detrás, pero yo estaba convencida de que el verdadero asesino se estaba burlando de nosotros.

Noam asintió con la cabeza, recuperada ya completamente la seriedad.

—Tenemos un caso similar en la *city*. Hace unos días un hombre le asestó más de cuarenta puñaladas a su mujer y luego se metió en la bañera y se quitó la vida. Un conocido de la pareja dio la alarma. Habían quedado en que la pareja lo llamaría, pero como no lo hicieron cogió el coche y fue a su casa. Al no abrirle nadie, llamó a la policía y se encontraron con el petate.

—¿En la bañera? ¿Y cómo lo hizo?

Noam se encogió de hombros.

—No sé más. Por eso tenemos que ir. El caso entra en mi jurisdicción y pensé que te gustaría acompañarme.

Smilla reflexionó por un momento y acabó asintiendo con la cabeza. Se levantó, cogió la chaqueta, que había dejado encima del respaldo de la silla, y se la puso.

—¿Edad de la gente? —preguntó cuando se hubieron cerrado las puertas del ascensor.

—Sesenta y pocos —contestó Noam a la vez que escrutaba el rostro de Smilla—. Deja que adivine. En tu cabeza estás recuperando el caso Mortensen. Te gustaría saber si estas personas tienen algo que ver con los muertos de 2017.

—Y tú también —conjeturó Smilla—. Por eso quieres que te acompañe.

Noam la observó pensativo.

—Para serte sincero, el cuadro general está empezando a tocarme las narices. No sé. Primero el matrimonio de Trondheim, originarios de Oslo. Luego los Mortensen y ahora los Simonssen. Siempre es el marido el que masacra a la esposa para luego quitarse la vida. Y todos ellos tienen una edad comprendida entre los cincuenta y los sesenta.

Smilla tragó. Debería estar sintiendo satisfacción, alivio casi, de que por fin... de que por fin alguien compartiera sus dudas. Sin embargo, solo experimentó un vacío en su interior. El caso Mortensen de hacía dos años y el caso de la familia Helland de Trondheim le habían exigido lo suyo. Y aunque llegó a descubrir que había dos denuncias contra Helland por negligencia médica, eso no

la ayudó a avanzar. Había estudiado los expedientes y descubierto que aunque Helland había ganado ambos actos de conciliación, había tenido que pagar una pequeña indemnización. Smilla supuso que eso podía guardar relación con los asesinatos. Pero por desgracia la investigación se estancó en ese punto. El abogado del médico, basándose en el secreto profesional, se había negado a proporcionarle cualquier tipo de información a una policía que no estaba de manera oficial a cargo del caso. Y luego estaba el no insignificante hecho de que el caso Mortensen no encajaba en la imagen global. Smilla tuvo que rendirse y dar carpetazo al caso, tanto laboral como emocionalmente. Así que se había centrado en otros casos - hasta asomar Noam la cabeza por la puerta unos minutos atrás.

—¿Qué sabemos? ¿Quién era él, quién era ella? ¿Indicios de allanamiento?

Noam negó con la cabeza.

—Según los agentes que acudieron, nada de nada. Me imagino que una vez más, un drama matrimonial.

Smilla soltó un grito ahogado.

—Dos años, Noam, dos años paz y ahora... Quiero decir, ¿por qué nos hacemos esto si sabemos de antemano ya todo?

Él la miró y se encogió de hombros.

—¿Y si tenías razón y es el mismo asesino? ¿Y si ahora ha cometido algún error? Puedo enumerarte, si quieres, varios delitos que se solucionaron transcurridos varios años, si no décadas. Más vale tarde que nunca. ¿O no?

Smilla apartó la cara y se puso a mirar por la ventanilla.

Para ser junio hacía bastante calor, casi demasiado. Hasta hacía unos minutos estaba emocionada con la fiesta del solsticio de verano. Una fogata junto al lago, en compañía de sus amigos y familiares, donde iba a anunciar que había vuelto con Ole, que habían decidido darse una segunda oportunidad. Al menos eso podía agradecérselo al caso más opaco de su carrera: el reencuentro con su exprometido. Desde que le había ayudado en el caso Helland aportando información, habían ido a parar a la cama y habían decidido volver a verse más a menudo. Tras pensárselo mucho,

Smilla había accedido a que Ole viniera a vivir con ella y se había vuelto a poner el anillo de compromiso. Solo que con respecto a una pronta boda no estaba igual de entusiasmada que él.

Inspiró hondo.

Bajo ningún concepto podía permitir volver al principio, a su obsesión de tener que demostrarles a todos que no estaba equivocada, a las innumerables horas extra que sin duda afectarían a su relación. Y, por último, no quería volver a dudar de sus capacidades ni quería experimentar la frustración que eso conllevaba cuando no era capaz de avanzar y nadie compartía sus conjeturas. No podía permitir que eso interfiriera entre Ole y ella.

No tendrían una tercera oportunidad, de eso estaba segura.

Tras detenerse en la urbanización de chalés residenciales y apearse, Smilla no pudo evitar preguntarse, cómo era posible que el matrimonio llevara varios días muerto en su casa sin que ninguno de los muchos vecinos se hubiera dado cuenta. Alguien tenía que haberse percatado de algo.

Noam pareció leerle los pensamientos.

—Los agentes patrulleros están ocupándose de eso.

Ella asintió con la cabeza y se dirigió a la casa donde estaban los de la Científica precintando la propiedad. Pasó por debajo de la cinta amarilla y fue directa hacia la puerta principal de la casa. Un policía joven al que no conocía se le acercó y sonrió, pero Smilla estaba demasiado inquieta como para devolverle la sonrisa.

—¿Ha sido usted uno de los primeros en llegar?

Él se rascó incómodo la cabeza.

—El médico sigue dentro, redactando el acta de defunción del hombre. —Siguió la mirada de Smilla y vio que estaba estudiando la cerradura—. He comprobado todas las puertas y ventanas, pero no he encontrado nada —explicó—. No hay nada que indique que se trate de un robo. Y la casa no está revuelta. Si se han llevado algo, tendrá que comunicárnoslo la familia de los muertos.

—¿Algún vecino que se haya enterado de algo?

El joven se encogió de hombros.

—Mi compañero está ahora mismo yendo de puerta en puerta. Si da con algo importante, me encargaré de que la llame.

Smilla asintió con la cabeza, le entregó al policía su tarjeta de visita y lo dejó allí plantado.

Los de la Científica estaban trabajando en el salón. La mujer yacía con la parte superior en el suelo mientras que las piernas aún seguían apoyadas en el sofá. Al lado de la cabeza había un libro salpicado de sangre. Quienquiera que hubiera hecho eso la había sorprendido mientras estaba relajada en el sofá leyendo y la había matado allí mismo. Smilla ignoró los gruñidos de irritación del jefe de la Científica y se acercó a la víctima para arrodillarse a su lado.

Mientras estaba inspeccionando las heridas de arma blanca en el torso y los brazos, entró Noam en la sala. Saludó brevemente a todo el mundo y acabó acucillándose a su lado.

—Tiene mala pinta —observó señalando un corte abierto de unos diez centímetros de profundidad entre cuello y hombro.

—Quien haya hecho esto usó el arma como si fuera un hacha, y sin dudar ni un solo segundo. —Miró a Noam—. ¿Entiendes a lo que me refiero?

—Quieres decir que esta mujer tuvo que cabrear muchísimo al marido, o a la persona que haya hecho esto.

Smilla frunció el ceño y luego volvió a centrarse en el cadáver.

—¿Ves esta herida de aquí? —preguntó a la vez que señalaba una puñalada en la caja torácica. Era como si el asesino hubiera introducido el arma hasta la empuñadura—. Esta herida por sí sola fue letal y aun así siguió apuñalándola una y otra vez. ¿Qué nos dice eso?

Noam asintió con la cabeza.

—O sea, la misma crueldad que en el caso Mortensen.

Smilla asintió ausente y finalmente alzó la vista.

—La única diferencia es el estatus social. Los Mortensen eran ricos y los Hellmann de Trondheim también. Esta gente, sin embargo, vivía en una casa diminuta en un barrio de trabajadores. Ni eran ricos ni gozaban de una situación acomodada. Lo que nos plantea la siguiente cuestión: ¿Qué relación guarda esta gente con las demás víctimas? Si es que hay relación alguna.

Smilla se levantó y fue al cuarto de baño para inspeccionar al marido de la mujer.

El hedor a heces y carne podrida pilló a Smilla por sorpresa y le provocó arcadas. Se tapó la boca y la nariz con un pañuelo e ignoró la sonrisa tonta de su compañero. El hombre yacía desnudo en la bañera. El agua apenas le cubría los genitales. Entre las piernas flotaba el extremo de un cable alargador.

—Parece ser que hay un enchufe de alta tensión en el sótano. Enchufó el alargador allí y la otra punta la metió aquí arriba en el agua.

Smilla le dirigió una mirada a Noam.

—¿Y no tendrían que haber saltado los automáticos?

Noam asintió.

—En una casa de construcción más reciente, sin la menor duda, pero aquí todo es viejo, no se hizo ninguna renovación. Supongo que no habrán cambiado ni la instalación eléctrica ni las cajas de fusibles.

Smilla suspiró.

Al contrario que a Kjell Mortensen, a este hombre se le notaba la edad. Tenía ojeras y la piel era de un color ceniciento que no tenía nada que ver con los daños en la zona genital causados por la electrocución. Smilla apostaría lo que fuera a que este hombre se había pasado la vida trabajando duro. Seguramente a turnos.

Se levantó y agarró a Noam del brazo.

—Sé lo que estás pensando. Que son imaginaciones mías, pero apuesto mi culo a que esta gente murió por la misma razón que los Mortensen y los Hellmann.

Noam también se incorporó y la miró muy serio.

—Pero la cuestión es, ¿por qué ahora? ¿Por qué las otras dos parejas mucho antes?

Smilla ladeó la cabeza.

—¿En serio? ¡El asesino no quiere levantar sospechas! Primero mata a los Hellmann. Luego deja que transcurra algo de tiempo y va a por los Mortensen. Y ahora, transcurridos otros dos años, les toca el turno a estos desgraciados. Él o ella quiere que la policía piense que sus asesinatos son dramas matrimoniales para alejarnos de él. O de ella.

Noam frunció el ceño y reflexionó.

—¿Y ahora qué hacemos? ¿Qué propones?

—Teniendo en cuenta que en su día el jefe no me brindó su apoyo, de momento no voy a decirle nada. Vamos a analizar con lupa el entorno de la pareja. Vamos a hablar con la familia, los amigos, los conocidos, puede que incluso con los compañeros de trabajo. Y luego ya veremos.

El jefe de la Científica se les acercó y se dirigió a Smilla.

—Hemos encontrado una libreta con números de teléfono. Parece que hay dos hijos. Hemos conseguido contactar con el hijo y le hemos pedido que venga.

Smilla se lo agradeció asintiendo con la cabeza.

—¿Habéis encontrado algo más que pueda servirnos?

Negación.

—El hombre bebía de manera asidua. Basta con ver la colección de botellas vacías debajo del fregadero. Cosa fuerte, vodka y compañía.

Smilla hizo una mueca de desagrado en dirección a Noam. Si resultaba que el hombre era alcohólico, el jefe daría por finiquitado el caso, incluso antes que con los dos casos anteriores. Su justificación: violencia en estado de embriaguez.

—Vaya mierda —maldijo Smilla frustrada mientras clavaba los ojos en el muerto.

Pasó al lado de Noam y se dirigió hacia la sala de estar. Echó un vistazo alrededor. La impresión era la de ser la casa de un matrimonio con muchos años de casados, una casa que se había financiado trabajando duro y que habían cuidado según los medios de los que disponían. Nada había que indicase escenas de exceso alcohólico. No había objetos rotos ni puertas o paredes golpeadas.

También echó un vistazo al dormitorio. Sonrió al ver la cama enorme y la cantidad de cojines drapeados. Abrió el cajón de una de las mesillas de noche. Tan solo contenía un paquete de pañuelos y una linterna. Nada emocionante. Luego abrió el cajón de la mesilla del otro lado y se sorprendió al ver un tubo de crema lubricante. Le señaló su hallazgo a Noam, que acababa de aparecer a su lado.

—Viendo esto, ¿a ti te parece que esta gente tenía serios problemas matrimoniales?

Noam sonrió y negó con la cabeza. Salieron de allí para no entorpecer más el trabajo de los de la Científica.

Una vez fuera, Smilla vio al joven policía de antes hablar con otro compañero. Fue hacia ellos.

—¿Ha habido suerte con los vecinos? —preguntó Smilla y como reaccionando a una orden, los dos se ruborizaron.

—Pues los vecinos de al lado oyeron algo, pero no le dieron importancia. Nada fuera de lo común.

—¿Qué significa eso? —quiso saber Noam.

—La pareja recibía muchas visitas, bebían mucho, estaban siempre de fiesta. Era normal que hubiera ruido, bueno, lo típico en una fiesta. Los vecinos están bastante seguros de que esas fiestas eran..., bueno, reuniones especiales.

Noam no entendía nada.

—¿Reuniones especiales? ¿De qué está hablando?

Smilla soltó una carcajada.

—El tubo en la mesilla de noche, las ojeras del hombre, su palidez. Yo diría que lo hacían mucho y a lo salvaje. Puede que fueran fiestas de intercambio de parejas. Hay gente a la que le van esas cosas.

Noam hizo una mueca de asco.

A Smilla y a los dos agentes les costó mantener la seriedad hasta que uno de los agentes se puso serio y dijo con cierta timidez:

—Yo creo que el aspecto demacrado del hombre no tenía nada que ver con sus aficiones o *hobbies*.

—Explíquese —le pidió Smilla.

—Los vecinos dicen que durante muchos años trabajó de portero nocturno.

Smilla se dijo que había ganado la apuesta que había hecho consigo misma.

—¿Sabemos dónde trabajaba?

El joven asintió.

—En un hospital de aquí de Oslo.

QUINCE

ÅLESUND

Runa despertó pasado el mediodía. Apartó las mantas, se estiró a placer y se preguntó cómo había podido dormir tanto tiempo a pesar de lo tensa y preocupada que estaba. Se metió en el cuarto de baño para lavarse los dientes y anticipándose con alegría al momento de mimos con Anabel, pero entonces recordó que la niña no estaba en casa, sino con los abuelos en un hotel. Suspiró. Hasta hacía dos días su vida era perfecta: pasaba el día con Anabel, disfrutando del aquí y ahora y las tardes noches las pasaban los tres juntos, Anabel, Morten y ella. Vale, de vez en cuando se había enfrentado a sus propios demonios y había deseado volver a su antiguo trabajo, y se lo había ocultado a su marido. Pero, eso aparte, llevaba una vida buena. Y ahora...

Runa tragó.

Qué no daría para que todo fuera como antes. Echaba de menos a Morten, sus charlas por las noches, sus abrazos, sus besos. Quería tener a Anabel cerca, oír su risa. Dicho de otro modo, quería recuperar la vida despreocupada de antes.

¿Estaría engañándose a sí misma? ¿Realmente había sido tan libre cómo pensaba antes de que la vida se le fuera de las manos? ¿Era una vida realmente tan despreocupada? ¿Era feliz?

Después de lavarse la cara, fue a la habitación de su hija para inhalar su aroma que se manifestaba en las paredes, las cortinas y la ropa de la cama. Se sentó en la misma, cerró los ojos e imaginó que todo seguía como siempre, que Anabel estaba en la bañera, Morten

sirviendo una copa de vino para brindar juntos. ¿Volvería a repetirse alguna vez?

La pregunta surgió sin poder detenerla.

Si condenaban a Morten por este crimen, podría caerle cadena perpetua, o como mínimo una detención cautelar de por vida, lo que significaría el fin de la familia, de su matrimonio y del resto de su vida. Podrían tener un bis a bis una vez al mes en una celda diminuta y ya. Aparte de eso, el matrimonio y la vida familiar se limitarían a visitas esporádicas.

De solo pensarlo se le revolvió el estómago.

Tenía que hacer algo, pero ¿qué?

Acudir a Lene con lo que había averiguado era perder el tiempo. Lo que ella podía aportar no era nada en comparación con lo que había puesto en marcha Morten con su silencio. Su comportamiento, su actitud, todo ello reflejaba culpabilidad. No valía la pena autoengañarse, se dijo Runa.

Comprendía por qué sus antiguos compañeros consideraban a Morten culpable y justo eso era lo que le causaba tantos quebraderos de cabeza.

Nadie conocía a Morten como ella, nadie más que ella sabía cómo le funcionaba la cabeza y que era incapaz de hacerle daño ni a una mosca. Morten era un encanto de persona y, aunque su pasado de policía le decía que puedes equivocarte soberanamente incluso con la persona más cercana a ti, su sexto sentido le decía que eso no aplicaba a su marido. Lo conocía y demostraría que Morten no era esa persona por la que todos lo tenían.

Se levantó de la cama de su hija y fue a la cocina. A punto de prepararse un café tuvo una epifanía. Fue corriendo al despacho de Morten, se sentó a su escritorio y conectó su portátil. La contraseña de Morten resultó ser el cumpleaños de Anabel – una manía simpática suya de dejar que el recuerdo del día más bonito de su vida influyera de toda manera pensable en su día a día. Abrió un sinfín de carpetas, hojas de cálculo, contratos, declaraciones de hacienda y demás documentación relacionada con la empresa. Tras una hora de búsqueda seguía sin encontrar nada útil, así que se detuvo a preguntarse qué estaba buscando realmente.

Vio la cara de Morten, la rabia y el miedo en sus ojos, donde en realidad tendría que haber duelo y desesperación.

Dirigió la atención a los cajones del escritorio y sacó todas las carpetas y todos los papeles. Tampoco aquí dio con nada servible. Recordó las fotos en la casa de sus suegros, las que mostraban a su suegro enfermo y a él con sus padres siendo un niño de dos años.

De repente se dio cuenta que lo que estaba haciendo era una estupidez. Ella y Morten se conocieron cuando ella aún trabajaba en la brigada criminal. De hecho, había compartido con ella en vivo y en directo su ascenso a inspectora jefa. Morten sabía que era buena, capaz de resolver los casos más complicados. Es decir, si quisiera ocultarle algo, jamás lo escondería dentro de casa.

Pero ¿dónde si no? O mejor dicho, ¿si ella fuera él, dónde escondería algo que no querría que nadie encontrara?

A Runa solo se le ocurrió un lugar: la empresa.

Salió corriendo al pasillo, se puso los zapatos y una chaqueta y se dirigió al coche.

Al llegar al edificio donde estaba la empresa de su marido, Runa vio que el *parking* estaba vacío. Echó un vistazo al reloj y frunció el ceño. Pasaba de las cinco, pero la jornada laboral de los empleados de Morten finalizaba a las seis. Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

¿Había precintado la policía el negocio de Morten para poder poner todo patas arriba en busca de alguna prueba? Recordó que no era tan fácil, que para ello se necesitaba una autorización judicial, que solía tardar días en llegar.

Sintió que se le revolvía el estómago al percatarse de la verdadera razón de por qué no había nadie. Les habría llegado el rumor de que Morten estaba en preventiva y, sobre todo, el porqué. Se le partió el alma al imaginarse cómo se sentiría Morten si se enteraba de que la empresa había cerrado porque los empleados habían decidido no seguir trabajando para él. Su empresa lo era todo para él. Le dolería muchísimo presenciar su hundimiento.

Runa hizo una nota mental, tendría que preguntarle a Morten qué hacer al respecto antes de que fuera demasiado tarde. Aunque por otro lado, pensó, ahora mismo a ella le venía bien que no hubiese nadie presente mientras rebuscaba todo.

Se dirigió a los almacenes, que también era por donde entraban los empleados. Sacó su estuche de ganzúas del bolsillo. Se enfadó con su marido por no haberle concedido en su momento acceso ilimitado a la empresa. Una vez en el despacho de Morten, lanzó una oración al cielo, pidiendo que su viaje hasta allí no fuera en balde. Inspeccionó todo a fondo: su taquilla, los armarios y las bandejas. Y por fin dio con lo máspreciado de Morten. Hizo una mueca al ver el cajón destrozado del escritorio pecaminosamente caro. Antes de que lo soltaran, Runa tendría que llamar a alguien para que arreglara aquello, porque de lo contrario sí que correría el riesgo de convertirse en la primera víctima real de su marido. Cogió aire y mientras hojeaba los papeles soltó una maldición no apta para menores de dieciocho al darse cuenta de qué era aquello. Leyó y relejó los resultados de laboratorio que tenía en la mano. Luego, para asegurarse, volvió a leer el nombre y la fecha de nacimiento, pero sí, no cabía la menor duda, era un análisis de sangre de Morten, mejor dicho, una prueba genética que determinaba que ni el padre de Morten, ni su madre tampoco, eran sus padres biológicos.

A Runa se le puso el vello de punta. En el fondo ya se imaginaba algo así, aunque solo había sospechado del padre. Su primera intuición había sido pensar en una aventura amorosa por parte de la madre, fruto de la cual había nacido Morten, o en un matrimonio anterior, y que Morten lo había descubierto a raíz de la enfermedad del padre. Pero que ninguno de los dos fuera progenitor de Morten, la sorprendió mucho. Volvió a repasar los resultados, metió los papeles en el bolso y siguió buscando, pero aparte de títulos de valores no encontró nada más en el cajón.

Resopló y decidió regresar al coche. Los pasillos vacíos, la zona de la cocina en la que todavía quedaban tazas medio llenas, le afectaron tanto que se alegró de estar de vuelta en el coche. ¿Cómo iba a explicarle a su marido que la mayor catástrofe de su existencia no afectaba solo a su vida privada sino también a su empresa?

De camino a casa los pensamientos de Runa enloquecieron. No sabía cómo gestionar toda esa información, por dónde seguir. Consiguió meter el coche en el garaje antes de romper a llorar. Llorando se apeó y entró en casa sin cerrar el coche con llave. Daba igual. Lo único que quería era meterse dentro, sentirse al amparo de sus propias paredes, un privilegio que a Morten no le correspondía. Ya no.

Pensó en prepararse una taza de café, pero cambió de parecer y optó por algo más fuerte. Su intención había sido ir aún a jefatura para informarse de si había habido novedades, aun a sabiendas de que, si así fuera, Lene ya se lo habría comunicado. Y debería pasarse por el hotel para ver a sus padres y a Anabel, pero le daba miedo tener que explicarle que papá no estaba y que no podía verlo.

Cogió una botella de vino empezada que guardaba en la nevera y llenó una copa que apuró de un solo trago. Y como si el alcohol hubiera activado algo en su cerebro, a Runa se le ocurrió una idea. Dejó la copa y se fue al salón, donde, en una caja de zapatos, guardaban toda la documentación familiar. Destapó la caja, sacó un librito de color granate, lo abrió y empezó a pasar las hojas hasta por fin encontrar lo que estaba buscando: la fe de nacimiento de Morten. Cogió aire y se puso a leer. La confusión la hizo detenerse. Pasados unos segundos volvió a leerla. Negó con la cabeza y se preguntó cómo podía ser aquello: un formulario oficial que atestiguaba el nacimiento de Morten y confirmaba que sus padres biológicos eran aquellos cuyo ADN no coincidía con el de su marido, como había leído hacía menos de veinte minutos.

DIECISÉIS

OSLO

—¿Algún resultado? —La voz de Noam se fue abriendo paso hasta llegar al subconsciente de Smilla y asustarla. Llevaba horas repasando las declaraciones de los familiares de los Simonssen, comparándolas con las de los Mortensen y los Helland, preguntándose por qué demonios era ella la única consciente de que ahí había algo enorme en marcha. El instinto le decía que los casos estaban relacionados y, lo que era peor, que habría más asesinatos. No sabría explicarlo, pero una voz interior le decía que esto aún no había acabado. Ahí fuera andaba suelta la persona que había matado a toda esta gente, tal vez estuviera planeando ya su próximo crimen, segura de no haber cometido ningún fallo. Ahora, al igual que dos años atrás, en la escena del crimen no habían encontrado nada que sirviera de ayuda. La entrevista con el hijo de la pareja había transcurrido de manera similar a la de Marika Mortensen en su día.

Adrian Simonssen, el hijo, vivía con su familia en Oslo y había confirmado básicamente lo que ya sabían: que sus padres se seguían queriendo, que tenían muchos amigos (parecía no saber nada de sus preferencias especiales) y que jamás se hubiera imaginado a su padre capaz de algo así.

Su hermana, Hermine Berger, casada desde hacía dos años con un alemán y residente en Berlín, le había confirmado lo mismo telefónicamente. Igual que el entorno de la pareja al que habían interrogado hasta el momento. Todos alababan la manera en la que

el marido trataba a la esposa, confirmaban que era un hombre honorable e íntegro.

Y por eso Smilla había evitado acudir a su jefe y pedirle una dotación mayor de personal. Esta vez no daría ese paso hasta tener una prueba fehaciente en la mano, por muy pequeña que fuera, pero que demostrara que había algo más que un marido enloquecido.

Alzó la mirada hacia Noam y enfadada le espetó:

—No hagas como si no lo supieses ya.

Él sonrió.

—En la autopsia se ha descubierto que la primera cuchillada fue la letal. Le atravesó el pulmón provocando el colapso.

—¿Se ahogó?

Noam asintió con la cabeza.

—Y aun así el asesino siguió asestándole puñaladas, a cada cual más profunda.

—¿Qué quieres decir exactamente?

—Para serte sincero no lo sé, pero creo que estoy empezando a ver todo esto desde tu perspectiva. Es que es el tercer caso, que sepamos, y lo de las coincidencias ya no cuela.

—La causa de la muerte difiere —objetó Smilla—. En el caso Helland el asesino le partió la cabeza a la mujer y el hombre se ahorcó. En el de los Mortensen, a ella la decapitaron y él se pegó un tiro. Y aquí tenemos un montón de puñaladas y un suicidio por electrocución.

—A mí me parece más bien que trata de confundirnos. Alguien nos está tomando el pelo descaradamente y lleva varios años haciéndolo —se quejó Noam.

—¿Y ahora qué?

Noam se encogió de hombros.

—Pues seguiremos buscando. Insistiremos, pero al jefe ni pío. —Resopló—. Me he pasado antes por el departamento de investigación y les he pedido que busquen algo sobre los Simonssen en los foros de internet. No podemos descartar que no se trate de algún comilitón sexual celoso.

Smilla asintió con la cabeza.

—Sí, sobrar no sobra, pero sinceramente no creo que sea eso. — Se recostó en la silla y miró al compañero—. A este caso le debo gran parte de mis canas, pero sé que vamos a atraparlo. Presiento que tarde o temprano va a cometer un error.

Smilla estaba dirigiéndose al departamento de investigación cuando le sonó el móvil. Lo sacó del bolsillo del pantalón, miró la pantalla y reconoció el número de la centralita de la entrada. Llamó el ascensor y mientras esperaba a que llegase aceptó la llamada. La recepcionista le dijo que allí había una joven que quería hablar con ella urgentemente. Smilla suspiró.

—¿No puede esperar a mañana? —preguntó malhumorada—. Tengo una reunión ahora.

La recepcionista carraspeó.

—La joven dice ser la esposa del hijo de los Simonssen y que es muy importante.

A Smilla se le aceleró el corazón. Si la nuera del matrimonio recién asesinado venía a hablar con ella, tenía que significar algo.

—Está bien. Dígale que ya voy.

Al llegar abajo reconoció a la mujer al instante. Rubia, delgada, insignificante, con ojeras que atestiguaban las noches sin dormir. Fue hacia ella y le dio la mano. Le pidió que se sentaran en la zona de espera.

—Soy Smilla Lund, la encargada del caso de sus suegros.

La mujer asintió y miró muy nerviosa a su alrededor.

—Mi marido no puede enterarse de que he venido a hablar con usted —pidió—. Ni él ni nadie. En estos momentos él no está... bueno, no está bien, como podrá imaginar. Si se entera que he hablado con usted sin su permiso, se va a liar una gorda.

Smilla la observó.

—¿Qué quiere decir?

—Hace semanas que se comporta raro, antes ya de la muerte de sus padres —aclaró la mujer—. Volvía del trabajo mucho antes y no

podemos permitirnos eso. Dependemos de su sueldo, ¿entiende? — La mujer tragó—. No me dejaba salir sola con los niños, me llamaba varias veces al día por teléfono para saber si todo iba bien. —Titubeó y bajó los ojos. Al volver a alzarlos, Smilla vio pánico en ellos—. Un día le dio por cambiar todas las cerraduras de la casa. Incluso pidió presupuestos para instalar ventanas de seguridad. Estaba dispuesto a pedir un crédito, pero el banco no se lo concedió. Ese día se derrumbó.

Smilla tragó.

—¿A usted le contó algo? ¿Le dijo si alguien lo amenazaba o si le preocupaba algo?

—Al contrario. Dijo que eran imaginaciones mías. Que lo dejara en paz y me ocupara de los niños. Tenía la manía de tener que asegurarlo todo. Además, cuando íbamos a comprar, estaba siempre mirando por encima del hombro, como si lo estuvieran persiguiendo. Bueno, a él o a nosotros.

—¿Y usted? ¿Usted también tenía la sensación de ser perseguida u observada? Las semanas previas al fallecimiento de sus suegros, ¿le pareció no estar a salvo?

La joven respiró hondo.

—Un día volvimos todos a casa y me dio la impresión de oler algo. No me sonaba nada ese olor. Estaba en nuestro dormitorio y en la habitación de los niños. Un perfume de hombre. Le pregunté a mi marido si él también lo olía, pero me dijo que no. Pero sé que me estaba mintiendo.

—O sea, que está usted segura de que durante su ausencia alguien estuvo en su casa.

—Completamente —soltó la mujer—. Y mi marido también porque poco después vino lo de las cerraduras y las ventanas.

—Tras cambiar las cerraduras, ¿hubo algún episodio similar?

La mujer tragó.

—No lo sé al cien por cien. Las cosas que pasaban, el comportamiento raro de mi marido. Yo estaba muy sensible y es posible que estuviera montándome una película. Ni idea si fue real o solo imaginaciones mías.

—¿Le parece que esa paranoia de su marido de ser perseguido podría estar relacionada con la muerte de sus padres?

La mujer se sobresaltó primero, pero asintió luego.

—Y por eso he venido. Es que todo esto me da mucho miedo. Y están nuestros hijos. Son nuestra responsabilidad.

Smilla miró muy seria a la mujer y le apretó ligeramente el hombro para infundirle ánimos.

—Ha hecho usted lo correcto —le confirmó—. Le aseguro que voy a ocuparme de esto. Tendré que pedirles a usted y a su marido que vuelvan a jefatura y...

—Pero no puede decirle bajo ningún concepto que se lo he contado yo —insistió la joven.

—Se lo prometo. Trataré de hacerle hablar por su cuenta. Y si no funciona, tranquila. Le garantizo que no tiene de qué preocuparse. Ha sido una buena idea lo de cambiar las cerraduras y que no los pierda de vista ni a usted ni a los niños. Mi equipo y yo no pararemos hasta averiguar qué les ha pasado a sus suegros.

De vuelta en su despacho, Smilla notó un cosquilleo que le recorría todo el cuerpo. Ciertamente, la conversación que acababa de mantener con esa mujer no había aportado nada en lo que poder basar su investigación porque había tenido lugar, más o menos, en privado y no podía referirse a ella, pero para Smilla significaba que iba bien encaminada.

Adrian Simonssen había querido proteger a su familia de algo, mejor dicho, de alguien, y eso incluso antes del fallecimiento de sus padres. Aparentemente lo mismo había pasado con los Helland. Y si se analizaba el comportamiento de Marika Mortensen, daba la impresión de que también. En principio, esa era la única relación, de momento, entre los casos. Y por supuesto, saber que el jefe de la última víctima y el de Dr. Helland antes de abrir su propia clínica en Trondheim eran la misma persona. Faltaba por saber cómo encajaba

en todo aquello Kjell Mortensen, asesor fiscal, pero de eso ya se ocuparía más adelante.

El día anterior había hablado con la directiva del hospital universitario Ulleval, pero le habían dicho que sin una orden judicial una colaboración entre el hospital y la brigada criminal era impensable. Ahora ya tenía esa orden y ya le había pedido a su gente que estudiaran los expedientes de los empleados, pero, como solía ocurrir en las instituciones estatales, llevaba su tiempo cuando se trataba de expedientes de empleados que hacía mucho que ya no trabajaban allí.

Llamó a la puerta de uno de los compañeros del departamento de investigación y esperó a que Sondre, el jefe del departamento, le diera permiso para entrar. La miró por encima de las gafas. El brillo en sus ojos lo delató, había encontrado algo que valdría la pena investigar más a fondo.

—Los del hospital aún no me han llamado, o sea, que aún no tienen nada —le explicó sonriendo—. Así que me he puesto manos a la obra y he repasado enterita nuestra base de datos, con la esperanza de toparme con los nombres de las tres familias. Aunque solo fuera en declaraciones de testigos.

—¿Y? ¿Los has encontrado?

El hombre sonrió.

—Los tres nombres, no, pero el de Helland y Simonssen sí.

—Mortensen era asesor fiscal. Yo misma me he preguntado qué relación podría guardar con Helland y Simonssen.

—Ninguna —le aclaró Sondre, ampliando aún más su sonrisa—. Porque no tiene por qué ser Mortensen el punto de unión entre las tres familias, sino su mujer: Eyla. Eyla Bennson para ser más exactos.

Smilla tragó.

—¿Y qué es lo que tienen en común exactamente?

Sondre le alargó un montón de papeles, se recostó en su silla y cruzó los brazos delante del pecho mientras ella se puso a leer. Pasó las hojas muy atenta y luego miró perpleja a su compañero.

—Los tres fueron los únicos testigos de un secuestro hace treinta años. Un niño de unos dos años desapareció sin dejar rastro en el

hospital de Ulleval.

Sondre asintió emocionado.

—Sigue leyendo. La cosa se pone todavía más interesante.

Smilla respiró hondo, se sentó frente a Sondre y retomó la lectura. Al llegar a un párrafo especialmente delicado, tomó asustada una bocanada de aire.

—La enfermera que estaba presente aquella noche es Bennson.

—Dejó los papeles en la mesa y miró atónita a Sondre—. ¿Cómo es que no descubriéramos esto hace dos años?

—Porque hace dos años solo teníamos a los Mortensen en Oslo y los Helland de Trondheim y no entraban en nuestro ámbito de competencia. Mortensen era asesor fiscal y a los Simonssen les iba bien. El hilo de Ariadna no se formó hasta ahora.

Smilla cerró los ojos. Ojalá tuviera razón Sondre y no fuera por culpa de un error de Smilla que ahora hubiera tres muertes más que lamentar. Ojeó el resto de la documentación y tragó porque ante sus ojos se fue formando el cuadro completo.

—La esposa de Mortensen, Eyla, y el portero muerto declararon que aquella noche la mujer acudió al hospital, pero que iba sola, que no llevaba ningún niño con ella.

Sondre afirmó con la cabeza.

—Y casualmente, ese día no funcionaban las cámaras de vigilancia. O sea, no hay prueba fehaciente que respalde que Ante estuviera con su madre en el hospital. La mujer afirmó que su marido era un maltratador y que estaba huyendo de él. Pero antes necesitaba que le atendieran las heridas, así que dejó al hijo en la sala de espera porque Eyla le había prometido que cuidaría de él. Pero al salir de la consulta, no estaban ni Eyla ni Ante. Al ser interrogada, Eyla declaró que ella no había visto a ningún niño y el portero también afirmó que Fenna Dahl estaba sola cuando entró en urgencias.

—¿Y eso qué tiene que ver con Helland?

—Helland fue quien atendió a Fenna. Fue su declaración con respecto al estado anímico de la madre del niño secuestrado la que desvió la atención de los investigadores.

Smilla hizo una mueca.

—Empezaron a investigar a los padres.

—Solo a la madre —puntualizó Sondre—. Porque el marido de Fenna dijo que él no era el agresivo sino su esposa, que tras dar a luz parecía sufrir trastornos psíquicos. Supuestamente pegaba a los niños y esa era la razón por la que se habían agravado los problemas matrimoniales.

Smilla negó con la cabeza y buscó las declaraciones de entonces.

—Vilhelm Dahl, el padre del niño secuestrado, confirmó la declaración del médico, de Dr. Helland. Dijo que aquella noche Fenna Dahl estaba bajo una presión psíquica extrema, por lo que cabía suponer que había sido ella la que le había hecho algo al pequeño Ante. Declaró que la mujer había querido llevarse a ambos hijos, pero que él había podido impedirlo, al menos en parte.

Smilla frunció el ceño y volvió a las primeras hojas.

—Aquí pone que no era la primera vez que Fenna Dahl acudía al hospital de Ulleval para ser tratada de heridas.

—Sí, y que cuando le preguntaban al respecto, siempre decía que se había caído o accidentado por torpe.

Smilla resopló.

—Porque a las mujeres suele llevarles una eternidad reunir el valor necesario para admitir que están siendo maltratadas. Muchas reciben amenazas de los maridos y viven en un estado de terror constante.

—O sea, crees que Vilhelm Dahl mintió.

Smilla se encogió de hombros.

—Cabe esa posibilidad. Al fin y al cabo, la mujer ya había acudido en varias ocasiones con heridas al hospital y el hijo que tenían en común había desaparecido. Si hubiese admitido haber maltratado a su esposa, nuestros colegas lo habrían investigado a fondo y puede que incluso lo hubieran metido en la cárcel.

—¿Y el niño? ¿Crees que el padre tuvo algo que ver con su desaparición?

Smilla miró pensativa a Sondre.

—Pues precisamente eso es lo que hay que averiguar. Lo mejor será hablar hoy mismo con Fenna Dahl. —Miró los papeles—. Por aquel entonces la ingresaron en un hospital psiquiátrico porque en

base a las declaraciones del personal que la atendió aquella noche y las del marido, los colegas creyeron que, efectivamente, le había hecho algo al niño.

Sondre hizo un gesto de lamento.

—Fenna Dahl hace muchos años que murió. He llamado a la clínica Svenson y hablado con los médicos que la atendían. Se cortó las venas con un trozo de plástico.

DIECISIETE

ÅLESUND

Mantén la calma, le advirtió la voz en su cabeza. Piensa, trata de reconstruir los hechos desde el principio. Recuerda que a eso te dedicabas, y que eras una de las mejores en tu trabajo.

Runa se levantó, volvió a la cocina y se sirvió otra copa de vino que bebió ávida. Cuando tuvo la sensación de que el alcohol le hubo calmado un poco los nervios, volvió a la sala de estar, cogió el certificado de nacimiento de su marido y volvió a leerlo. Todo coincidía. La fecha de nacimiento de Morten, el lugar de nacimiento, su nombre, todo. Pero no tenía ningún sentido. ¿Cómo podía indicar el certificado que Morten Soderberg era hijo biológico de Ida y Theo Soderberg si en la prueba de ADN del laboratorio ponía bien clarito que no había coincidencia de ADN, ni con el padre ni la madre? ¿O al final resultaría que se trataba de una adopción completamente legal? Runa recordó haber leído en una ocasión que para proteger a la madre biológica no se la mencionaba en la documentación y que en el nuevo certificado de nacimiento solo se anotaban los nombres de los padres adoptivos. ¿Sería por eso? ¿Theo e Ida habían adoptado a Morten de manera oficial?

Runa tragó. Pero entonces, ¿por qué ocultárselo durante todos esos años? ¿Por qué tantas incongruencias ahora liándolo todo?

Todas esas navidades en familia. Jenna, la hermana de Morten, tenía la manía de querer recordar el pasado siempre que había alguna celebración. Le encantaba que su madre contara una y otra vez la historia de su nacimiento. Aparentemente había sido coser y

cantar, una experiencia maravillosa. El parto de Morten, sin embargo, había durado horas. ¿Por qué iba Ida a contar aquellas historias, mentiras casi? ¿Por qué, de hecho, ocultar que Morten no era su hijo? No tenía sentido. ¿Por temor tal vez a que quisiera conocer a sus verdaderos padres?

Y aun así, era un hecho que Morten había adorado a Theo y a Ida, jamás los hubiera dejado de lado solo por no ser sus padres biológicos. Eso tampoco tenía sentido. Si Morten realmente era adoptado, ¿por qué no decírselo en algún momento?

Runa estaba bloqueada. Algo en toda aquella historia no encajaba y tenía la sensación de que precisamente esa pieza discordante era la clave de todo.

De repente vio ante sí el rostro de su marido, su mirada petrificada durante la última reunión familiar cuando, como siempre, llegó la hora de las anécdotas del pasado. El gesto de Morten se había ensombrecido. Runa, que se había dado cuenta, lo había atribuido al tedio de haber oído aquellas historias un sinnúmero de veces. Pero ahora, pensando retroactivamente, ¿no sería porque le daban asco las mentiras de sus padres?

También se había fijado en la mirada que Theo le había dirigido a Ida. De inseguridad, o preocupación. Ahora sí que adquiriría sentido aquella mirada.

Ida y Theo le habían ocultado a su hijo que no compartían la misma sangre, pero la reacción de Morten al contar una vez más esas viejas historias de familia había inquietado a ambos.

Eso es, pensó Runa. Morten lo sabía, pero nunca dijo nada, dejó a la familia en la inopia. Runa resopló.

Pero ¿por qué?, pensó Runa. ¿Por qué no había comentado nada Morten? Igual que a ella ahora, al descubrirlo, a Morten le habrían venido miles de preguntas a la cabeza. Se preguntaría cómo no coincidiendo la prueba de ADN, el certificado de nacimiento rezara que sus padres biológicos eran Theo e Ida.

La única explicación que se le ocurrió a Runa fue que Morten había descubierto algo tan terrible que le dio miedo comentarlo con sus padres. ¿O sería porque no quería saber la verdad? ¿No se vería

capaz de enfrentarla? Puede que pensara que era mejor negar la verdad: «Ojos que no ven, corazón que no siente.»

Runa resopló de nuevo.

En su interior bullían las emociones. Le dolía imaginarse el mundo de Morten hecho añicos, de un momento para otro, y no tener a nadie con quien poder hablar de ello. Primero descubrir que él no podía donar por no ser compatible con su padre. A continuación, la sospecha y luego, la prueba de ADN. (Runa se preguntó cómo habría obtenido las muestras sin que se enteraran Theo e Ida.) Y por último, la certeza.

No solo no había coincidencia con su padre, sino tampoco con su madre. ¿Cómo habrían justificado durante todos aquellos años que no hubiese fotos suyas de bebé? ¿Sería ese detalle el que lo llevó a sospechar? Y ¿existía una relación directa entre eso y la muerte de Ida y Theo?

Cerró los ojos y trató de meterse en la piel de Morten.

¿Qué podía ser tan terrible en el pasado de sus supuestos padres como para matar por ello? Supuestamente, para que Morten matara por ello.

Cuando Runa fue plenamente consciente de lo que acababa de plantear, lo que había empezado a aceptar, se le revolvió el estómago.

¡No!, vociferó la voz de su interior. *¡Morten no ha sido y lo sabes!*

Tenía que seguir buscando, descubrir la verdad, averiguar cómo había llegado Morten a las vidas de Theo e Ida.

Pero ¿por dónde empezar?

¿Dónde se escondía la llave del caso?

¡La llave!

Runa se levantó de golpe y se dio una palmada en la frente.

Morten no les había contado ni a su hermana ni a sus padres lo que había averiguado. Pero conoció a Runa cuando esta era una de las mejores investigadoras de Noruega. Y Morten lo sabía. En caso de haber algo que quisiera ocultarle a ella, tendría que esconderlo muy, muy bien. No en casa. Y en la empresa tampoco porque allí corría el riesgo de que cayera en las manos equivocadas. ¿Qué

quedaba? Una caja de seguridad en un banco, llena de cosas solo suyas.

Runa visualizó de repente el cajón del escritorio de Morten en la empresa. Entre un montón de papeles había visto una llave pequeña. Al verla había pensado que sería de un garaje o de un apartado de correos de la empresa, pero ahora, en aquel preciso instante, presintió que aquella llave significaba mucho más.

Salió corriendo al pasillo y se puso los zapatos y la chaqueta. Y obviando el vino que había tomado se metió en el coche.

Media hora más tarde estaba ante la sucursal del Norges Bank en el centro de la ciudad. Mandó una oración al cielo porque sabía que no iba a resultar fácil ver el contenido de la caja de seguridad de Morten. Existía una normativa muy estricta al respecto y, teniendo en cuenta que Morten había escondido la llave en la empresa y no en casa, dudó que ella constara como autorizada para acceder a la caja. Pero por intentar que no quedara. Cabía la posibilidad de que la suerte le sonriera.

Entró, se dirigió al mostrador y presentó su petición. La sonrisa apretada de la señora la trajo de golpe de vuelta a la realidad.

—La caja de seguridad está solo al nombre de su marido —le explicó la señora lamentándose—. No hay nada que pueda hacer.

—Escuche, mi marido está en la cárcel por un crimen que no ha cometido, y yo tengo razones más que suficientes para creer que en esa caja se encuentran las pruebas que certifican su inocencia.

—Lo siento mucho, en serio —dijo la señora, ahora con un deje de mayor impaciencia—. Su marido tendría que entregar un escrito autorizándola, pero tendría que hacerlo en persona y de paso firmar un poder.

Runa suspiró.

—Como acabo de decirle, está en la cárcel y allí se quedará si usted no me ayuda.

La señora hizo una mueca.

—La única posibilidad de abrir la caja sin su consentimiento sería mediante una orden judicial. Otra salida no hay.

Una vez fuera a Runa le faltó poco para no llorar de impotencia. Furiosa se dirigió al coche cuando se acordó de Lene. Podría pedirle ayuda, pero, por otro lado, cabía la posibilidad de que utilizara el contenido de la caja en contra de Morten. O sea, Lene también quedaba descartada. Y dado que su antigua compañera estaba oficialmente al cargo del caso, no podía esperar de ella un favor así, aunque fuera por la vieja amistad.

Entonces, Runa se acordó de otra persona. Antes de conocer a Morten, había tenido una aventura amorosa con un hombre casado. Ese hombre ahora trabajaba en el Tribunal Supremo. Ella en su día no había sabido que estaba casado, se había enamorado de él y sufrido mucho al enterarse de que para él no había sido más que una distracción extramatrimonial. Sin embargo, había puesto fin a la relación en términos amigables y no le había dicho nada a la esposa. Esperaba sacar ahora provecho de aquella indiscreción.

—¡Runa, sabes que eso no es posible! —soltó Carl suspirando.

La idea había sido llamarlo por teléfono, pero, como había cambiado de número, no le había quedado otra que ir a su despacho. Había envejecido y tenía un aspecto cansado y derrotado. Su cabello, antaño negro y abundante, ahora rareaba y lucía canas y la cara estaba abotargada.

Runa se odió por lo que estaba a punto de hacer. Daba igual el daño que le hubiera hecho en el pasado: esto no se lo merecía.

Le echó una mirada y una sonrisa malévolas.

—Y tú sabes que me debes una. En su día no le dije nada a tu mujer y parto de la base de que a día de hoy sigue en la inopia. — Se fijó en la foto en el escritorio: él rodeado de su esposa y tres hijos pequeños. Tenía el mismo aspecto cansado, pero parecía el hombre más feliz del mundo—. Imagínate qué pensaría de ti si se

enterara que durante casi un año mantuviste una relación conmigo. Y justo cuando tu esposa estaba embarazada de vuestro tercer hijo.

Él se asustó y la miró.

—No serías capaz. Quiero decir... —Dejó la idea a medias y la miró con ojos implorantes—. No le dijiste nada porque no querías ser malvada y parto de la base de que sigues siendo la mujer que conocí y que me gustaba tanto.

Runa soltó un suspiro teatral.

—Los tiempos han cambiado. Necesito ayuda y tú eres el único que puede ayudarme. Y si no lo haces de manera voluntaria, pues no me dejas otra opción que...

Él asintió resignado y la miró fijamente.

—¿Es por el caso de tu marido?

—Sí.

—¿Por el crimen del que se le acusa?

Runa asintió con la cabeza.

—¿Y puedo saber qué esperas encontrar en esa caja de seguridad?

Ella tragó y lo miró.

—Respuestas. Tengo que saber si lo hizo o no. Y para eso necesito saber qué contiene esa caja.

—Sabes que corro el riesgo de perder mi empleo si se descubre que no hay permiso oficial, y mucho menos una orden judicial.

Runa se encogió de hombros.

—Eso al banco le da igual, Carl. Ellos quieren ir sobre seguro. Quieren una resolución para que el día de mañana, y en el peor de los casos, Morten no pueda querellar contra ellos. O sea, que el único que queda que podría joderte es mi marido.

Carl asintió con la cabeza, comprendiendo a dónde quería ir a parar Runa.

—Si gracias al contenido de la caja queda en libertad, no va a hacer nada en contra mía, obvio.

—Y aunque lo hiciera, aún estoy yo, que puedo afirmar que te he chantajeado.

—¿Está al tanto de lo nuestro?

—No, pero sabe que tengo un pasado anterior a él. Que tú formes parte de él, ahora nos viene bien.

Poco antes de la hora del cierre, Runa entró en el banco. El director de la sucursal vino a su encuentro.

—Nos acaba de llegar por fax —dijo pomposamente—. No sabía que había vuelto usted a la policía. Disculpe mi ignorancia, pero sabe que tenemos nuestras...

—Ya, ya, tienen sus normas —lo interrumpió Runa bruscamente—. ¡Lléveme a ver la caja!

El hombre asintió sumiso y le pidió que lo siguiera.

La llevó a un cuarto pequeño cuyas paredes estaban repletas de puertas diminutas. Manipuló una y finalmente dejó una caja alargada en la mesa.

—Avíseme cuando haya acabado —le dijo y la dejó sola.

Runa sacó la llave del bolsillo del pantalón y la introdujo en la cerradura. Se detuvo por un instante e inspiró profundamente.

Sentía que estaba abusando de la confianza de su marido, pero no había otro remedio. Tenía que averiguar qué estaba pasando. Lo que estaba haciendo no era por curiosidad, sino para ayudarle. Cuando todo esto hubiera acabado, ya se lo explicaría.

Sacó los documentos de la caja, se sentó y empezó a repasar el montón de fotos y recortes de periódico. En una vio una casa vieja que le era del todo desconocida. En el dorso de la foto estaba la fecha en la que había sido revelada. La fecha coincidía con la época en la que Theo había estado enfermo.

Así que era cierto. Morten había buscado a sus verdaderos padres y, aparentemente, los había encontrado. Miró de nuevo la foto y tras observarla un momento la dejó a un lado. Le siguió un recorte de un periódico de Oslo. El artículo hablaba de una mujer que en una clínica psiquiátrica se había cortado las venas con un trozo de plástico. En otro artículo se hablaba del secuestro de un niño, ocurrido más de treinta años atrás, también en la capital

noruega. El nombre de la madre del niño secuestrado coincidía con el de la mujer del artículo anterior.

El corazón le latía con tanta fuerza que casi le causaba mareos. Runa inspiró hondo.

Calma, pensó. Mantén la calma.

Cerró los ojos y al cabo de unos segundos leyó de nuevo los dos informes.

Tras haberse asegurado de que era verdad y no imaginaciones suyas, tragó. La muerta de la institución psiquiátrica, Fenna, tenía que ser la misma mujer cuyo hijo de apenas dos años había sido secuestrado en un hospital de Oslo.

Runa se quedó de piedra. No había ni una sola foto de un Morten menor de dos años. ¡Eso no podía ser casualidad!

Resopló y repasó también el informe del secuestro. Luego siguió mirando el resto de los papeles hasta que dio con un informe en el que se acusaba a la madre del niño de ser ella la responsable de su desaparición. Al ver el nombre del médico de la madre, a Runa se le revolvió el estómago.

Un tal Dr. Helland había dicho ante la prensa que a él le había dado la impresión de que la madre del niño desaparecido era una enferma psíquica porque le había dicho a la policía que aquella noche había acudido al hospital con su hijo cuando no cabía la menor duda de que había ido sola.

Los pensamientos de Runa empezaron a girar de manera incontrolada.

Ya nada parecía tener sentido. Cerró los ojos e inspiró hondo una vez más.

Una mujer llega una noche a un hospital. Luego dice que ha ido con su hijo, pero que este ha desaparecido. La policía interroga a algunos empleados del hospital y al médico que atiende a Fenna. Todos afirman que la mujer estaba sola.

Runa tragó y siguió leyendo. En uno de los informes estaba la declaración del marido de Fenna D. en la que afirmaba que la responsable de la desaparición del niño era su mujer. El informe contenía una foto de Fenna. A Runa se le heló la sangre en las venas. Eran los mismos ojos que los de Morten.

¿O serían imaginaciones tuyas?

Pero hubo algo más que afectó a Runa, sin embargo, no supo definir qué era exactamente. Había ocurrido al leer uno de los artículos. Algo de lo leído había hecho que se le parara el corazón por un segundo porque le había resultado extrañamente familiar. Quiso volver a releer todo, pero la mala conciencia se lo impidió. El director de la sucursal la estaba esperando y hacía mucho que el banco había cerrado.

Metió el contenido de la caja en su bolso y llamó al hombre. Estaba algo irritado cuando entró con una sonrisa postiza.

—He acabado —dijo Runa sucintamente. Cerró la caja, le dio las gracias y se fue. En casa y con una copa de vino a mano repasaría todo con calma.

Al llegar a casa, vio el coche de sus padres aparcado delante y suspiró. Una visita ahora era lo que menos necesitaba. Anabel salió corriendo. Parecía haber llorado y a Runa se le encogió el estómago. Se apeó y abrió los brazos. Le gustó la sensación de aquel pequeño terremoto corriendo hacia ella, echándose contra su pecho y soltar un lastimoso “Mami”. Cerró los ojos, inspiró su aroma y suspiró.

—Siento mucho que hayamos aparecido así sin más, pero no había manera de calmarla y pensamos que sería mejor que hoy se quedara contigo.

Runa miró a su madre.

—Y yo siento haberos pedido esto. Pero ¿podrías quedaros, por si las moscas? Os la llevo mañana cuando se haya despertado.

Su madreladeó la cabeza y la estudió preocupada.

—Pareces cansada, ¿Seguro que no te importa que se quede Anabel? Quiero decir, si quieres, nos quedamos con vosotras.

—No hace falta. —Metería a Anabel en cama para poder dedicarse al contenido de la caja de seguridad, cosa que no podría hacer si se quedaban sus padres—. Anabel y yo vamos a disfrutar tranquilamente de lo que queda del día. Nos iremos temprano para

cama y mañana os la llevo. Luego iré a ver a Morten. Puede que haya surgido algo nuevo.

—¿Has estado hoy con él?

Runa negó con la cabeza.

—Necesito tomarme algo de tiempo, ¿entiendes?

Su madre asintió con la cabeza y le dedicó una mirada significativa al padre. Este miró a Runa.

—¿Podemos ayudarte en algo? Quiero decir, que nos quedemos con Anabel cae de cajón, pero si hay algo más que quieras que hagamos por ti, dínoslo.

—De momento no. —Runa cogió a Anabel en brazos y se fue hacia la puerta de la casa. La abrió y dejó a la pequeña en el suelo donde le dio un empujoncito cariñoso en el culo—. Entra que ahora voy yo.

Luego se giró hacia sus padres y tragó.

—En serio, me las estoy apañando y no pasa nada porque Anabel duerma aquí hoy.

Vio meterse a sus padres en el coche y salir marcha atrás de la propiedad. Los despidió con la mano y entró en la casa.

Eran casi las diez cuando por fin consiguió que se durmiera Anabel. Había disfrutado de la cena juntas y de ver los dibujos acurrucadas en el sofá, pero ahora se alegraba de que la niña durmiera por fin porque ahora podía dedicarse a algo más importante incluso que estar con ella.

Fue a la cocina y descorchó una botella de vino. Llenó una copa y bebió. Luego cogió el bolso, que había dejado en la encimera, sacó las fotos y los recortes de periódico y se sentó a la mesa de la cocina.

Con el segundo artículo volvió a sentirlo: un cosquilleo y el corazón acelerándose.

¿Qué demonios intentas decirme? preguntó en silencio concentrada en el papel que tenía delante.

Y de repente lo supo.

El nombre del médico le sonaba. Y mucho. Juraría haberlo oído hacía muchos años en relación con las historias que contaban sus

suegros. Runa creyó recordar que se trataba de un viejo amigo del padre de Morten y que se habían conocido en la universidad.

De repente rompió a sudar. La camiseta se le empapó de sudor frío.

Dr. Helland. Oslo. Clínica Ulleval.

¿No le había mencionado su suegro en una ocasión que su buen amigo había abierto su propia consulta en Trondheim? Ella al menos creyó recordarlo así, aunque borrosamente. Introdujo "Consulta Dr. Helland en Trondheim" en el buscador de Google y le dio a la tecla *Enter*. Y ahí estaba. Un artículo sobre un médico de Trondheim, un tal Mikael Helland, que había matado primero a su mujer para luego quitarse la vida. A medida que leía, la lengua se le volvió más pastosa.

No cabía la menor duda de que el hombre del artículo era el antiguo amigo de Theo, que había trabajado en una clínica en Oslo y que luego había abierto una consulta privada.

A Runa se le llenó la boca de bilis al leer la descripción del asesinato de la mujer. El titular sensacionalista de un periodicucho de Trondheim rezaba: «¿Mató el médico de los horrores a hachazos a su mujer?»

Runa luchó contra las arcadas. Su suegro también había muerto a causa de un hachazo. ¿Significaría algo o estaría viendo fantasmas?

Y otro detalle más. Cuando ocurrió lo del amigo de su suegro y su mujer, ella y Morten ya estaban juntos. ¿Por qué nadie le había mencionado lo ocurrido? Theo, Ida y también Morten tenían que estar al tanto. Entonces ¿por qué nunca habían comentado nada al respecto? ¿O era que solo lo sabían Ida y Theo y se lo habían ocultado al hijo que habían criado porque aquellos acontecimientos horribles tenían que ver con su verdadero origen?

A Runa se le pasó una idea por la cabeza que la asustó sobremanera.

¿Y si Morten también era el autor de aquello?

Cogió la copa con mano temblorosa y apuró el contenido de un solo trago.

Negó con la cabeza.

¡Ni se te ocurra pensarlo! se recriminó a sí misma.

Cogió el informe del supuesto secuestro y se fijó por primera vez en que, aparte de Dr. Helland, había otros dos testigos más que habían declarado en contra de Fenna D. Una enfermera del turno de noche y el portero que había recibido a Fenna en el hospital. Pero dado que en el informe solo se habían anotado las iniciales, la información no le sirvió de mucho.

Cogió el móvil y marcó el número de un antiguo compañero de investigaciones con el que siempre se había llevado muy bien. Tuvo suerte porque descolgó al primer tono de llamada.

Dado que quería pedirle un favor muy grande y no quería que pensase que se estaba aprovechando de su antigua amistad, empezó por un rodeo agradeciéndole su ofrecimiento de apoyo con lo de su marido. Tras el intercambio de amabilidades, Runa fue directa al grano.

—Tienes que averiguarme algo. Necesito información sobre dos personas de Oslo. Voy a mandarte la foto de un artículo de periódico que he encontrado. Te he marcado el nombre de las personas que me interesan.

—¿De qué trata el artículo?

—Un supuesto secuestro de un niño hace treinta años acontecido en un hospital de Oslo. Pero luego resultó que aparentemente había sido la madre, que le había hecho algo al niño. Un viejo amigo de mi suegro está entre los testigos y quería saber si también conocía a los otros dos declarantes.

—¿Solo te interesa la información de contacto de esa gente o quieres que escarbe un poco más por si surge algo turbio?

—Todo lo que encuentres bienvenido sea.

—Vale. A ver qué puedo hacer —le aseguró el antiguo colega.

—Ah, y otra cosita más —dijo Runa antes de colgar—. Esta conversación queda entre nosotros, ¿vale? Ni una sola palabra a nadie.

Acababa de colgar cuando un grito la dejó petrificada.

Runa salió corriendo hacia la habitación de Anabel. Al abrir la puerta de golpe vio a su hija sentada temblando en la cama y llorando.

—¿Qué ha pasado, cariño? ¿Has tenido una pesadilla?

La niña negó con la cabeza y de repente señaló furiosa con el dedo hacia la ventana.

—¡Papá! ¡Ahí!

DIECIOCHO

OSLO

A Smilla le llevó una eternidad convencer a la jueza de guardia para que le concediera acceso al historial médico de una paciente fallecida. Luego tuvo que esperar otras dos horas más a que la clínica en la que había estado ingresada Fenna Dahl le enviara por fax la documentación solicitada.

Ya se había hecho tarde y lo único que le apetecía a Smilla era comer algo y dormir, dormir y dormir, pero ese lujo no podía permitírselo. Así que se había preparado la décima taza de café e, ignorando el ardor de estómago, comenzó a estudiar el grueso expediente. Aparentemente Fenna Dahl sufría de un trastorno psíquico que se hacía notar mediante brotes regulares de agresividad. A lo largo de los años que había estado internada en la institución psiquiátrica había protagonizado varios de esos brotes reflejados en forma de ataques a médicos y cuidadores. Lo que a Smilla le llamó la atención fue que los brotes solían ocurrir tras haber recibido la visita del marido.

Según los informes, cuando el marido acudía a la clínica, exhibía una actitud juiciosa, cariñosa y de preocupación y cuidado. Sin embargo, los encuentros entre marido y mujer solían acabar en discusiones, siempre desencadenadas por Fenna.

Y según el médico que la trataba, el marido siempre acudía solo a esas visitas. El médico suponía que ese era el motivo de los ataques de ira de Fenna.

Smilla siguió hojeando los informes médicos.

A pesar de no tener hijos, a Smilla no le costó imaginarse cómo tuvo que sentirse Fenna en la clínica. Su hijo había desaparecido y, si Smilla aceptaba (al contrario que el entorno de Fenna) lo que la mujer había declarado, el estar recluida sin motivo alguno en aquella institución tuvo que desgarrarla por dentro porque, mientras tanto, el paradero de su hijo seguía siendo una incógnita. Todo el mundo culpaba a Fenna de la desaparición del niño, lo creían muerto, pero ella era la única que sabía qué había pasado realmente. Y si era cierto que alguien se había llevado al niño y que lo había retenido a lo largo de todos aquellos años, era de suponer que la persona que más sufría con ello era la madre sentenciada injustamente. A lo largo de aquellos años vivió y murió en la incertidumbre. A Smilla le resultó horrible imaginar una muerte en esas circunstancias.

Se le encogió el estómago al leer la lista de los tranquilizantes que Fenna tomaba a diario. Mantenían su mente en tinieblas, pero eso no evitaría que día tras día se viera expuesta a la impotencia y la desesperación.

Smilla no había llegado a conocer a Fenna Dahl, pero su destino la afectó sobremanera.

Al notar que se le estaban llenando los ojos de lágrimas, dejó la hoja para centrarse en lo que le quedaba por leer. Se recostó en la silla y se enfrascó en la vida de una mujer fallecida hacía mucho. De repente, titubeó y repasó desde el principio el párrafo que estaba leyendo.

Qué raro, pensó. ¿Por qué acudía el Dr. Helland a la institución psiquiátrica a visitar a una expaciente?

Según el informe, su interés se centraba única y exclusivamente en esa paciente. A Smilla no le cupo la menor duda de que detrás de esas visitas se escondía algo más.

Durante los quince años que Fenna estuvo ingresada en la clínica psiquiátrica, Dr. Helland la visitó en más de cinco ocasiones. Cuatro de esas visitas tuvieron lugar cuando él ya vivía en Trondheim. ¿A qué venía aquello? A Smilla solo se le ocurrió un motivo: la culpabilidad.

Había sido gracias a su testimonio sobre del estado mental de Fenna Dahl aquella noche aciaga que la mujer había acabado

internada.

Smilla inspiró hondo, sacó los apuntes sobre Mikael Helland y se puso a hojearlos. Según su expediente laboral que le había facilitado el hospital, poco después del incidente, Helland se había mudado con su familia a Trondheim cortando cualquier lazo existente con Oslo. Eso no tenía por qué significar nada, pero a Smilla le resultó llamativo lo rápido que había abandonado la ciudad tras aquel suceso.

Y, sin embargo, ¿luego regresaba cada x tiempo para visitar a esa paciente en particular?

Smilla resopló y negó con la cabeza.

No le quedaba otra que hablar con el esposo de Fenna. Sin más dilación, a la mañana siguiente. Lo anotó en un *post-it*, que pegó en el borde superior de la pantalla del ordenador. Tras echar un vistazo al reloj, cogió la americana que colgaba del respaldo de la silla y decidió que era hora de dar por finalizada la jornada laboral.

—Menudo careto de mierda. ¿Qué pasa? ¿Una mala noche? —Se interesó Noam lanzándole una sonrisa malvada.

—Imbécil —fue la respuesta de Smilla mientras trataba de contener un bostezo—. No he pegado ojo en toda la noche. No conseguí quitarme de la cabeza a la mujer que podría estar relacionada con nuestras muertes.

—¿Te importaría compartir conmigo a quién te refieres?

Smilla reflexionó por un momento y luego negó con la cabeza.

—De momento deja que siga yo sola esta pista. En caso de que sea un callejón sin salida, tú al menos no habrás malgastado tu tiempo.

Noam hizo una mueca de escepticismo, pero acabó asintiendo con la cabeza.

—Vale. ¿Qué toca hacer hoy?

—Antes de nada voy a ir a buscar al marido de esa mujer para hablar con él.

—¿Y por qué no hablas directamente con ella?

Smilla le lanzó una mirada irritada.

—¿Me ves cara de tonta? ¿No crees que, si fuera posible, lo haría? —Smilla puso los ojos en blanco—. Está muerta, joder.

Tan pronto hubo llegado a su despacho, introdujo el nombre de Vilhelm Dahl en el buscador, pero aparte de algunas entrevistas que le habían hecho con relación a su hijo desaparecido, no encontró nada.

Introdujo el nombre en el buscador interno de la policía, pero tampoco dio con nada.

Al final llegó a la conclusión de que necesitaba urgentemente un café y marcó el número de Sonde del departamento de investigación.

—Necesito todo lo que haya sobre Vilhelm Dahl, esposo de la difunta Fenna Dahl y padre del niño desaparecido, Ante.

Sondre soltó un ligero suspiro.

—Estoy hasta arriba, Smilla. No sé si...

—Por favor —insistió ella—. Si hay alguien capaz de encontrar algo, eres tú.

Otro suspiro más.

—Vale —accedió finalmente—. Me pongo con ello. Pero que sepas que me debes, como mínimo, una comida en el restaurante de jefatura.

A Smilla le entró un escalofrío al pensar en la comida grasienta y poco saludable que les servían a un módico precio, eso sí, en la planta baja. A sus compañeros más jóvenes les encantaba aquella bazofia, pero a ella le entraban arcadas solo de pensar en ello.

—Vale —dijo tras unos segundos de duda y de decidir que ella se conformaría con un café mientras Sondre se atiborrara de grasa—. ¿Cuándo crees que podrás darme algo?

Sondre soltó una carcajada.

—Si mis contactos ya están pegados a sus ordenadores como me imagino, diría que dentro de un par de horas a más tardar.

Pasaba del mediodía y Smilla seguía sin tener noticias de Sondre, así que fue a su despacho y llamó impaciente a la puerta. Él la miró con una sonrisa de oreja a oreja al ver la cabeza de Smilla asomar por la puerta.

—Hace mucho que han pasado esas dos horas —le recriminó.

Sondre se rio.

—Iba a llamarte, pero me dio una corazonada de que podía ahorrarme la llamada, y *voilà*, aquí estás.

Smilla entró y se sentó frente a él.

—Espero que tu buen humor se deba a que has encontrado a Vilhelm Dahl.

Sondre asintió con la cabeza y miró serio a Smilla.

—Sí, lo he encontrado, pero dudo que vaya a ayudarte.

Smilla suspiró.

—¿Qué le pasa?

—Pues que está muerto y bien muerto —soltó Sondre—. Víctima de un accidente hace unos cuantos años. Estaba borracho, se cayó en la calle y no lo encontraron hasta el día siguiente. Ya no había nada que hacer.

—¿El hombre murió congelado?

—Si tienes alcohol en la sangre, te congelas incluso antes.

Smilla asintió con la cabeza.

—¿Y cómo es que no lo encontró nadie y no lo metieron en un sitio caliente? Quiero decir, ¿cómo es posible que alguien muera congelado en mitad de Oslo, con la de gente que hay por las calles?

—Ocurrió en la zona portuaria. Recorrió los bares de allí y de camino a casa, borracho como una cuba, cogió la dirección equivocada. Cayó en una zanja. Se ve que esa noche nevó mucho y supongo que quien pasara y lo viera pensaría que era un sintecho. O puede que no lo viera nadie.

—¿Y cómo es que yo no encontré nada al respecto?

—Seguramente porque en su día se consideró una muerte accidental, que es lo que fue, un accidente desafortunado. Comprobé las actas de los compañeros que se encargaron del caso y todo cuadra. El dueño del último bar en el que estuvo Vilhelm le quitó las llaves del coche porque el hombre quería conducir. Luego

se ve que se ofreció otro de los del bar a llevarlo. El dueño observó por la ventana que Vilhelm se puso a vomitar y el buen samaritano cambió de idea a lo que Vilhelm arrancó solo.

Smilla soltó una maldición y miró furiosa a Sondre.

—¿Y para esto me has tenido esperando cuatro horas?

Sondre negó despacio con la cabeza.

—Para esto no. Mientras estaba con lo de Vilhelm me entró una llamada de un colega de Ålesund. Es un viejo amigo del colegio que me llama de vez en cuando, sobre todo cuando necesita de mis dotes para la investigación. Y ese amiguete tenía interés en dos personas concretas que caen dentro de nuestro ámbito de trabajo. Cosa que a su vez me pareció interesante a mí, porque podría interesarte sobre todo a ti.

—Déjate de retórica y dime de quiénes se trata.

—De una antigua enfermera y de un portero de la clínica de Ulleval. Mi colega quería que le facilitase todo lo que pudiese encontrar sobre dos personas mencionadas en un artículo de periódico de hacía treinta años. Trataba sobre la desaparición de un niño. Pensé que valía la pena investigar eso a fondo.

A Smilla se le aceleró el corazón.

—Pero isuéltalo ya, joder! —le espetó nerviosa a Sondre, harta ya de tanto secretismo.

—Que sepas que por esto me debes más que una comida —la advirtió y se recostó con sonrisa de sobrado—. A mi amigo se lo pidió una antigua compañera de trabajo cuyo marido, da la casualidad, lleva unos cuantos días en preventiva por haber matado supuestamente a sus padres y a su hermana y cuñado. Con un hacha, por cierto. La esposa del supuesto asesino está convencidísima de la inocencia de su marido, pero lo curioso es que él afirma haberlo hecho.

Smilla dejó que las palabras de Sondre calaran en ella. Luego soltó un silbido.

—Resumiendo: en Ålesund hay un tipo en la cárcel que masacró a su familia y que, además, admite haber sido él. Y resulta que casualmente la esposa de ese asesino está interesada en dos de nuestras víctimas.

—Lo has pillado. Y hay más. Esa mujer se llama Runa Soderberg. Su marido es Morten Soderberg y Theo Soderberg, padre de Morten, es a su vez el abogado que defendió a Mikael Helland en su día en dos casos por negligencia médica.

Smilla no daba crédito. Por primera vez tuvo la sensación de por fin poder resolver el caso. Y no sería por mérito propio.

Daba igual. Ahora no podía perder el tiempo con lamentos. Ahora lo que tenía que hacer era concentrarse. Tenía que hacer encajar los casos de Oslo con el caso de Soderberg en Ålesund. Cerró los ojos y obvió el parloteo de Sondre para repasar todo una vez más.

Una mujer con señales de maltrato repartidas por todo el cuerpo huye de su marido. Consigue llevarse a uno de sus hijos. Acude a un hospital, seguramente por la gravedad de sus lesiones, entrega a su hijo a una enfermera para que lo cuide mientras a ella la atiende el médico. Pero al salir de la consulta el pequeño no está y todo el mundo afirma que ha venido sola. El médico declara luego que la mujer suele acudir a él con heridas y hematomas, argumentando siempre que son resultado de una caída. Según él, nada que indique malos tratos dentro del matrimonio. El marido le da la vuelta a todo afirmando que es la esposa la que suele perder los estribos. La policía interroga al personal del hospital que declara que la mujer ha acudido sola, y confirman la declaración anterior. Con ello se va al garete la credibilidad de Fenna Dahl. Según el informe, Helland llega incluso a sugerir que la mujer pudo haberse autoinfligido las lesiones. A la policía solo le queda sumar dos más dos y la acusan de haber matado a su hijo para luego hacer desaparecer el cuerpo y la encierran, ya que no hay pruebas que respalden su presunción de inocencia ni cámaras que hayan grabado al pequeño Ante entrando a su lado en el hospital como tampoco testigos que se acuerden del niño. Pasaba de la medianoche y los allí presentes estaban ocupados con sus propios males como para fijarse en una mujer con un niño.

Pero ¿y si Fenna había dicho la verdad? ¿Y si Helland, el portero y Eyla habían mentido? ¿Y si todos estaban compinchados y estaban directamente relacionados con la desaparición de Ante Dahl?

Un escalofrío recorrió a Smilla.

¿Sería el hombre de Ålesund el niño secuestrado hacía treinta años, Ante? ¿Podría ser que hubiera descubierto de alguna manera que lo habían arrancado de su verdadera familia tres décadas atrás y que habían acusado falsamente a su verdadera madre?

Eso explicaría la muerte de los Soderberg.

—Hay que llamar a Ålesund para que nos manden una foto del hombre que tienen en preventiva.

Sondre asintió, cogió el móvil y marcó un número. Al tener a su colega al otro lado de la línea, le resumió en pocas palabras la situación y por qué lo llamaba. Colgó.

—Cuestión de minutos. —Sondre ladeó la cabeza y estudió a Smilla—. ¿Crees que Morten Soderberg es en realidad Ante Dahl?

Smilla asintió con la cabeza.

—Tuvo que descubrir lo que Helland y compañía le hicieron a su madre. Que pasó todos esos años encerrada en un manicomio a pesar de haber contado la verdad, de modo que mata a todos, incluyendo a esos que siempre creyó que eran sus padres.

Sondre asintió con la cabeza y suspiró.

—Tiene sentido.

Al poco rato sonó su móvil. Pasó el dedo por la pantalla y se la quedó mirando durante unos segundos. Luego le pasó el aparato a Smilla. Vio una foto de un joven rubio y muy guapo de unos treinta años. Parecía desesperado y desamparado, pero también había rabia en sus ojos. Smilla miró a Sondre.

—¿Tienes por ahí una foto del niño desaparecido?

—Había algo en la base de datos. Un momento. —Sondre se giró hacia su ordenador, tecleó durante un rato y luego giró la pantalla hacia Smilla. Era una foto antigua con una resolución pésima, como cabía esperar. Aun así reconoció al instante en Morten Soderberg la nariz del niño, la forma de los ojos y la boca.

—Necesitamos a un experto —dictaminó Smilla—. Alguien que pueda manipular la foto del niño para ver cómo sería de adulto. ¡Voy ahora mismo a encargarme de ello!

Sondre sonrió.

—Existe un *software* para eso. Basta con pasar la foto. Podrías ahorrarte al experto y tiempo.

Smilla se paró a pensar unos segundos, pero acabó negando con la cabeza.

—Esta vez quiero hacerlo bien. Llamemos a alguien que lo haga de manera oficial para que luego pueda presentarme ante el jefe y justificar mi siguiente paso.

—Vale —aceptó Sondre—. Pero que sepas que eso va a llevarte mucho más tiempo que mi propuesta.

—Sobreviviré, tranquilo —replicó Smilla. Ya en la puerta se le ocurrió algo—. ¡Y el otro hijo! —gritó histérica y siendo consciente de ello—. Joder, estaba tan obsesionada con las víctimas, Eyla Mortensen, Helland y el portero, que pasé por alto ese detalle tan importante.

Sondre miró a Smilla entendiendo a qué se refería.

—Es verdad. Los padres del niño han desaparecido, pero tenían dos hijos. La otra criatura tendrá que andar por algún sitio.

DIECINUEVE

ÅLESUND

Al ver a su hija con los bracitos extendidos hacia la ventana abierta, Runa se puso a temblar. Estaba completamente segura de haber cerrado la ventana tras dejar a Anabel en la cama.

¿O quizás no?

Llevaba días descentrada. A eso había que añadir los descubrimientos más recientes. ¿Le estarían jugando los nervios una mala pasada? Pero ¿cómo iba ella, una expolicía, cuya vida llevaba días patas arriba, haberse olvidado de cerrar la ventana de la habitación de su hija? Partiendo de la base, como partía, de que ahí fuera andaba un asesino suelto.

Porque eres humana, le susurró la voz en su cabeza. *Y los humanos cometen errores. Se olvidan de cosas. Y tú también.*

Runa luchó contra el pánico que amenazaba con apoderarse de ella, cogió a Anabel en brazos y le dio un beso en la mejilla.

—No pasa nada —le susurró tranquilizadora al oído, pero esta vez el tono suave de su voz no surgió efecto. Anabel lloraba y jadeaba. La niña la miraba con tanta tristeza que Runa se rompió en mil pedazos. Llevó a la niña a la sala de estar y se acomodó con ella en el sofá. Empezó a tararear la canción favorita de Anabel mientras la mecía suavemente. Y por fin, tras lo que le pareció una eternidad, logró sacarle una sonrisa tímida a su hija.

—Mi mami —susurró la niña y se apretó aún más contra la madre. Y aunque la situación pedía a gritos a seguir allí sentada con su hija en brazos, era consciente de que le quedaba algo por hacer.

—Sabes, hoy voy a dejar que seas una niña grande —dijo y la miró con ternura—. Los otros niños ya hace mucho que están durmiendo, pero contigo vamos a hacer una excepción y vas a poder ver los dibujos. ¿Qué te parece?

Anabel la miró a través de unos ojos muy abiertos.

—¡Peppa! —exigió emocionada y Runa no pudo evitar sonreír a pesar del susto que seguía metido en el cuerpo.

Cuando la pequeña quedó prendada de lo que acontecía en la pantalla del televisor, Runa la dejó allí tapada con dos mantas y tras echarle un último vistazo, volvió a la cocina, cogió el móvil y marcó el número de su madre.

—Tenéis que salir de ahí —le soltó sin más rodeos—. Lo mejor será que hagáis las maletas y os vayáis. Nos vemos dentro de media hora en mi casa.

—Pero... —empezó a decir su madre, pero Runa la interrumpió—. Confía en mí —la instó—. No os llamaría en mitad de la noche si no fuera extremadamente importante.

Cuando tuvo la impresión de que su madre hubo comprendido que el tiempo apremiaba, colgó para conectarse por el móvil a internet y buscar en la web del *Quality Hotel* el número de contacto. Respiró aliviada cuando una recepcionista amable le aseguró que no había problema en conseguir una habitación para esa misma noche. Le dio las gracias, y preparó un bolso para Anabel con algo de ropa y sus juguetes favoritos. Luego hizo café. A punto de tomar el primer trago, llamaron a la puerta.

Habían llegado sus padres. La miraban preocupados.

—Pero ¿qué pasa? —soltó su madre.

Runa les agradeció que se hubieran dado tanta prisa y consideró que les debía una explicación.

—He descubierto algo que vale la pena investigar más a fondo. Se trata del posible móvil de los asesinatos y la implicación de Morten en todo.

El padre la observó con la cabeza ladeada.

—Pareces cansada. ¿No crees que deberías dormir un poco? Necesitas descansar.

Runa tragó e hizo una mueca.

—Lo único que necesito ahora mismo es a mi marido a mi lado.

Sus padres intercambiaron una mirada y finalmente su padre asintió con la cabeza.

—¿Anabel está lista?

Runa sonrió aliviada.

—Gracias. Id al *Quality Hotel*. Está en el puerto. Os he cogido una habitación con vistas al fiordo. También cuentan con una zona de *spa* y un parque infantil. Disfrutad. Ya veréis, me reuniré con vosotros en un abrir y cerrar de ojos.

Su padre pasó a su lado para coger a Anabel cuando su madre la cogió del hombro y la miró muy seria.

—Eso que tienes pensado hacer... ¿es peligroso?

Runa se sobresaltó, pero no dijo nada. Ni se había planteado las consecuencias que tendrían sus pesquisas. Lo único importante era demostrar la inocencia de su marido. Quería volver a tenerlo a su lado, quería su antigua vida de vuelta. Ahora, al pararse a pensar, se dio cuenta de que le gustaba esa sensación de volver a hacer aquello para lo que había nacido. Era una policía en cuerpo y alma. Le encantaba seguir pistas, descubrir qué se escondía tras los casos más complicados. Dejó esos pensamientos a un lado y le mantuvo la mirada a su madre.

—Lo que hago, lo estoy haciendo por Morten, ¿vale? No se merece que lo consideren un monstruo, porque no lo es.

Por fin sola en la casa, sus pensamientos se independizaron.

¡La ventana!

Sin embargo, ahora que Anabel estaba a salvo, ya no tenía importancia.

Fue a la cocina, donde aún seguía su copa de vino medio llena. La apuró de un trago y la rellenó.

¡Piensa! le ordenó la voz de su cabeza. *Ahora repasa con calma todo aquello que crees saber.*

Tomó otro trago y notó el calor del alcohol y el susto de la hora pasada disipándose.

Ahora solo le quedaba la esperanza. La esperanza de que el viejo amigo de Matti fuera realmente tan bueno como decía y que

descubriese algo sobre las dos personas del artículo. ¿Y ella? ¿Qué más podía hacer ella?

Una cosa estaba clara: algo del pasado de Morten no encajaba. El certificado de nacimiento establecía que él era el hijo biológico, pero el análisis de ADN demostraba que o bien se trataba de una adopción oficial o de una falsificación. Sin embargo, en caso de ser la segunda opción, ¿tan fácil era falsificar un documento de ese tipo? Y sin ayuda de sus antiguos compañeros, ¿cómo iba a poder averiguar si Theo e Ida lo habían adoptado de manera legal?

Si siguiera en activo, descubrir eso no hubiera sido mayor problema, pero ahora sus posibilidades eran muy limitadas. Por otro lado, ¿no tendría que haber encontrado algo al respecto en casa de sus suegros?

Alguien no había jugado limpio, Runa estaba convencida de ello. Había tenido que ser una adopción ilegal porque, si no, Theo e Ida no se lo habrían ocultado a Morten. De modo que solo quedaba partir de la base de que el certificado era falso.

Pero a Runa le costaba creer que fuera tan fácil manipular un documento de esa índole.

Sin embargo, ¿qué otra explicación podía haber?

Theo había estado muy enfermo y su enfermedad había sido el desencadenante que hizo que Morten empezara a investigar. Seguramente al descubrirse que él no servía como donante. Su padre le habría venido con el cuento de que, cuando había conocido a su madre, ella ya tenía un hijo de otra relación anterior, pero eso no tenía sentido porque Runa recordaba que siempre habían presumido de haber sido el primer amor el uno del otro.

Morten también debió de acordarse de eso, por lo que desconfió aún más. Sabía que no había fotos suyas de bebé. Llegó a poner en duda que su madre fuera su madre biológica. De ahí la prueba de ADN y finalmente el resultado. El shock.

Descubrió que hacía muchos años, en Oslo, había habido un secuestro. Vio que el nombre del médico, un testigo importante en el caso coincidía con el nombre del amigo de su padre. La foto de la casa que a Runa no le decía nada, tenía que significar que había ido a Oslo a buscar a su verdadera familia.

¿La habría encontrado? La foto hacía suponer que sí, pero no probaba nada.

Si era cierto que Theo e Ida no eran sus padres, ¿quiénes eran? ¿Dos secuestradores de niños?

¿Y por qué iba a ayudarles un amigo de Theo en un asunto tan horroroso? Aunque era un hecho irrefutable que el niño había desaparecido precisamente en el hospital donde trabajaba ese amigo.

¿Por qué iban Theo e Ida a criar el hijo de otra mujer? ¿No podían tener hijos? Sí, porque Jenna era su hija biológica. Eso lo atestiguaba una foto sacada a los pocos minutos de nacer la niña. Tal vez los médicos le hubieran dicho a Ida que no podía quedarse embarazada y al final sí había podido ser. Eso ocurría más a menudo de lo que se pensaba.

Runa recordó una imagen de Ida. Estaba en el jardín rodeada de sus rosales. Era el lugar favorito de su suegra. Cuando Theo al cortar el césped se acercaba demasiado a los rosales, ella solía ponerse furiosa.

¿De verdad había existido un niño llamado Morten? ¿Le habría ocurrido algo y por eso...?

Runa negó con la cabeza. ¿Quién iba a hacer algo tan horrible como intercambiar un niño por otro?

De repente recordó otra cosa más. Cogió el montón de papeles de la caja de seguridad y buscó el informe sobre el secuestro. Encontró a la primera lo que buscaba.

Según el informe, Ante no era el único hijo de la pareja de Oslo. Había dos.

Runa tragó.

Tenía que hablar con Morten.

Ya.

Pensó en Anabel.

En cómo había señalado antes muy nerviosa hacia la ventana.

Ya solo por eso tenía que intentar hablar con él, aunque solo fuera un minuto.

Cogió el móvil y, obviando la hora tardía, marcó el número de Lene.

Le sorprendió que descolgara tan rápido. Cogió aire y dijo sin más preámbulos:

—Es por Morten. Quiero saber si está bien. Y si puedo hablar con él. Brevemente. Porque sigue con vosotros, ¿no?

—Pero ¿tú eres consciente de la hora que es? —la amonestó Lene—. A estas horas y en circunstancias normales yo estaría durmiendo.

—Pero estás despierta. Y hasta me parece que sigues en tu despacho —se defendió Runa—. Por favor, Lene. Es muy importante, en serio.

La amiga suspiró.

—A estas horas es imposible que se ponga al teléfono, pero, si para ti es tan importante, me acerco y miro si está durmiendo.

Durante la espera Runa se tomó otra copa de vino y notó que con tanto alcohol ya se le iba nublando la vista. Lo más sensato sería meterse en cama ya y descansar para mañana estar con las pilas cargadas. A saber lo que traería consigo el nuevo día. Además, tampoco convenía abusar mucho más tiempo de la generosidad de sus padres.

El sonido del móvil hizo que el corazón se saltara un latido.

—Se ve que está igual que tú. —Lene fue directa al grano—. Pero aparte del insomnio está bien. Parece que hoy incluso ha cenado algo.

—O sea, sigue ahí.

—¿Cómo dices? ¿Has bebido? —quiso saber Lene.

—Un par de copas de vino —contestó Runa.

—Ya veo. —Lene estaba preocupada—. ¿De verdad que va todo bien? Si quieres, me paso por tu casa.

De repente a Runa todo le daba vueltas y hasta tuvo náuseas.

—Me voy para cama —prometió arrastrando las palabras.

—Mañana podrás hablar con él —la informó Lene y carraspeó—. Y tráeme, por favor, los datos de vuestro abogado. Se te ha olvidado

pasármelos. Morten no quiere asistencia jurídica y yo os desaconsejo encarecidamente que no os quedéis con un abogado de oficio.

—Yo me ocupo —le aseguró Runa y dio la llamada por finalizada. Con las pocas fuerzas que le quedaban se arrastró hasta el dormitorio, se quitó la ropa y ni se molestó en poner un camisón o un pijama. Tan solo se dejó caer en la cama. Acto seguido estaba profundamente dormida.

Su aroma le nubló los sentidos. Abrió los ojos, vio el rostro de su marido y se perdió en sus rasgos suaves. Alargó los brazos, lo agarró por los hombros desnudos y lo atrajo hacia ella. Al notar su peso sobre su cuerpo, suspiró. Inhaló el olor a almizcle, apretó la cara contra el hueco entre el cuello y el hombro y de repente fue como estar flotando.

Era consciente de que estaba soñando. Sabía que Morten no estaba allí, pero en aquel preciso instante de duermevela su presencia le pareció completamente real.

Su boca buscó la de él. La encontró y le mordió el labio inferior. Él pasó su lengua sobre los labios de ella para abrirse camino hacia su boca. Ella, encantada, le acariciaba con ambas manos el pecho, los hombros, la espalda. Disfrutó de la mano de él descendiendo lentamente hacia su bajo vientre. Notó sus dedos dentro de ella. Abrió los muslos algo más y gimió cuando la penetró con fuerza.

Los movimientos de ambos se fundieron hasta que ambos terminaron exhaustos, sudados y jadeando.

"Tu marido es muy afortunado", le susurró Morten al oído antes de separarse de ella y levantarse. Ella quiso protestar, pedirle que volviera a la cama, pero fue como si una manta de plomo hubiera caído sobre ella. Alcanzó a verlo salir de la habitación antes de que se le volvieran a cerrar los ojos.

Duerme, pensó mientras se dejaba arrastrar a la oscuridad.

Duerme. Puede que vuelva.

VEINTE

ÅLESUND

El sol la despertó e intensificó los martillazos en su cabeza. Le dolía cada músculo de su cuerpo, aparte de la cabeza que parecía a punto de estallar. Se incorporó y gimió bajo los efectos de una oleada de náuseas. Consiguió por fin apartar las mantas y salir de cama. De camino al baño creyó que se desplomaría, tan miserablemente mal se sentía.

Abrió el grifo y, tras beber unos tragos de agua, se lavó la cara con abundante agua fría.

Y entonces lo notó.

La humedad entre sus piernas, algo pegajoso en sus muslos.

Se alarmó. Miró y pasó el dedo índice por la parte interior del muslo. Tenía una especie de costra. Hizo una mueca.

¿Qué demonios era eso?

Abrió la tapa del inodoro, se sentó y por un momento dudó. Luego cogió un poco de papel higiénico y lo pasó por sus partes íntimas a la vez que se le aceleraba el corazón. Se quedó mirando sin dar crédito aquel grumo de color blanco parduzco. El pánico empezó a apoderarse de ella.

Recordó el sueño.

¡Morten!

Pero ¿cómo iba a ser posible?

La propia Lene le había asegurado que todo iba bien y que estaba a salvo en su celda. Runa volvió a tener náuseas. Se levantó de golpe y, a pesar de estar desnuda, corrió a la cocina y metió el

trozo de papel con aquella sustancia grumosa en una bolsa de congelador. A continuación volvió corriendo al dormitorio, se puso la ropa del día anterior y salió de casa.

Cuando en el ascensor de jefatura se vio en los espejos de la cabina, se asustó. Ni se había lavado los dientes ni duchado y seguramente apestaría a alcohol a metros de distancia.

Da igual, se dijo. Aquello era más importante.

Al salir del ascensor y dirigirse hacia el laboratorio de la Científica le dio un mareo. Se tambaleó y cogió aire.

Al menos podrías haberte tomado un café, le pasó por la cabeza, pero ahora ya era tarde para eso. Llamó a la puerta con la esperanza de encontrar a Ana. Ojalá estuviera de servicio. Entró conteniendo el aire de manera instintiva. Al ver la cara de su amiga, se le inundaron los ojos de lágrimas.

—¿Tienes un momento, por favor? —preguntó conteniendo las lágrimas y tratando de sonreírle a Ana.

Ana dejó lo que tenía entre manos y se apresuró a ir hacia ella a abrazarla. Ana era bastante más mayor que Runa, pero eso no había impedido que se hubieran hecho muy buenas amigas en su etapa anterior. Runa sintió remordimientos porque hacía mucho tiempo que no hablaba con ella y ahora se presentaba allí sin más, pero Ana la tranquilizó.

—He oído lo que ha pasado. ¿Cómo puedo ayudarte?

Runa dudó por un instante. Luego sacó la bolsa de plástico del bolso y se la entregó a Ana.

—En este trozo de papel higiénico hay una sustancia de color claro. Necesito saber cuanto antes si se trata de... —Runa dejó la frase a medio terminar al ver el asombro reflejado en la cara de su amiga—. Es muy urgente, Ana. En serio. No sé a quién más pedirselo.

—¿Quieres saber si es esperma?

Runa asintió con la cabeza.

Y aunque Ana parecía tener muchas preguntas que hacer, cogió la bolsa y sonrió.

—Necesito unos minutos. ¿Qué te parece si mientras tanto vas a tomar un café? Me da que necesitas uno urgentemente.

Tras tomar los primeros sorbos de café sacado de la máquina del pasillo, Runa se encaminó hacia el despacho de Lene. A punto de llamar a la puerta, le sonó el móvil. Lo cogió y comprobó la pantalla. Era Ana y parecía muy nerviosa.

—¿De quién es la muestra, Runa? —quiso saber.

Esta reflexionó y su respuesta fue:

—No puedo decírtelo.

Ana suspiró.

—Vale. Es esperma, sin lugar a dudas. Si quieres, puedo pasar la muestra por nuestra base de datos para ver si hay alguna coincidencia.

Runa carraspeó.

—Sé de quién es —se oyó decir con voz temblorosa—. ¿Me prometes no comentar nada de momento?

—¿Es por lo de tu marido y lo que le ha pasado?

Sabía que podía fiarse de Ana.

—Sí. Morten es inocente y ahí tienes la prueba.

Le dio las gracias a Ana, llamó a la puerta de Lene y entró. La compañera alzó la cabeza y le dedicó una sonrisa.

—Me alegro de que hayas podido venir. —Luego ladeó la cabeza y opinó—. Tienes un aspecto horrible, Runa, y he de confesar que estás empezando a preocuparme.

Runa hizo un gesto para restarle importancia, sacó la billetera del bolso y buscó la tarjeta de visita de un abogado.

—Dásela a Morten, por favor. Tiene que llamar a este hombre hoy mismo.

Lene suspiró.

—Está empeñado en que no, por eso esperaba que tú pudieras convencerlo. No entiende que un abogado de oficio más que ayudar va a complicarlo todo todavía más.

Runa asintió con la cabeza.

—¿Podré ir a verlo luego?

Lene la observó.

—¿Qué pasa, Runa? Es evidente que te preocupa algo.

Runa titubeó y a punto de contarle a Lene lo acontecido y decirle que sabía quién se escondía tras los asesinatos, le vibró el móvil. Consultó la pantalla y vio que un número desconocido le había mandado un mensaje. Un escalofrío le recorrió la espalda.

El mensaje contenía un archivo. Lo abrió. Era una foto del hotel en el que estaban alojados sus padres y Anabel. Otra vibración más. Otra foto. Esta vez mostraba a Anabel jugando en la arena en el parque del hotel.

Otro escalofrío y otro mensaje. Esta vez no fue una foto sino un mensaje de texto:

«*Ni una palabra a la policía o imorirán todos!*»

—¿Va todo bien? —La voz de Lene llegó a su subconsciente—. ¿Acabas de ver un fantasma?

Haciendo caso omiso de la amiga, Runa introdujo tres palabras como respuesta y pulsó «Enviar».

«*¿Qué debo hacer?*»

Miró la respuesta.

«*Volver a tu casa. Sola.*»

—¿Runa? ¡Me estás asustando!

Runa apartó la mirada del móvil y adoptó una expresión facial neutra.

—Dale la tarjeta a Morten. Dile que me pasaré luego. Tengo que ir a ver a Anabel. Se ha hecho daño en el parque. Una herida en la rodilla. Mi madre no consigue calmarla.

En el coche mandó una oración al cielo agradeciendo que se le hubiera ocurrido una excusa tan creíble. Los pensamientos le iban a mil por hora.

Así que tenía razón: detrás de todo aquello no se escondía Morten sino alguien de su pasado.

Runa ya no albergaba duda alguna de que Morten era Ante y que alguien de su familia biológica había cometido todos aquellos asesinatos. Seguramente un hermano, tal vez incluso un gemelo si partía de la base de que el sueño de anoche no había sido un sueño. Aceleró para llegar cuanto antes al centro de la ciudad.

El móvil volvió a vibrar. Un vistazo a la pantalla iluminada le indicó que era Matti. Aceptó la llamada por el manos libres.

—¿Has averiguado algo? —preguntó jadeando.

—Vaya si lo he hecho. Voy a mandarte todo por correo electrónico, ¿vale?

—¿Tienes sus direcciones? Tengo que preguntarles algo muy importante.

—Lo siento. —Matti sonó apesadumbrado—. La mujer se llamaba Eyla y la mataron en 2017. El portero también ha muerto.

VEINTIUNO

ÅLESUND

El coche derrapó cuando frenó en seco tras la velocidad a la que había subido el camino de entrada a su casa. Tiró del freno de mano y salió corriendo hacia la casa. Con dedos temblorosos abrió la puerta, entró, cerró de un portazo y se dirigió a inspeccionar cada una de las estancias, aunque sopesó si coger antes un cuchillo en la cocina. Sin embargo, pensó que, como expolicía que era, todavía guardaba algunos ases en la manga con los que defenderse de un agresor, incluso con los que noquearlo. De modo que entró decidida en la cocina, la sala de estar, el comedor y el sótano. Luego subió al primer piso e inspeccionó el despacho de su marido, en el dormitorio miró incluso debajo de la cama y en los armarios, pero aparte de ella no parecía haber nadie más en la casa. Por último entró en la habitación de Anabel y lo primero que notó fue una corriente de aire. Un golpe fuerte en la espalda la hizo estrellarse, con la cabeza por delante, contra el marco de la puerta. Oyó un crujido detrás de ella y acto seguido notó cómo le cubrían la cabeza con un saco de plástico y lo ataban a la altura del cuello.

Llevada por el pánico trató de propinar golpes, de chillar y romper el plástico con los dientes, pero la escasez de oxígeno le turbaba los sentidos y le sustraía todas las reservas de fuerza. Las piernas le fallaron y cayó contra algo resistente: el cuerpo entrenado y duro como el acero de un hombre que la presionó contra el suelo.

Una vez hubo reconocido su derrota, se rindió. Se dejó caer. Aspiró el último retazo de oxígeno que quedaba en la bolsa y se

desmayó.

—¡Cabron! —logró articular antes de que todo se volviera oscuridad. Lo último que oyó fue una risa sarcástica.

¡Sed!

El deseo de un poco de agua para aliviar la garganta seca se impuso a todo lo demás. Luego notó que alguien le acercaba un vaso a los labios y un líquido frío bajándole la barbilla y mojándole la camiseta. Ansiosa abrió la boca para que el agua llegase a las mucosas secas, pero se atragantó y tosió.

—Ya sabía yo que sobrevivirías. —La voz le resultó muy familiar. Aunque, a pesar de ello, la frialdad y maldad de fondo le eran completamente desconocidas. Abrió los ojos y se encontró con el rostro del hombre que tan bien conocía, pero fue como verlo por primera vez.

¡Morten! fue lo primero que le vino a la cabeza, pero sus rizos rubios no estaban alisados, sino que salían disparados en todas las direcciones. Además, el hermano de Morten tenía otro estilo a la hora de vestir, lo que le confería una apariencia más juvenil y desenfadada.

—¿Qué quiere? —consiguió por fin articular Runa.

—¿Me tratas de usted? —Aquel tipo le dedicó una media sonrisa—. Y yo que pensaba que después de lo de anoche ya nos tuteábamos, cuñadita.

Runa tragó la bilis que le había subido a la boca.

—¿Tan mal estuve? —bromeó el hombre y se acucilló delante de ella—. Pues estaba convencido de que te había gustado. —Soltó una carcajada al ver que ella apartaba avergonzada los ojos—. No tienes por qué avergonzarte. —La voz era fría y cortante como el hielo—. Si todo queda en familia.

Runa tragó. Se obligó a mantener los ojos abiertos y a sostenerle la mirada a aquel monstruo. Sopesó la idea de saltarle encima y

tirlo al suelo, pero se dio cuenta de que tenía las piernas atadas. Emitió un gruñido de frustración.

—¿Qué quieres? —dijo por fin—. ¿Vas a matarme como hiciste con Jenna y sus padres?

El hombre ladeó la cabeza y sonrió.

—Para ser sincero, hasta anoche ni yo mismo sabía qué estaba haciendo. Cargaba con mucho odio en mi interior. Incluso tras acabar con todos los que le habían hecho tanto daño a mi madre no me sentí mejor. Quería que mi hermano pasara por lo mismo que ellos hasta que me di cuenta de que tarde o temprano alguien descubriría mi existencia. De modo que se me ha ocurrido hacer lo mismo que hicieron los que lo criaron. Voy a arrebatarle todo hasta que ya no le quede nada. Eso incluye a su esposa y a su hija.

—Por favor —rogó Runa—. No le hagas nada a Anabel. Te juro que no le hablaré a nadie de ti. Nadie va a enterarse jamás.

Él suspiró e hizo un gesto de negación y lamento.

—Por cierto, ¿qué has hecho para descubrir antes que los maderos quién era el verdadero autor de los asesinatos?

—Morten tiene una caja de seguridad —le reveló—. Guardó en ella todo lo que encontró mientras buscaba sus raíces.

El hombre se rio.

—Vaya, eso no me lo contó. Se ve que no le importas tanto como creías. Le prometí que si colaboraba y decía que había sido él quien había matado a esos cabrones, os dejaría en paz a ti y a la niña. Y aun sabiendo que podrías descubrirme gracias al contenido de la caja de seguridad, el tío decidió correr el riesgo.

Runa negó con la cabeza.

—¡No me dijo ni una sola palabra! Lo descubrí yo sola. ¡No podía quedarme de brazos cruzados! No es culpa de Morten.

—No se llama Morten —gruñó el hombre—. Tu marido se llama Ante. Ante Dahl. Hijo de Fenna y Vilhelm Dahl. —Se levantó e hizo una reverencia teatral—. Y soy Anouk. Su hermano gemelo, justo cuatro minutos y medio menor que tu marido. —Suspiró—. A lo largo de todos esos años no la creí —susurró y de repente tenía el mismo aspecto desamparado que Morten en su celda—. Ella juraba y

perjuraba que jamás le habría podido hacer daño a ninguno de sus dos tesoros, pero yo no la creí.

Runa vio que el hombre estaba a punto de llorar y de repente sintió lástima por él y asco de Theo e Ida.

—¿Sabes por qué lo hicieron? —preguntó él de pronto.

En un acto reflejo Runa contuvo la respiración y no dijo nada.

—Porque el verdadero Morten murió por culpa de un descuido de su madre. La mujer era una borracha, bebía porque se daba pena a sí misma. Su marido solo pensaba en su carrera de abogado y pasaba de ella. Un día, estando ella borracha como una cuba, el pequeño Morten trepó por los barrotes de la cuna y se partió la nuca. Y mientras, su madre en coma etílico.

A Runa le recorrió un escalofrío por la espalda al darse cuenta del significado de aquellas palabras.

—¿Secuestraron a tu hermano porque habían perdido a su propio hijo?

Él se encogió de hombros.

—Al menos eso es lo que me dijo Ida poco antes de dejarnos. Encontró a Morten tirado muerto en su habitación. Histérica llamó a su marido por teléfono y este avisó a su colega en Oslo. Como el bueno de Theo temió que su carrera se fuera a la mierda si empezaba a circular por ahí el rumor de que la borracha de su mujer había, como quien dice, matado al propio hijo, se le ocurrió la idea de echar tierra sobre el asunto y sanseacabó.

—Pero Ida... —balbuceó Runa—. ¿Cómo pudo permitir que su marido y el amigo de este secuestraran el hijo de una desconocida? ¿Cómo pudo un médico prestarse a hacer algo así?

—Helland estaba en deuda con Theo —explicó Anouk—. Poco antes de morir me confesó que no veía a mi madre capaz de criar a un hijo. Sabía que nuestro padre la maltrataba con regularidad a ella y también a nosotros. Helland la menospreciaba por eso, por no defenderse, por no defender a sus hijos. —Al hombre se le escapó un sollozo—. Y puede que estuviese en lo cierto. La primera y última vez que fui a visitar a mi madre a la clínica, quise que me dijera la verdad. Tenía que saber si era verdad que había matado a Ante. — Se detuvo e inspiró hondo. Fue como si toda la maldad hubiera

desaparecido y solo quedaran dolor y desesperación—. Me miró a los ojos y me juró que no le había hecho nada a mi hermano, pero que sí era culpable de una cosa: de ser una cobarde, de no haberle hecho frente antes al monstruo que la golpeaba no solo a ella sino también a sus bebés. Se culpaba por no haberlo hecho la primera vez que le puso la mano encima.

—Y aun así no la creíste.

Él negó con la cabeza.

—Sabía que a mi padre le encantaba dar palizas, pero lo del secuestro de Ante no se lo compré. Durante todo aquel tiempo la gente la había llamado loca. Al final acabé creyendo que efectivamente lo estaba. Ella murió sabiendo que todos, incluido yo, la teníamos por la demente que había matado a su propio hijo.

—¿Y cómo descubriste la verdad?

—Por el propio Ante. Theo enfermó de cáncer. Necesitaba un trasplante de médula, pero se negó a que su hijo se hiciera las pruebas de compatibilidad. Prefería la muerte. Eso debió de dar que desconfiar a su hijo. Y estaba lo de las fotos, que no hubiera ni una sola suya de bebé, ni que sus padres pudieran darle una explicación plausible para ello. La excusa que le daban era que las fotos se habían perdido durante la mudanza, pero eso a él no le convencía.

»Así que, con tanta sospecha en mente, decidió buscar respuestas por su cuenta. Consiguió cabello de los dos, buscó por internet un laboratorio en el que hacer la prueba de manera legal y que le diera los resultados por escrito.

—¿Y entonces empezó a buscar a su familia de verdad y dio contigo?

El otro asintió con la cabeza.

—Descubrió que su historia con los Soderberg comenzó cuando él tenía dos años. Pensaría que ahí había gato encerrado. Repasó todas las denuncias de desapariciones de bebés de hasta dos años de edad y dio con un niño de Oslo que supuestamente había desaparecido en un hospital.

—¿Llegó a conocer a su madre biológica?

—Llamó varias veces a la clínica. Quería hablar con una tal Fenna Dahl. Parece que no quiso aceptar que se hubiera quitado la vida.

Uno de los cuidadores llamó a mi padre para contarle que un joven había pedido información sobre su difunta esposa, que quería saber qué tipo de persona era ella. Yo oí sin querer esa conversación y fui testigo del ataque de nervios que le dio a mi padre cuando se dio cuenta de que mi madre efectivamente no había tenido nada que ver con la desaparición de Ante. Esa noche se emborrachó como nunca y murió congelado tirado en la nieve.

Runa tragó.

—Lamento que hayas perdido de manera tan cruel a tus padres.

Él la miró e hizo una mueca.

—Llamé al cuidador para preguntar si el joven había dejado algún número de contacto, pero solo pude averiguar que había llamado desde Ålesund y que se había negado a dar su nombre. Poco después empezaron las llamadas.

Runa lo miró confusa.

—Mi padre estaba muerto y yo era mayor de edad. Los buitres de las inmobiliarias no hacían más que llamarme para saber si quería vender la chabola. Algunos llamaban, pero no decían nada. Supuse que era una táctica de intimidación, hasta que me di cuenta de que podía ser Ante, que me había encontrado.

—¿Os visteis?

Miró a Runa e hizo un gesto de asco.

—El imbécil no se atrevió. Se pasó días vigilándome desde el coche. Debió de pensar que no me daba cuenta. Al principio creí que estaba demasiado asustado como para hablarme y emprender algo juntos en contra de los monstruos que se habían cargado a nuestros padres, pero cuando un año más tarde seguía sin contactar conmigo y que seguía viviendo con esos cabrones de mierda, juré que me vengaría. Me vengaría de todo aquel que había estado implicado, incluido él, el traidor.

—¿Cómo supiste que el médico estaba implicado?

—De mi padre. Me contó que había ido a visitar a mi madre un montón de veces a la clínica. Ese miserable debió de creer que así tranquilizaría su conciencia.

—¿Y fue él quien te dijo que también estaban metidos en el ajo la enfermera y el portero?

Anouk se rio.

—Helland ni los mencionó. Eso se lo llevó a la tumba. Lo único que me confesó fue que consideraba que mi madre no estaba capacitada y que por eso él había hecho lo correcto. Pero yo conocía su verdad, sabía que no había tenido otra alternativa más que ayudar al abogado a encubrir la muerte del verdadero Morten Soderberg. Pero, a ver, blanco y en botella. Me ocupé de la mentirosa de la enfermera y del portero y digamos que les saqué la verdad a base de cosquillas.

—¿Por qué Jenna? —quiso saber Runa aunque pudo imaginar la razón.

—Mi hermano tiene que entender qué se siente al perderlo todo y a todas las personas que quieres, incluso al perder la fe en la justicia.

—¿Y por eso quieres matarme a mí también? —Runa lanzó una mirada al hacha que estaba al lado del hombre y no pudo evitar temblar de miedo. Él siguió su mirada y suspiró.

—No es nada personal, pero cuando dejen libre a Morten y piense que todo va bien porque no ha soltado prenda, quiero que se dé cuenta de que nada volverá a estar bien nunca más. ¿No crees que se merece lo que le espera?

—La primera vez que decidió callarse con respecto a Theo e Ida tomó la decisión equivocada, lo admito, pero ahora eres tú quien no le está dejando otra opción.

—Siempre hay alternativas —sentenció el hombre y se levantó—. Yo ya tengo clara la mía. —Cogió el hacha y se acercó a ella.

—Por favor, no le hagas nada a mi hija —suplicó ella una última vez, pero los ojos de él le dejaron bien claro que implorar no serviría de nada.

¡Grita!

¡Haz algo!

¡Lo que sea!

El poderío de la voz en su cabeza eclipsó todo su ser. Abrió la boca para gritar por su vida, para imponerse a aquel loco, a pesar de lo inútil del intento. Entonces se percató de una corriente de aire.

De manera instintiva se deslizó hacia un lado y notó un dolor tan agudo y fuerte en el hombro derecho que la dejó sin aire. Emitió un chillido de dolor y se sobresaltó al notar un líquido caliente y pegajoso bajo su cuerpo. Dejó arrastrarse al abismo.

—Lo... siento tanto, peque —susurró tirando de las pocas fuerzas que le quedaban. Y entonces estalló el caos.

EPÍLOGO

PRIMERA PARTE

CUATRO SEMANAS DESPUÉS...

Runa llamó a la puerta del despacho de Lene y asomó la cabeza.

—¿Se puede?

La amiga soltó un grito de alegría, se levantó, fue corriendo hacia ella y le dio un abrazo muy fuerte.

Runa emitió un gemido de dolor a lo que Lene la soltó de inmediato.

—¡Lo siento! —Se fijó en el hombro vendado de su amiga e hizo una mueca—. Espero que seas consciente de la gran suerte que has tenido.

Runa asintió con la cabeza.

—Me cortó unos cuantos músculos, tendones y ligamentos. Incluso llegó a rascar algo el hueso, pero nada que no tenga solución.

Lene la miró.

—¿Te duele mucho?

—Las dos primeras semanas, sí. Tanto que tuvieron que inducirme un coma. Pero ahora lo llevo bastante bien.

—¿Qué tal están Anabel y tu marido?

A Runa le llamó la atención que la gente de su entorno evitaba llamar a su marido por su nombre porque resultaba raro que Morten Soderberg fuera de repente Ante Dahl. Ella misma seguía llamándolo a veces Morten, a pesar de que, cuando lo hacía, él se sobresaltaba

y lloraba. Runa se había prometido tener más cuidado y llamarlo por su verdadero nombre. A más tardar lo haría cuando hubieran cambiado su nombre en toda la documentación legal y oficial.

Ante le había contado que había sido muy complicado convencer a los diferentes organismos de quién era él en realidad, pero una vez la policía hubo desenterrado en el jardín de los rosales lo poco que quedaba del verdadero Morten, tuvieron que acceder a su petición de cambio de nombre.

Ante decidió enterrar los restos de Morten junto a los de Ida y Theo y le había pedido a Runa su opinión al respecto. Ella le había respondido que seguramente era lo que ellos hubieran deseado y por primera vez en mucho tiempo lo vio sonreír de nuevo.

Todo aquello le había afectado mucho a Ante, sobre todo el hecho de casi haber perdido tanto a su mujer como a su hija, si no hubiera sido por una policía resoluta de Oslo que les había indicado a los compañeros de Ålesund, justo a tiempo, la pista sobre el verdadero asesino.

Lene le había contado que había sido una cuestión de segundos. El compañero de Oslo llamando a Matti del departamento de investigaciones; la conversación telefónica subsiguiente de este con una Runa aterrada. Matti le contó a Lene todo lo que había averiguado ese tal Sondre de Oslo. Tras lo cual Lene había mandado de inmediato alguien a la casa de Runa. La policía había llegado justo a tiempo para impedir que Anouk le asestara un segundo golpe. Sin dudarlo ni un solo segundo, lo habían abatido a tiros.

Lene no solo le había salvado la vida a Runa sino también a Anabel y a los abuelos.

De solo pensar que había estado a punto de perder a su mayor tesoro se le revolvían las tripas.

Lene se percató de que algo le estaba pasando y la hizo sentarse en una silla.

—Tu marido me ha contado casi todo —le dijo—, pero, aun así, me gustaría conocer algunos detalles más. —Miró a Runa y sonrió—. Me gustaría saber sobre todo cómo accediste al contenido de la caja de seguridad que había alquilado tu marido.

Runa bajó la mirada y suspiró. Al volver a alzar los ojos, sonrió y encogió el hombro sano.

—Sin comentarios.

—Entiendo —aceptó Lene y le guiñó un ojo—. Ese asunto queda entre nosotras si me prometes que te plantearás seriamente volver al cuerpo.

Runa abrió los ojos como platos.

—Podré darme con un canto en los dientes si algún día llego a poder limpiarme el culo con la mano derecha, ¿y vas tú y me pides que vuelva a trabajar de policía?

Lene negó con la cabeza y le indicó que mirara la puerta. Runa se giró y vio a su marido allí de pie mirándola con mucho amor en los ojos.

—Soy yo el que quiere que vuelvas porque es lo que eres y porque es lo que tanto amo de ti y porque gracias a eso he recuperado mi vida.

Runa estaba confundida.

—Pero ¿no fue la compañera de Oslo la que resolvió el caso?

Lene se rio.

—Fue el trabajo en equipo. Ella lo tenía casi resuelto, pero le faltaba una última pieza. Y cuando le pediste ayuda a Matti y este se la pidió a su amigo en Oslo, la mujer dio con la solución del enigma.

Runa resopló.

—¿No resulta casi un milagro lo bien que encaja todo en el momento adecuado?

—¿Eso significa que vas a volver?

Runa estudió a Lene con el ceño fruncido y luego se giró hacia Ante.

—¿Acaso tengo alguna otra opción?

EPÍLOGO

SEGUNDA PARTE

OSLO, DICIEMBRE 2019

Runa agarró la mano de Ante y la apretó con suavidad.

—¿Estás seguro de esto?

Él asintió con la cabeza.

—Murió por mi culpa, por todos aquellos años de ignorancia, por no saber si yo seguía vivo o no.

—Creo que lo sabía —opinó Runa—. Una madre sabe si su hijo sigue por estos mundos.

—¿Lo crees en serio?

—Estoy convencida.

—Entonces ¿por qué se suicidó?

—Tal vez no soportara más que nadie la creyera y ser ella contra el resto del mundo.

La expresión de Ante se endureció.

—No sé si podré perdonárselo alguna vez.

Runa asintió con la cabeza.

Habían acudido juntos al entierro de Theo e Ida, pero Ante no había derramado ni una sola lágrima.

—Lo harás. Algún día.

Él suspiró.

—Puede que tengas razón. Al fin y al cabo, fueron padres muy buenos. Supongo que fue su manera de intentar redimirse de su culpa.

Runa asintió de nuevo y emitió un pequeño quejido.

Él la miró primero a los ojos y luego a su tripa abultada.

—¿Vuelve a dolerte la espalda? Creo que no ha sido buena idea combinar la visita al cementerio con una visita a Smilla Lund.

—Está bien. Al fin y al cabo, Anabel y yo le debemos la vida a esa mujer. Tenía que agradecerse en persona. Además, quedaban por aclarar las últimas dudas.

Ante la miró escéptico.

—En serio, estoy bien. El bebé acaba de propinarme otra patada a la vejiga y estoy pensando dónde poder ir cuando ya no aguante más.

Ante esbozó media sonrisa. Y precisamente esa sonrisa era la que desconcertaba a Runa. No sabía si el hijo que estaba esperando era de su marido, con quien había tenido relaciones poco antes de ser encarcelado, o de su hermano, que la había violado mientras ella estaba durmiendo.

Ese detalle seguía siendo un constante quebradero de cabeza. ¿En realidad había sido una violación? Él no la había obligado a nada, había sido ella la que lo había atraído hacia ella para hacer el amor con él.

Porque pensabas que estabas soñando con tu marido, le recordó la voz en su cabeza y al instante se sintió mejor. Aún no había sido capaz de contarle a Ante lo ocurrido aquella noche. De hecho, no sabía si se lo contaría alguna vez. Por otro lado, ¿sería capaz de callárselo? ¿Sería capaz de engañarlo haciendo pasar por suyo el hijo de otro? ¿No sería hacer lo mismo que habían hecho Theo e Ida? ¿Y si por una estúpida casualidad en algún momento salía a la luz la verdad y resultaba que el bebé era hijo de su hermano?

Pero también podría ser de tu marido, insistió la voz. *¿En serio vas a arriesgar tu matrimonio por eso?*

A Runa empezó a invadirla el pánico y se aferró al brazo de Ante.

Algún día lo haré, se prometió a sí misma, *pero hoy no.*

—Me sorprende lo que duele. —La voz rota de Ante interrumpió el hilo de sus pensamientos.

Ella lo miró. Las lágrimas en sus ojos le partieron el corazón a Runa. Él estaba señalando la tumba de la mujer que lo había traído

al mundo treinta y tres años atrás.

—¿Crees que sigue aquí? —preguntó—. No es que crea en Dios y mucho menos en espíritus o bobadas de ese tipo, pero lo cierto es que sería reconfortante saber que sigue aquí, a mi lado, y que sepa que estoy bien.

Runa miró a su marido y al principio no supo qué decirle. A punto de abrir la boca para responder con una evasiva, se fijó en el sol que estaba intentando abrirse camino entre una espesa capa de nubes.

El fenómeno la sorprendió y emocionó a partes iguales. Echó la cabeza atrás, miró hacia el cielo y se deleitó con el calor agradable de los primeros rayos de sol desde hacía días.

Luego miró de nuevo a Ante.

—No es que lo crea. Estoy convencida.

FIN

AGRADECIMIENTOS

A mi editora Inca Vogt y a mi correctora Ilka Bredemeier por su grandioso trabajo en la versión original. Habéis estado, una vez más, maravillosas.

A Inca Vogt por el precioso diseño interior que les da a mis libros.

A mi traductora Eva Trillo Caramés por el gran trabajo de traducción y corrección que ha hecho para la versión española. ¡Espero que sigamos por mucho tiempo más con esta colaboración tan fructífera!

Gracias a las tres por vuestra colaboración tan estupenda.

A mi diseñadora de portada Nancy Salchow por su diseño para la versión española.

A todos los lectores y compañeros que me ayudaron a escoger una portada y que me apoyaron con esos problemillas que siempre surgen.

A vosotros los blogueros por todo lo que hacéis por nosotros los escritores. Valoro muchísimo vuestro trabajo y vuestros esfuerzos: ¡Muchas gracias!

A mis compañeros que están ahí dispuestos a escuchar y a tenderme una mano cuando se trata de preparar la contraportada, una labor que no me entusiasma demasiado.

Quiero dedicar otro gracias especial a Inca Vogt, la cual no se encarga solo de la maquetación, sino que también repasa con ojo avizor el texto al completo, descubriendo siempre algún que otro descuido.

A mi hijo, que, aunque no lee mis libros, comprende que me encierre durante días en el despacho y que esté insoportable como... (no se me ocurre ningún símil de lo insoportable que me pongo a veces).

Y finalmente, a mis amigos que me levantan la moral cuando la tengo por los suelos.

Cualquier error cometido a la hora de investigar a mis protagonistas es única y exclusivamente responsabilidad mía o producto de mi fantasía desbocada. Por lo demás, en esta novela también me he tomado algunas licencias artísticas, como siempre, - y que, por supuesto, no pienso revelar.

Podéis mandarme vuestras sugerencias o comentarios a:

autorin@daniela-arnold.com

SOBRE LA AUTORA

La escritora de *thrillers* Daniela Arnold nació en 1974 y vive con su familia en la hermosa región de Baviera. Daniela Arnold estudió periodismo y trabajó durante muchos años como escritora *free lance* para numerosas revistas de prestigio.

Es la autora de *Lügenkind* y *Scherbenbrut*, dos números 1 en las listas *Kindle* y *Bild*.

Con su *thriller* *El silencio de los pecadores* llegó a ser finalista en los *Kindle Storyteller Award* de 2020.

La chica del glaciar es el libro número 37 de esta autora de *bestsellers*.

